JO NESBØ



LA CASA DE LA NOCHE

Roja & Negra

«Una historia truculenta y adictiva para pasárselo de miedo».
CHICAGO TRIBUNE

LA CASA DE LA NOCHE

Jo Nesbø

Traducción de
Lotte Katrine Tollefsen

Roja & Negra

es una colección de
RESERVOIR BOOKS

PRIMERA PARTE

1

—E-e-estás loco —dijo Tom, y comprendí que estaba asustado porque tartamudeaba aún más de lo habitual.

Yo sostenía el muñeco de Luke Skywalker por encima de la cabeza, con el propósito de lanzarlo río arriba, a contracorriente. Desde la frondosidad del bosque que bordeaba ambos márgenes del río se oyó un grito que parecía una advertencia. Sería un cuervo. No permití que ni Tom ni los cuervos me detuvieran, quería comprobar si Luke Skywalker sabía nadar. Voló por los aires. El sol primaveral se había puesto tras las copas de los árboles, cubiertas de brotes recientes, y la luz se reflejaba discontinua sobre la figura de plástico que giraba lentamente.

Luke impactó contra el agua con un leve plof. No sabía volar, de eso yo estaba seguro. El muñeco dejó de distinguirse, solo se veía la superficie cambiante y movediza del río, que bajaba crecido por el agua del deshielo. Me recordaba a una gruesa serpiente estranguladora, una anaconda, que se aproximaba a nosotros contorsionándose.

Me había mudado a ese pueblucho de mierda para vivir con mis padres adoptivos el otoño anterior, poco después de cumplir catorce años. No sabía qué coño hacían los críos en Ballantyne para no morirse de aburrimiento. Tommy me había contado que ahora, «en p-p-primavera», el río era más siniestro y peligroso, y que en casa había recibido instrucciones estrictas de mantenerse alejado. Así supe por dónde empezar. No fue muy difícil convencer a Tom porque él era como yo: no tenía amigos y formaba parte de la casta de los parias de la clase. Ese mismo día, en el recreo, Fatso me había explicado lo de la casta; la llamó casta «piraña» y la palabra me recordó a esos peces cuya dentadura parece la hoja de una sierra, capaces de arrancarle la

carne a un buey entero en unos instantes. Me sonó a una casta molona. Fatso dijo que mi clan y yo estábamos por debajo de él, el gordinflón, y no tuve más remedio que pegarle. Por desgracia se chivó a nuestra profesora, la señorita Trino, como la llamaba yo, que nos soltó una larga charla sobre la bondad y cómo les iba en la vida a los que no la practicaban; en definitiva, acababan siendo unos perdedores y, después de eso, parece que no quedó duda alguna: el nuevo gamberro de la ciudad pertenecía a la casta esa de las pirañas.

Al salir del colegio Tom y yo habíamos bajado al río, al puentecito de madera del bosque. Cuando saqué a Luke Skywalker de la mochila, Tom puso cara de asombro.

—¿D-d-de dónde lo has sacado?

—¿Tú qué crees, cabeza de chorlito?

—N-n-no lo has comprado en la tienda de Oscar. Están agotados.

—¿La tienda de Oscar? ¿Esa ratonera? —Solté una carcajada—. A lo mejor lo compré en la ciudad, antes de mudarme aquí, en una juguetería *de verdad.*

—No, porque es el modelo que ha salido este año.

Observé atentamente a Luke. ¿Acaso existían varias versiones? ¿Luke Skywalker no era idéntico al héroe bobo Luke Skywalker de siempre y ya? No se me había ocurrido que las cosas pudieran cambiar, que Darth y Luke pudieran intercambiarse los papeles, por ejemplo.

—A lo mejor es que yo me hice con un p-p-prototipo —dije.

Fue como si le diera un tirón de orejas, supongo que no le gustó que imitara su tartamudeo. A mí tampoco me hizo gracia, pero fui incapaz de reprimirme. Siempre había sido así. Si todavía le caía bien a alguien me apresuraba a asegurarme de que no durara; era el mismo impulso que llevaba a Karen y a Oscar Jr. a sonreír y ser amables para gustar a todo el mundo, pero al contrario. No es que no *quisiera* caer bien, es que sabía que, tarde o temprano, no les iba a gustar hiciera lo que hiciese. Así que, en cierto modo, tomaba la delantera y les caía mal a *mi* manera. Lograba que me odiaran y me temieran a partes iguales para que no se atrevieran a joderme. En ese momento me di cuenta de que Tom sabía que yo había robado el muñeco de Luke,

pero no tenía el valor de decirlo. Lo había mangado en la fiesta que Oscar Jr. dio en su casa, a la que toda la clase –incluso nosotros, los de la casta piraña– estaba invitada. La casa estaba bien, no era demasiado grande o lujosa. Lo que me molestó fue lo súper majos que eran los padres de Oscar, y que había juguetes de primera por todas partes; lo mejor que tenía el padre en la tienda, vamos. Figuras transformables, juegos Atari, Magic 8-Ball e incluso una Nintendo Game Boy que aún no había salido a la venta.

¿Cómo le iba a importar a Oscar perder uno de esos juguetes, si ni se daría cuenta? Vale, a lo mejor le molestaría quedarse sin el muñeco de Luke Skywalker que yo acababa de ver sobre su cama, como si fuera un peluche o algo así. ¿Cómo se podía ser tan infantil?

—¡A-a-allí está! —señaló Tom.

Luke había sacado la cabeza del agua y venía hacia nosotros a toda velocidad. Parecía nadar boca arriba por el río.

—Bien por Luke —dije.

El muñeco despareció bajo el puente. Nos desplazamos al otro lado, donde reapareció. Nos miraba desde abajo con esa media sonrisa idiota; idiota porque los héroes no deben sonreír, tienen que pelear, poner cara de luchador encarnizado, demostrar que odian al enemigo tanto como a… lo que sea.

Nos quedamos allí de pie viendo cómo la corriente arrastraba a Luke hacia el vasto mundo, hacia lo desconocido; hacia la oscuridad, pensé.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté. Tenía otra vez la sensación de estar cubierto de hormigas, necesitaba quitármelas de encima y la única manera era que *sucediera* algo, algo que me hiciera pensar en otra cosa.

—T-t-tengo que irme a casa —tartamudeó Tom.

—Aún no. Ven.

No sé por qué me había acordado de la cabina telefónica que había en lo alto de una colina, junto a la carretera nacional, a la salida del bosque. Era un sitio extraño para colocar una cabina telefónica en Ballantyne, un lugar tan pequeño, y casi nadie la usaba: quizá había visto a una persona rondar por allí, algún que otro coche. Llegamos a

la cabina roja. El sol había descendido un poco más, la primavera acababa de empezar y todavía oscurecía temprano. Tom me seguía al trote, de mala gana, pero no se atrevía a llevarme la contraria. Como he dicho, a ninguno de los dos nos sobraban los amigos.

Entramos en el interior de la cabina y los sonidos del exterior se amortiguaron al cerrar la puerta. Por la carretera pasó un tráiler con los neumáticos embarrados y grandes troncos de madera asomando por la plataforma de carga. Descendió por la carretera principal, que trazaba una línea en el paisaje llano y monótono de los campos de cultivo. Dejó atrás la población, en dirección al confín de la provincia.

Sobre un estante, debajo del teléfono y de la caja de monedas, había una guía telefónica amarilla; no era muy gruesa, pero al parecer bastaba para recopilar los números de teléfono no solo de Ballantyne, sino de toda la provincia. Empecé a hojearla. Tom miró el reloj, como queriendo darme a entender que tenía prisa.

—P-p-prometí que estaría en casa a las…

—¡Silencio! —exclamé.

Mi dedo se había detenido sobre un tal «Jonasson, Imu». Un nombre extraño, seguro que era un rarito. Levanté el auricular gris, que estaba sujeto a la caja de monedas mediante un cable metálico. Ni que tuvieran miedo de que alguien lo arrancara y lo robara… Marqué el número de «Jonasson, Imu» en las teclas metálicas cromadas. Solo seis cifras. En la ciudad teníamos nueve, pero suponía que allí, con cuatro mil árboles por habitante, no necesitaban más. Le pasé el auricular a Tom.

—¿Eh-h-h? —se limitó a decir mirándome con cara de susto.

—Di: «Hola, Imu, soy el demonio y te invito al infierno, porque es donde debes estar».

Tom negó con la cabeza y me tendió el aparato.

—Hazlo, cabeza de chorlito, o te tiro al río —le amenacé.

Tom, que era el más pequeño de la clase, se encogió; pareció aún más diminuto.

—Es broma —dije, y me reí. En el interior del cubículo mi risa sonó rara—. Venga, Tom, imagínate cómo se van a quedar los demás cuando se lo contemos mañana en el colegio.

Vi que algo se despertaba en su interior: la idea de llamar la atención. Para alguien que siempre ha pasado inadvertido era, por supuesto, un argumento de peso. También que hablara en plural, «nosotros»: él y yo, dos amigos que hacen una gamberrada juntos, que gastan una broma telefónica y se mueren de risa, que se agarran el uno al otro para no caerse al suelo cuando escuchan al desgraciado que responde y se pregunta si de verdad es el diablo quien está al otro lado de la línea.

—¿Diga?

El sonido provenía del auricular. Imposible determinar si era un hombre o una mujer, un adulto o un niño.

Tom me miró. Yo asentí con vehementes movimientos de la cabeza. Él sonrió de manera casi triunfal y se llevó el auricular a la oreja.

Le sugerí la frase moviendo los labios mientras Tom me miraba y las repetía sin el más mínimo atisbo de tartamudeo.

—Hola, Imu. Soy-el-diablo-y-te-invito-al-infierno. Porque-es-donde-debes-estar.

Me tapé la boca con una mano para que viera que era incapaz de contener la risa y con la otra le hice una señal para que colgara.

Tom no colgó.

Se quedó de pie, con el auricular pegado a la oreja mientras yo oía el zumbido grave de una voz al otro lado.

—P-p-p-pero… —soltó Tom. De repente estaba pálido como un muerto. Se contuvo y el rostro níveo se le endureció hasta adquirir una expresión atónita—. No… —susurró, levantó el codo como si tratara de alejar el auricular y repitió cada vez más alto—: No. No. ¡No!

Apoyó la mano libre en el cristal de la cabina; parecía que quería apartarse. Luego, cuando despegó el auricular de la sien con un suspiro húmedo y desgarrado, vi que algo se había quedado adherido a él. La sangre manó y se le coló por el cuello de la camisa. Me fijé en el auricular. No podía creer lo que estaba viendo. Media oreja de Tom estaba pegada al dispositivo sangriento; era algo inconcebible. Al principio parecía que los pequeños agujeros negros del auricular absorbían la sangre, pero luego, pedazo a pedazo, la oreja cortada

desapareció, como cuando tiras los restos de comida por el desagüe del fregadero.

—Richard —susurró Tom con voz temblorosa y las mejillas empapadas en lágrimas, aparentemente sin ser consciente de que la mitad de su oreja había desaparecido—. Ha di-ha di-ha dicho que t-t-tú y yo… —Tapó el micrófono con la mano para que el interlocutor no lo oyera—. Que n-n-nosotros vamos a…

—¡Tom! —grité—. ¡Tu mano! ¡Suelta el teléfono!

Tom bajó la vista y fue entonces cuando se dio cuenta de que sus dedos habían desaparecido entre los agujeros del auricular.

Agarró el extremo del altavoz e intentó sacar de un tirón la mano atrapada. Fue inútil: del teléfono empezó a surgir un sonido similar al que produciría alguien al sorber, como el que hace mi padre de acogida cuando come sopa, y una parte de su mano despareció en el interior. Agarré el teléfono e intenté apartarlo de Tom, pero no sirvió de nada: ya se había comido el antebrazo y había llegado al codo; el teléfono y él parecían una sola cosa. Mientras yo gritaba, algo extraño le pasaba a Tom. Levantó la vista hacia mí y se rio. Me dio la impresión de que no le dolía mucho, de que la situación era tan loca que no podía evitar reírse. Tampoco brotaba sangre. El auricular hacía lo que he leído que practican algunos insectos con sus presas: inyectarles algo que transforma su carne en una gelatina blanda que absorben.

El auricular llegó al codo, y sonó igual que una batidora cuando da con algo que no debería estar allí, un ruido brutal, triturador, de picadora, y fue entonces cuando Tom gritó. El codo se retorció, como si hubiera algo allí, bajo la piel, que quisiera salir. Abrí la puerta de una patada, me coloqué detrás de Tom, le agarré por el pecho y salí de espaldas. No pude arrastrarlo muy lejos; el cable metálico asomaba en vertical de la cabina y el auricular seguía royéndole el brazo. Cerré la puerta de golpe con la esperanza de romperlo contra el marco, pero era demasiado corto y solo conseguí darle en el hombro a Tom. Soltó un berrido mientras yo clavaba los talones en el suelo y tiraba con todas mis fuerzas, pero, centímetro a centímetro, mis zapatos se fueron deslizando por el suelo de tierra húmeda hacia la cabina y el

repugnante crujido que los alaridos de Tom no lograban cubrir. Se vio arrastrado poco a poco al interior por fuerzas cuya procedencia yo desconocía. No pude seguir agarrándolo, tuve que soltarlo y, al final, me encontré fuera tirando del brazo que aún asomaba por la rendija de la puerta. El auricular estaba consumiendo el hombro de Tom cuando oí que un coche se aproximaba. Solté el brazo y corrí gritando y gesticulando hacia la carretera. Era otro tráiler cargado de madera. No llegué a tiempo y solo vi las luces traseras que se adentraban en la penumbra.

Volví corriendo. Silencio. Tom había dejado de gritar. La puerta se había cerrado. Tras los recuadros de cristal contra los que pegué el rostro había vapor de agua condensada. Pero vi a Tom, mudo, con la mirada resignada de quien ha aceptado su destino. Y él me vio a mí. El auricular, que le había llegado hasta la cabeza y se había hecho con una de sus mejillas, crujió al empezar a comerse la dentadura descarnada.

Me giré, apoyé la espalda en la cabina y me dejé caer hasta que sentí cómo la tierra, húmeda y fría, me empapaba los pantalones.

2

Estaba sentado en una silla del pasillo de la comisaría del pueblo. Era tarde, la hora de irse a dormir había pasado hacía mucho rato, por así decirlo. En el otro extremo del pasillo vi al inspector. Tenía los ojos pequeños y una nariz respingona que dejaba a la vista las grandes fosas nasales; no pude evitar pensar en un cerdo. Se acarició con el pulgar y el índice el bigote que le crecía junto a la comisura de los labios. Hablaba con Frank y con Jenny. Así es como los llamo, sería raro usar «tío» y «tía» con alguien a quien no has visto hasta el día que van a buscarte y te dicen que a partir de ese momento vivirás con ellos. Cuando entré atropelladamente y les conté lo que acababa de sucederle a Tom, se quedaron mirándome. Frank había llamado a la comisaría, que a su vez había avisado a los padres de Tom y nos había convocado. Yo había contestado a un montón de preguntas y me había quedado esperando mientras el inspector mandaba a su equipo a la cabina y ponía en marcha la búsqueda. Tuve que contestar a más preguntas.

Por lo que parecía, Frank y Jenny discutían sobre algo con el inspector y de vez en cuando lanzaban una mirada en mi dirección. Me dio la impresión de que se habían puesto de acuerdo cuando se acercaron a mí con caras muy serias.

—Podemos irnos —dijo Frank, y empezó caminar hacia la salida mientras Jenny me ponía una mano en el hombro con la intención de consolarme.

Nos subimos a su pequeño coche japonés; yo me senté en el asiento trasero y arrancamos en silencio. Sabía que las preguntas no tardarían en llegar. Frank carraspeó. Primero una vez. Luego otra.

Frank y Jenny eran buenas personas. Hay quien diría que demasiado. Por ejemplo, el verano anterior, cuando acababa de llegar,

había prendido fuego a la hierba alta y seca del campo de cultivo junto a la serrería clausurada, y si mi tío y cinco vecinos no hubieran acudido tan rápido, quién sabe qué habría ocurrido. A pesar de que Frank se avergonzó, porque era el jefe de bomberos, no me habían regañado ni castigado. Al contrario, me consolaron: era evidente que creían que estaba muy afectado por lo sucedido. Al acabar la cena, carraspeó como ahora y se limitó a darme una vaga recomendación de que no debía jugar con fósforos. El caso es que Frank era el jefe de los bomberos y Jenny profesora de secundaria, pero no tengo ni idea de cómo lograban mantener la disciplina. Si es que lo conseguían.

Frank carraspeó otra vez; estaba claro que no sabía por dónde empezar. Así que decidí facilitarle las cosas.

—No miento —dije—. A Tom se lo comió el teléfono ese.

Silencio. Frank miró a Jenny con desesperación, parecía que le estaba pasando la pelota.

—Querido —dijo Jenny con suavidad, en voz baja—. No había ni rastro.

—¡Claro que sí! Encontraron las huellas de frenada de mis talones en el suelo.

—De Tom —puntualizó Frank—. Ni rastro.

—El teléfono se lo comió entero. —Por supuesto que yo era consciente de lo loquísimo que sonaba. ¿Qué podía decir? ¿Que el teléfono *no* se había comido a Tom?—. ¿Qué ha dicho el inspector?

Jenny y Frank se intercambiaron otra mirada.

—Cree que estás en estado de shock —dijo Frank.

No podía objetar nada a eso. Supongo que estaba conmocionado, con el cuerpo entumecido, la boca seca y la garganta inflamada. Como si tuviera ganas de llorar, pero un tapón me lo impidiera.

Nos aproximamos a la cima donde estaba la cabina telefónica. Esperaba ver un montón de luces y partidas de gente colaborando en las labores de búsqueda, pero estaba a oscuras y solitario como siempre.

—¡El inspector prometió que buscarían a Tom! —exclamé.

—Eso hacen —dijo Frank—. Abajo, junto al río.

—¿El río? ¿Por qué?

De nuevo ese intercambio de miradas en los asientos delanteros.

—Porque alguien vio cómo Tom y tú os adentrabais en el bosque en dirección al puente. El inspector dice que cuando te preguntó si habíais estado junto al río respondiste que no. ¿Por qué?

Apreté los dientes y miré por la ventanilla. Vi la cabina perderse a nuestras espaldas. El inspector no me había contado que alguien nos había visto. Puede que se hubiera enterado después de hablar conmigo. En cualquier caso, nuestra charla no era una declaración formal, el inspector había insistido en ello. Pensé que tampoco hacía falta que lo contara todo (lo del muñeco robado, o que Tom había hecho algo que sus padres le habían prohibido), al menos nada que no tuviera que ver con el asunto. No hay que chivarse de los amigos. Nos habían descubierto.

—Solo nos subimos un ratito al puente —dije.

Frank puso el intermitente y paró en el arcén. Apagó el motor y las luces. Se giró hacia mí. Apenas distinguía su rostro en la oscuridad, pero comprendí que iba en serio. Al menos para mí; a Tom ya se lo habían comido.

—¿Richard?

—¿Sí, Frank?

Odiaba que lo llamara por su nombre, pero, a veces, no podía evitarlo.

—Tuvimos que recordarle al inspector McClelland que eres menor de edad y amenazar con llamar a un abogado para que te dejara marchar. Quería interrogarte durante la noche. Cree que sucedió algo abajo, junto al río. Que por eso mientes.

Iba a negarlo, a asegurar que yo no mentía, pero caí en la cuenta de que ya me habían pillado.

—¿Qué pasó junto al río? —preguntó Frank.

—Nada —respondí—. Estuvimos mirando el agua.

—¿Desde el puente?

—Sí.

—He oído decir que entre los jóvenes se lleva hacer equilibrios en la

barandilla.

—Vaya —dije—. Sí, sí, la verdad es que no hay gran cosa con la que entretenerse por aquí.

Seguí observando la oscuridad. Cuando llegué al pueblo, me había sorprendido lo oscuro que se hacía al llegar el otoño. En la ciudad siempre había luces, mientras que aquí podías quedarte mirando la noche negra en la que no había nada en absoluto. Es decir, algo había, claro, pero uno debía imaginarse lo que ocultaba esa sustancia extraña y oscura.

—Richard —dijo Jenny con esa voz tan, tan suave…—. ¿Se cayó Tom al agua?

—No, Jenny —respondí imitando su tono—. Tom no se cayó al agua. ¿Podemos irnos ya a casa? Mañana tengo colegio.

Frank se encogió de hombros, imaginé que trataba de calmarse.

—El inspector McClelland cree que puede haber sido un accidente, que empujaste a Tom sin querer, que te sientes culpable y que por eso mientes.

Suspiré hondo, dejé caer la cabeza sobre el respaldo del asiento y cerré los ojos; no puede evitar que me viniera a la cabeza la escena del auricular comiéndose la mejilla de Tom, y volví a abrirlos.

—No miento —dije—. Mentí sobre lo del río porque a Tom no le dejan ir.

—Según McClelland también se puede demostrar que mientes sobre una cosa más.

—¿Eh? ¿Sobre qué?

Frank lo dijo.

—¡Es él quien miente! —exclamé—. Vuelve atrás, ¡puedo demostrarlo!

Frank se desvió de la carretera y la luz de los faros iluminó la cabina telefónica y los árboles de la linde del bosque, que parecían enormes sombras fantasmagóricas deslizándose por los troncos. Antes de que el coche se detuviera ya me había bajado de un salto y corría hacia la cabina.

—¡Cuidado! —exclamó Jenny. No creo que se creyera mi historia, pero su lema vital parecía ser que uno nunca es lo bastante prudente.

Abrí la puerta y me quedé mirando el auricular colgado a un lado del aparato. Alguien (probablemente un agente del inspector) debía de haberlo puesto en su sitio, porque cuando me fui de allí estaba descolgado, rozando el suelo. Tom había desaparecido: de él no quedaban ni los cordones de los zapatos.

Entré con cautela, cogí el listín amarillo y salí sin darle la espalda. A la luz de los faros del coche, abrí la guía por «Ballantyne», encontré la «J» y recorrí con el dedo la misma página que había abierto esa tarde.

Johansen. Johnsen. Jones. Juvik.

Sentí que se me helaba la sangre y lo comprobé de nuevo. Nada. ¿Me había equivocado de página?

No, reconocí los nombres y la publicidad de los cortacéspedes.

Frank tenía razón, lo que había dicho el inspector era cierto.

Volví a mirar para comprobar si alguien había borrado el nombre, pero en ningún caso quedaba espacio entre Johnsen y Jones.

En la guía telefónica ya no figuraba ningún «Jonasson, Imu».

3

—Alguien ha cambiado la guía —dije—. Es la única explicación que se me ocurre.

Karen se había sentado con la espalda apoyada en el roble y me miraba.

Era la hora del recreo y, mientras los chicos jugaban al fútbol, las chicas saltaban a la pata coja. El año siguiente empezaríamos el bachillerato, lo que solo implicaba, sencillamente, que nos trasladaríamos al edificio al otro extremo del patio, donde había un cobertizo para fumar que, estaba seguro, acabaría frecuentando. Con los rebeldes. Con los perdedores. Karen era una excepción: una rebelde, pero en absoluto una perdedora.

—¿Qué se siente cuando nadie te cree? —me preguntó, y se apartó del rostro cubierto de pecas el flequillo rubio, de corte masculino.

Karen era la loca de la clase. Y la más lista. Desbordaba energía, alegría y movimiento. Bailaba al caminar, vestía con ropa rara que cosía en casa y que se habría convertido en objeto de burla a cualquiera que no fuese ella. Replicaba a los profesores sabelotodo y se reía cuando no eran capaces de responderle. Porque Karen no se limitaba a hacer los deberes: a veces daba la sensación de que sabía más que ellos. Era la mejor en lengua, la mejor en gimnasia y en todo lo demás. Y era valiente. Lo noté desde el primer día en el nuevo colegio: no me tenía miedo, solo sentía curiosidad. Hablaba con todo el mundo, también con nosotros, los de la casta piraña. Vi que Oscar Rossi Jr. (que me parecía que estaba enamorado de ella) la miraba largo rato con una expresión inquisitiva cuando, durante los recreos, Karen se acercaba a los de nuestra casta, con sus piernas largas y delgadas, en lugar de rondarlo a él y a los chicos populares. Los primeros minutos del primer recreo del primer día se limitó a

plantarse delante de mí con las manos apoyadas en las caderas, luego ladeó la cabeza, esbozó una media sonrisa y dijo: —Es una mierda ser nuevo, ¿a que sí?

Así era con todos nosotros, con los que estábamos en la base de la pirámide. Nos hacía preguntas. Escuchaba. Llegué a pensar que le interesábamos de verdad, porque no veía qué ganaba gastando su energía en gustar a tipos como nosotros. Al contrario, lo único que obtenía a cambio era que nos volviéramos pesados, que le pidiéramos más atención. En esos casos también se portaba bien, decía las cosas de frente, con ese estilo suyo tan particular que hacía que nadie se ofendiese.

—Ya hemos hablado bastante por hoy, Tom. ¡Hasta luego!

Por mi parte, obviamente, me aseguraba de que no sospechara que quería que me hiciera caso.

El problema era que temía que sí se daba cuenta.

Nunca lo decía; cuando intercambiábamos unas palabras se limitaba a mirarme con esa media sonrisa que parecía entenderlo todo, y yo me aseguraba de marcharme antes que ella. No era fácil porque, a diferencia de Karen, yo no tenía adónde ir. Puede que funcionara, puede que aquel chaval de ciudad que intentaba resistirse a su encanto le despertara curiosidad; por lo menos se acercaba a mí cada vez con más frecuencia.

—¿Sabes una cosa? —dije—. Me importa un mierda lo que crean, pueden irse al infierno. Yo estuve allí y vi lo que pasó. A Tom se lo comieron y el nombre Imu Jonasson figuraba en esa jodida guía telefónica.

—Muchos tacos en solo cuatro frases —replicó Karen, y esbozó media sonrisa con la cabeza ladeada—. ¿Por qué crees que estás tan enfadado?

—No estoy enfadado.

—¿No?

—Estoy enfadado porque… —Me contuve. Ella esperó—. Porque todos son unos idiotas.

—Hummm… —musitó, y miró hacia el patio del colegio.

Los chicos de nuestra clase se disponían a jugar al fútbol con los de

la clase de un curso inferior al nuestro, y llamaban a Oscar Jr., que, a pesar de ocupar el tercer o cuarto lugar en la clasificación de mejores jugadores, era el capitán del equipo. Oscar negó con la mano. Estaba sentado en un banco con Henrik, el genio de las matemáticas de nuestra clase, que le explicaba algo mientras señalaba el libro de álgebra de Oscar. Sin embargo, a juzgar por su lenguaje corporal, se diría que era este quien le estaba haciendo un favor a Henrik y no al revés. Estaba claro que Oscar intentaba concentrarse: se echó hacia atrás el tupido flequillo moreno y miró el libro; tenía los ojos castaños, casi tan bonitos como los de una chica, y algunas que ya estaban en bachillerato cruzaban el patio para llamar su atención. Oscar Jr. levantaba la vista del libro de álgebra de vez en cuando para mirarnos a Karen y a mí.

—No me has hablado de tus padres —dijo Karen, y se pasó los largos y esbeltos dedos por las raíces que, como unas enormes venas, se asomaban del tronco antes de volver a enterrarse en la tierra.

—No hay mucho que contar —contesté sin apartar la vista del banco que ocupaban Oscar Jr. y Henrik—. Murieron en un incendio y casi no los recuerdo.

Oscar volvió a levantar la vista y mis ojos, fríos y azules, se cruzaron con los suyos. Oscar Jr. era uno de esos tipos que siempre se mostraban amables, cordiales y encantadores de una manera que, al parecer, solo a mí me resultaba molesta. Por eso, cuando detecté un matiz de hostilidad en su mirada, en un primer momento supuse que era una reacción automática porque veía lo mismo en la mía. Hasta que caí en la cuenta de que él (que probablemente era más o menos el tercero o cuarto más listo de clase) era capaz de deducir que era yo quien había robado el muñeco de Luke Skywalker. Pero luego comprendí que no, que tampoco era eso. Simplemente (y la idea me llenó de satisfacción) estaba celoso; celoso porque Karen me escuchaba a mí en lugar de al macho alfa. De repente me dieron ganas de rodear a Karen con el brazo solo para ver cómo Oscar se ponía verde de envidia. Pero ella me habría apartado y no iba a darle a Oscar esa satisfacción.

—¿Quieres decir que no tienes ningún recuerdo de tus padres? —

preguntó ella con tono tranquilo y agradable.

—*Sorry*, es que tengo muy mala memoria. Por eso se me dan tan mal los exámenes. Aparte de que soy tonto, claro.

—No eres tonto, Richard.

—Era broma.

—Ya me lo imaginaba. Pero a veces las mentiras que se repiten en voz alta y con demasiada frecuencia acaban por convertirse en realidad.

Sonó el timbre para volver a clase y sentí que me daba un vuelco el corazón; no porque tuviéramos que entrar a escuchar la lección de geografía de la señorita Trino (todo lo que pudiera servir para alejar mis pensamientos de Ballantyne era bienvenido) sino porque quería que ese momento, ese aquí y ahora, durara un poco más. Karen se levantó y se le cayeron dos libros del bolso.

—¡Vaya! —exclamé. Me incliné y los recogí. Estudié las cubiertas: en una de ellas, *El señor de las moscas* de William Golding, aparecía la ilustración de una cabeza de cerdo clavada en una estaca; en la otra, *La metamorfosis* de Franz Kafka, un insecto grotesco, puede que una cucaracha—. Interesante. ¿De dónde los has sacado?

—De la biblioteca de la señora Zimmer —respondió Karen.

—Vaya, no sabía que tuvieran cosas tan siniestras.

—Oh, la señora Zimmer tiene cosas más lúgubres que estas. ¿Has oído hablar de los conjuros de magia negra y blanca?

—Sí. Bueno… no. ¿Qué son?

—Son palabras mágicas que pueden destruir a la gente, o salvarla.

—¿Y la señora de la biblioteca tiene esa clase de libros?

—Eso se rumorea —dijo Karen—. ¿A ti te gusta leer?

—No, soy más de cine. —Le pasé los libros—. ¿Y a ti? ¿Te gustan las películas?

—Me encanta el cine —suspiró—. Pero no veo gran cosa.

—¿Por qué no?

—Para empezar, Hume está a hora y media de aquí, y además la gente que conozco solo quiere ver películas de acción o comedias.

—Si en Ballantyne hubiera un cine, ¿qué te gustaría ver?

Lo pensó un momento.

—Cualquier cosa que no sea de acción y comedia. Me gustan las películas antiguas, las que siguen poniendo en televisión. Sé que sueno como una vieja rancia, pero mamá tiene razón: si una película no ha caído en el olvido es probable que sea buena.

—Estoy de acuerdo. *La noche de los muertos vivientes.*

Ladeó la cabeza.

—¿Qué tipo de película es?

—Una vieja película de zombis. Según papá, la primera. Un día que fuimos a pescar, yo tendría diez años, me contó toda la película, escena a escena. Ese mismo invierno la pasaron por televisión, e insistí hasta que papá me dejó verla con él. A pesar de que sabía lo que iba a ocurrir en cada fotograma, tuve pesadillas durante semanas. Puede que fueran los mejores noventa y seis minutos de mi vida.

Karen se echó a reír.

—¿Aprendiste algo de ella?

Lo pensé.

—Sí. Si de verdad vas a matar a alguien, hazlo dos veces. Tienes que destrozarles el cerebro, por ejemplo, quemándolo. Si no, volverán.

—¿Esa fue la conclusión de la película?

—Fue la conclusión de papá.

Siguió riéndose.

—Sí, entiendo. ¿Da mucho miedo?

—Sí y no; es por la atmósfera que crea. No creo que esté clasificada para mayores de dieciocho, si te refieres a eso.

—Interesante. Tendré que verla.

—La pasan en cineclubs y sitios así. Puedo…

Contuve la respiración. Fingí una tos repentina y recé para que Karen no se hubiera percatado de que había estado a punto de invitarla al cine. En Hume. Yo, que no tengo ni coche ni carnet de conducir. Y aunque lo hubiera tenido, seguro que ella habría dicho que no. De manera educada, sirviéndose de una buena excusa, pero no por ello me hubiese dolido menos.

Karen pareció entender el error que yo había estado a punto de cometer y realizó una maniobra de distracción al levantar las dos novelas.

—Estas también son buenas películas, de verdad.

Asentí y me agarré ansioso a esa tabla de salvación.

—Tienen pinta de ser de terror también, ¿no?

—Sí y no —respondió—. Son las películas que me gustan. Antiguas, no olvidadas.

—¿Y son buenas?

—Sí. Si una quiere ser escritora, tiene que leer a los mejores.

—¿Vas a serlo?

—Lo voy a intentar. Si no lo logro, seguro que me caso con uno de los mejores.

Soltó una de sus risas locas y salvajes y luego se alejó bailando, descontrolada, como si hubiese perdido el rumbo, como si pudiese estrellarse en cualquier momento. Pero era un espejismo, claro, porque Karen nunca perdía el equilibrio, como los gatos. Seguro que si alguien la empujaba desde un tejado, a diferencia de mí, siempre aterrizaría sobre las cuatro patas.

4

Al salir del colegio, cuando ya había cogido el atajo que atraviesa el bosque, oí crujir la grava a mis espaldas. Me giré y vi a tres chavales en bicicleta. Ya me había fijado en dos de ellos. Eran de bachillerato, y en un recreo habían pasado por nuestro lado para tomarme la medida. Iban con un chico al que no había visto antes, puede que fuera el hermano mayor de alguien, porque tenía el aspecto de un chaval en edad de conducir una moto, no el de un niño que va por ahí pedaleando en una bicicleta modelo Apache. Me rodearon hasta situarse delante de mí, bloqueando el estrecho sendero de grava. El chico mayor se bajó de la bici y uno de los otros dos se la aguantó mientras se acercaba a mí. Vestía una de esas camisas de cuadros de leñador que les gustan a los adultos de por aquí. Intuí enseguida de qué iba todo aquello.

—¿Dónde está Tom? —preguntó sin rodeos.

—Desaparecido —respondí.

—Suéltalo. ¿Qué le has hecho?

Separó un poco las piernas, flexionó las rodillas y se balanceó inclinándose hacia adelante, como dándome a entender que estaba listo para atacar.

—Me lo comí —dije—. Con sal y pimienta. Con mucha pimienta.

Por un instante, el chico pareció sorprendido. Los otros dos me miraron con los ojos muy abiertos. Él debió de notar el peso de sus miradas en la espalda, porque dio un paso al frente, bien plantado sobre las piernas, aún titubeante, con la mirada pendiente de mi mano cuando me la metí en el bolsillo.

—Tres contra uno —dije—. ¿Cuál es el problema? ¿Estás asustado?

—Escúpelo, jodido macarra urbanita —musitó con voz ahogada.

Escupí en el suelo, ante sus pies.

—¿Así? —dije—. Venga, chúpalo.

No sé si comprendió que no llevaba nada en ese bolsillo, o que lo único grande que yo tenía era la boca, el caso es que dio un rápido paso adelante y me pegó. Primero una vez, luego (cuando se dio cuenta de que yo no tenía con qué contraatacar), otra, y, finalmente, una tercera. Después me agarró por la cintura, me tiró al suelo y se sentó sobre mi pecho.

—Estás llorando —dijo.

—No —repliqué, y sentí el calor de las lágrimas que me resbalaban desde los ojos hacia las sienes.

—¿Dónde está Tom?

—Pregúntaselo al teléfono.

—Si le mientes a la policía acabarás en la cárcel —sentenció, y comprendí que todo Ballantyne conocía ya mi historia. No lo que yo hubiera podido ver, sino mi *historia*. Sobre lo que había ocurrido de verdad habría diferentes versiones, pero una cosa era segura: en todas ellas yo era culpable de algo.

Los otros se atrevieron a acercarse más.

—Daos prisa —susurré—. No os ve nadie.

—¿Eh? —dijo el tipo que estaba sentado encima de mí.

—Llevadme al bosque y torturadme hasta que confiese la verdad —propuse—. Luego podéis estrangularme, o golpearme la cabeza con una piedra. Pero aseguraros de que no respiro, porque si sobrevivo me chivaré. Por si no lo sabéis, soy un acusica.

El de la camisa de leñador me miró como si yo fuera una mierda de perro que se le hubiera pegado al zapato. Después se giró hacia los otros dos.

—No me habíais contado que estaba pirado.

—Sí, sí que te lo dijimos… —respondió, titubeante, uno de ellos.

—Sí, pero no que estuviera como una *puta cabra* —dijo el de la camisa de leñador, y se puso de pie.

Unos segundos después habían desaparecido con sus bicicletas.

Bajé al río, donde, bajo el puentecillo, la corriente formaba un remanso. Me limpié la sangre de la nariz, me sacudí la gravilla que se me había quedado pegada y traté de comprobar el estado de mi careto

en el agua. La imagen era demasiado borrosa, no pude hacerme una idea de la gravedad del daño, pero el latido en un ojo me decía que, como poco, me saldría un moratón.

Cuando llegué a casa pasé de puntillas por delante del salón, donde Frank estaba leyendo el periódico. Aquella noche había estado de guardia en la estación de bomberos y tenía libre el resto del día. Oí su voz cuando estaba en el baño, comprobando que me estaba saliendo un bulto enorme encima del ojo izquierdo.

—¿Cómo te ha ido hoy en el colegio?

—Bien —respondí a través de la puerta entornada.

—¿Bien?

—Sí, señor —repuse—. No me han pedido los deberes de ninguna asignatura.

Sabía que no quería oír chistes sin gracia, pero poco podía hacer yo con respecto a lo que él deseaba saber. No quería que intercediera por mí, porque a nadie le gusta ser el tipo al que pegan una paliza, ¿no? Un auténtico miembro de la casta piraña *da* caña.

Se abrió la puerta de la calle. Era Jenny, que de repente estaba frente a la puerta del baño con las bolsas de la compra.

—Hola —me saludó—. ¿Cómo estás?

—Genial —murmuré, acerqué la cara hasta pegarla al espejo para que no pudiera verme y fingí que me estaba explotando un grano.

—Hay lasaña para cenar —dijo con voz esperanzada, puesto que yo, para hacerla feliz, en algún momento había dicho que su lasaña era la mejor.

—Me muero de ganas —comenté sin entusiasmo.

Cuando oí que estaba trasteando en la cocina, me deslicé hasta el recibidor por el mismo camino por el que había entrado y volví a calzarme.

—¿Adónde vas? —preguntó Frank, que, escondido detrás del periódico, debía de estar más pendiente de todo de lo que pudiera parecer.

—Al cine –dije, y cerré la puerta de la calle a mis espaldas.

5

La biblioteca estaba al final de la calle principal. La mayoría de los edificios comerciales que bordeaban los doscientos metros de longitud del centro de Ballantyne estaban reagrupados en manzanas de tres bloques. La biblioteca ocupaba una estrecha construcción de madera de cinco pisos y estaba separada del resto de los edificios de cemento por estrechos callejones a ambos lados de la fachada. Daba la impresión de que la biblioteca pública de Ballantyne no quería mezclarse con sus vecinos de menos nivel.

Ya había estado allí cuando Jenny y Frank me llevaron para hacerme el carnet, pero nunca había hecho uso de él, por supuesto.

La puerta se cerró a mis espaldas y me quedé en la penumbra, con la duda de si estaría cerrada. No debe de ser nada excepcional que una biblioteca sea silenciosa, pero allí no había ni sonidos ni personas, solo lomos de libros que llenaban las estanterías, tan altas que llegaban al techo. Algunos tenían faja, otros no; algunos brillaban como si fuesen nuevos, otros eran tan viejos que estaban a punto de desintegrarse. Una placa informaba de que en 1920 un tal Robert Willingstad había donado al ayuntamiento de Ballantyne el edificio y la colección de libros. Había transcurrido más de medio siglo, no era extraño que algunos ejemplares estuvieran algo estropeados.

Se oyó un estornudo en las profundidades del local. Luego otro. Alguien daba señales de vida. Vi que los libros estaban colocados por orden alfabético; empecé a buscar por la «K», y tuve que coger una de las cortas escaleras de mano para llegar a las estanterías más altas. Me llevó un tiempo dar con lo que buscaba, como me había imaginado. Fui hacia el interior, pasé por delante de más filas de estanterías hasta el lugar donde creía recordar que se encontraba el mostrador.

Ahí estaba.

—Te sangra la nariz, hijo —susurró la mujer de pelo cano de la recepción. Llevaba una plaquita con su nombre prendida de la solapa del vestido: SEÑORA ZIMMER, BIBLIOTECARIA, a pesar de que no había nadie más por allí con quien se la pudiera confundir. La señora Zimmer arrancó un papel del rollo de cocina que tenía delante y me lo ofreció antes de que me diera tiempo a pasarme la manga de la chaqueta por la nariz.

Estornudó con fuerza y cortó uno para ella.

—El polvo de los libros —dijo, se sonó y bajó la mirada hacia los ejemplares que yo había dejado sobre el mostrador—. ¿Y quién te ha pedido que cojas estos libros prestados, hijo?

—¿Cómo?

—Perdona, solo es curiosidad, no hay mucha gente en Ballantyne que lea literatura en condiciones.

—Pues seré el primero.

—Tú… —dijo contemplándome por encima de unas finas gafas de lectura prendidas de un cordón—. ¿Vas a leer *La metamorfosis*, de Franz Kafka, y *El señor de las moscas*, de William Golding?

—He oído que están bien —repuse.

La señora Zimmer esbozó una sonrisa.

—Está muy bien, hijo. No son fáciles, por así decirlo. Ni siquiera para los adultos.

—No todo tiene por qué ser fácil —repliqué.

Su sonrisa era tan amplia que las comisuras de la boca casi le tocaron los ojos, parecía que estuviera a punto de echarse a reír.

—Yo creo que tú vas a ser un sabio, porque esa es una gran verdad.

Me caía bien, o eso creía. Tal vez solo fuera porque me había dicho algo agradable.

Abrió un cajón y vi ristras de fichas en cajas de madera alargadas.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Richard Elauved.

A pesar de que estaba agachada hojeando las fichas, vi que se le helaba el gesto. Por lo que parecía, era fácil hacerse famoso en Ballantyne, bastaba un teléfono carnívoro.

Selló dos fichas por cada libro, introdujo una en la caja de madera y

otra en un sobre de papel, que colocó entre las páginas.

—Bueno, sí —comentó con un suspiro—. Siempre es triste cuando un niño desaparece.

La miré sin comprender. Señaló *El señor de las moscas* con el dedo índice y comprendí que se refería al argumento de la novela. O eso me pareció.

Entre las estanterías de libros seguía reinando el mismo silencio que cuando había llegado. Frente a la placa con el nombre de Willingstad me fijé en una escalera apoyada contra las baldas de la pared. ¿Por qué no la había visto al llegar? No era corriente, era de metal y tenía barandillas a ambos lados, parecía una escalera de incendios. Sí, era una escalera de incendios similar a las que había visto cuando Frank me llevó al parque de bomberos. La recorrí con la mirada hasta alcanzar las lámparas que colgaban del techo; por encima de ellas la oscuridad era tan densa que la cima de la escalera y los libros casi desaparecían. Solo se distinguía una fila de brillantes lomos amarillos.

Dudé. ¿Me equivocaba o hacía poco que había visto un libro parecido a aquellos?

Tiré de la escalera de incendios para asegurarme de que se sostuviera con firmeza.

Oí un estornudo en la lejanía. ¿Qué podía perder por comprobarlo?

Apoyé un pie en el primer travesaño, respiré hondo y empecé a subir.

Me dan miedo las alturas. Me da miedo la oscuridad. Me da miedo el agua. Me da miedo que pueda haber un incendio. Me dan miedo los teléfonos. Sobre todo, me da miedo tener miedo. Es decir, no tengo miedo de tener algo de miedo, como el que se siente cuando, sentado en el regazo de tu padre, ves una película de zombis; pero tengo miedo de tener tanto miedo que algo se rompa, que la llave se parta en la cerradura, que el pasillo que separa el dormitorio de la puerta de la calle esté en llamas, que el miedo me atrape y nunca pueda salir de él.

Seguí ascendiendo, travesaño a travesaño, sin mirar abajo. Cuando

superé las lámparas y alcancé los lomos amarillos, confirmé mis sospechas.

Guías telefónicas.

Había un listín por año, ordenados de izquierda a derecha, doce en total. Cogí el más antiguo y bajé deprisa, y esta vez ni siquiera pensé en la altura. Me senté en el suelo de parquet oscuro con las piernas cruzadas y lo abrí por la letra «J». Deslicé el dedo sobre los nombres: *Johansen. Johnsen. Jonasson…*

Mi corazón se detuvo. Acto seguido, latió de nuevo, deprisa, con fuerza, mientras desplazaba el dedo hacia la derecha.

Imu. Speilskogsveien 1, Ballantyne. 290-3386.

6

Me dirigí a la mujer del mostrador de la comisaría, quien me informó de que el inspector McClelland estaba ocupado en la sala de reuniones y me indicó dónde podía sentarme a esperarlo. Allí sentado oía voces y veía siluetas que se movían tras los cristales esmerilados, en la habitación donde había hablado con el inspector el día anterior. A través de la ventana observé el aparcamiento que había entre la comisaría y la estación de bomberos; quería localizar un coche enorme en el que me había fijado al llegar, el tipo de utilitario ostentoso y pasado de moda que aparecía en las revistas de coches de Frank. Supongo que lo había visto en una de ellas, porque me resultaba extrañamente familiar. La señora de la recepción entró en la sala de reuniones y al poco volvió a salir con el inspector McClelland.

—¡Aquí estás! —dijo McClelland sonriendo de buen grado; mi visita parecía bienvenida y no del todo inesperada—. Te has adelantado, Richard, ahora mismo iba a llamarte para charlar contigo. Ven.

Tuve tiempo de echar un vistazo a la sala de reuniones, donde vi la espalda de un hombre vestido con un traje negro y el cabello todavía más oscuro que miraba por la ventana. Luego me apresuré a seguir a McClelland a su despacho.

Apartó una silla de la pared, la acercó al escritorio, que estaba cubierto de pilas de papeles, y me invitó a sentarme.

—¿Un cacao, Richard?

Negué con la cabeza.

—¿Seguro? Margaret lo prepara…

—Seguro —repuse.

—Bien. —McClelland me miró con atención—. Vayamos al grano y acabemos cuanto antes.

Se acomodó detrás del escritorio. A pesar de que yo estaba sentado

a menos altura, establecimos contacto visual por encima de las pilas de documentos.

—¿Qué me querías contar, Richard? —Su voz era suave, melosa.

Saqué la guía telefónica que llevaba debajo de la chaqueta y se la puse delante de sus narices.

McClelland no la miró, siguió observándome. Parecía decepcionado.

—En la hoja con la esquina doblada —dije señalando—. En «Jonasson».

La abrió.

—«Imu Jonasson» —leyó.

—¿Lo ve?

McClelland me miró.

—¿Y qué? Imu Jonasson forma parte de la historia del pueblo, tan vieja como esta guía telefónica, y no tiene nada que ver con la desaparición de Tom. —La suavidad untuosa había desaparecido, ahora su voz tenía un deje metálico.

—Claro que sí. Dije que…

—Recuerdo lo que dijiste, Richard. Los auriculares de los teléfonos no se comen a la gente, ¿vale? —Señaló algo a través de la ventana—. La gente ha estado de batida toda la noche y lo que yo, los padres de Tom y todo Ballantyne necesitamos ahora es que nos cuentes lo que sepas de lo que le ha ocurrido a Tom.

—Pero si ya lo he contado…

McClelland suspiró y miró por la ventana.

—Tenía la esperanza de que hubieras venido a decirnos la verdad. En vista de que no lo haces, no me queda más remedio que suponer que, de algún modo, eres culpable. Tienes catorce años y hay leyes que te amparan, y lo sabes muy bien, por supuesto. Sí, ni siquiera podemos tomarte declaración, y bien que me gustaría. Pero… —McClelland se inclinó hacia mí entre los montones de papeles. Su cara redonda estaba tan congestionada que el bigote rubio destacaba más que nunca, lo que me hizo pensar en papá Noel. Su voz se transformó en un susurro afónico—: Soy el inspector de Ballantyne, soy amigo de la familia de Tom y, si no damos con él, me encargaré personalmente, Richard Elauved, de que te encierren en un lugar oscuro y aislado y

que tiren la llave. Si crees que hay un alma en Ballantyne que vaya a preocuparse por lo que le haya pasado al chico de ciudad arrogante que nos arrebató a Tom, te equivocas. Y eso incluye a Frank y Jenny.

McClelland se reclinó en la silla.

Le miré.

Me levanté, agarré la guía telefónica y me marché.

Camino a casa me detuve ante el escaparate de la tienda de Oscar. Había muchísimos juguetes, pero de entre todos me había llamado la atención la figura de Frankenstein. Es decir, un muñeco del monstruo, claro. Mi padre me había explicado que Frankenstein era el médico que le había dado vida al monstruo. Mientras observaba la figura, me fijé en que en el escaparate se reflejaba algo, un coche rojo al otro lado de la calle. No me habría llamado la atención si no fuera porque era el mismo que había visto aparcado frente a la comisaría rural. Mientras seguía el camino a casa miré hacia atrás con discreción y vi de nuevo el mismo vehículo a lo lejos.

Cuando llegué, Frank estaba sacando el coche del garaje. Se detuvo y bajó la ventanilla; deduje por su ropa que tenía otra guardia nocturna. También se había equipado con un gesto muy serio.

—¿Dónde estabas? Jenny estaba preocupada.

—¿Tú no?

Frunció el ceño y me miró sin comprender.

—Pasa, te está calentando la cena.

Entré en el recibidor y Jenny apareció con cara de querer darme un achuchón, así que, para librarme, tardé todo lo que pude en quitarme los zapatos. Dije la verdad: que había estado en la biblioteca, que tenía que resolver un asunto.

La lasaña estaba rica y me libré de que me hiciera más preguntas; aunque no pude evitar hacérmelas yo mismo. ¿Quién era Imu Jonasson? ¿Quién era el conductor del coche rojo? ¿De quién me podía fiar?

Esa noche dormí tan mal que tuve pesadillas en las que estaba encerrado en un lugar oscuro y aislado, con Frankenstein y con

zombis.

7

—¿El inspector no te creyó aunque le enseñaste la guía telefónica en la que figuraba «Imu Jonasson»? —me preguntó Karen.

Estábamos en la azotea del edificio del colegio, durante el recreo. Karen balanceaba una caña de pescar larga y flexible de atrás para adelante, de manera que el sedal oscilaba arriba y abajo y la mosca artificial del extremo bailaba en el aire; practicaba para ganar a su padre, campeón cuatro años seguidos de la competición local de pesca con mosca.

—Sí se cree que hemos telefoneado a un tipo que se llama Imu Jonasson —dije, pendiente de la mosca que parecía inmóvil en el aire sobre la abertura de la chimenea de cemento, a unos diez metros de nosotros—. Lo que no se cree es que el auricular se comiera a Tom.

Karen y yo solíamos subir allí por lo menos una vez a la semana, pero no quiso contarme cómo había logrado hacerse con la llave de la puerta que daba a la escalera de la azotea; solo me dijo que tenía intención de quedársela mientras el conserje y los profesores no se dieran cuenta. No sabía por qué me había escogido a mí para acompañarla, tal vez fuera el único que no se iba a chivar ni tenía miedo de meterse en líos.

Miré con cuidado por encima del borde rematado en estaño hacia el patio, cinco plantas más abajo. Era raro porque cuando estaba con Karen ya no tenía tanto miedo a las alturas, solo sentía un leve cosquilleo en el estómago. Vistos desde allí aquellos críos de mierda parecían aún más pequeños. Vi a Fatso corriendo detrás de unos chavales que le habían quitado el gorro y trataban de colgarlo de las ramas del roble. Se enganchó en una, muy por encima de ellos. Fatso se quedó solo, con los brazos caídos, mirándolo con los ojos entrecerrados; tenía el sol de frente y no podía verme.

Karen hizo una mueca y dejó que la mosca descendiera por el hueco de la chimenea.

—¿De verdad que se lo *comió*?

—Bueno, puede que sorbiera más que masticar. Igual que esos insectos que inyectan en su presa una sustancia que la deshace hasta convertirla en una especie de batido.

—¡Uf! —Karen se estremeció y recogió la mosca.

—Lo peor es que me estoy preguntando qué clase de batido sería. ¿No es una locura? ¿Preguntarte a qué sabría tu amigo?

—Sí —dijo Karen, sopló el hollín de la mosca y volvió a prenderla del extremo de la caña—. Suena muy loco.

Yo me había tumbado con las manos en la nuca y miraba al cielo. Pequeñas nubes blancas se deslizaban ante mis ojos.

—¿A qué crees que se parecen? —preguntó Karen.

Dejó la caña y abrió un cuadernito que siempre llevaba con ella. Quitó la horquilla rosa que utilizaba a modo de marcapáginas y empezó a escribir. Supuse que estaba dibujando. O tal vez practicaba para ser escritora. En cualquier caso, nunca quería enseñarme lo que hacía.

—¿Te refieres a las nubes? —pregunté.

—Sí.

—Nubes.

—¿No las asocias a nada?

Sabía lo que significaba eso, imágenes que se parecían a algo. Yo no podía, como Karen, pronunciar esas palabras con toda la naturalidad del mundo. Debía de ser porque ella leía mucho. La noche anterior había encontrado varias palabras en el libro de Kafka que no comprendía, además, era tan aburrido que me había pasado al de la cabeza de cerdo. Iba de unos niños que se refugian en una isla desierta tras un accidente de avión; era más mi rollo.

—¿Qué ves tú? —pregunté.

—Veo a Chewbacca.

—¿Quieres decir que esa nube se parece al tipo peludo de *La guerra de las galaxias*?

—No es un tipo peludo, es un *wookiee*. ¿De verdad que no ves nada?

—¿Debería?

—No —respondió Karen—. Mi padre dice que eso es lo que hacen los escritores. Crean relatos a partir de nubes.

—Si solo veo nubes, ¿no podré ser escritor?

—No lo sé. Intenta ver algo.

Entrecerré los ojos y me concentré. El problema era que las nubes eran tan pequeñas y ligeras allá arriba que, con el viento, cambiaban de forma antes de que tuviera tiempo de pensar a qué se parecían. Sonó el timbre para volver a clase.

—Seguimos la próxima vez.

Karen cerró el cuaderno. Nos pusimos de pie, comprobamos que nadie nos viera colarnos por la puerta y bajamos la escalera de puntillas.

—Había pensado pedirte un favor —dije en el pasillo atestado de gente.

—¿Cuál?

—Que me ayudes a encontrar al tal Imu. —No la miré, pero por cómo dudaba y tomaba aire intuí que iba a decirme que no—. Bueno, a lo mejor no es un asunto para chicas… —me apresuré a añadir.

—¿Qué quieres decir con que no es un asunto *para chicas*?

—Perdona, no era mi intención…

—Uy, no sabía que esa palabra formara parte de tu vocabulario.

—¿Cuál?

—*Perdón*. El caso es que me gustaría mucho ayudarte, Richard, lo sabes. Pero creo que en este asunto en particular lo mejor que puedo hacer es dejar que lo descubras por ti mismo.

Salimos al patio. Estaba vacío salvo por Fatso, que se encontraba sentado en un banco con la cabeza entre las manos.

—Nos vemos —dijo Karen, y me dejó solo.

Se acercó a Fatso y le puso una mano en el hombro. Él levantó la vista, pero no creo que viera nada porque tenía las gafas empañadas; había vuelto a llorar. Al oír la voz de Karen, su rostro se iluminó. Somos así de simples, si alguien nos habla con amabilidad, nos da la vida.

Y además, pensé, hacemos lo que nos piden.

Entré en clase, me senté y miré por la ventana hacia el patio, donde estaban Karen y Fatso delante del roble. Karen lanzó la caña de pescar por encima de su cabeza, la mosca se acercó a las alturas del árbol, parecía que quisiera aterrizar en él. Entonces, con un leve tirón, arrancó el gorro, que planeó y aterrizó en el suelo, igual que las hojas de los árboles en los días soleados de otoño. Mientras, Fatso daba palmas, entusiasmado, con sus pequeñas manos regordetas.

8

—Vale —aceptó Fatso—. Iré contigo.

Yo estaba sorprendido y a la vez no. Por un lado, Fatso era un debilucho al que le interesaba el rollo de chicas, se disfrazaba de niña cada vez que el carnaval o una función escolar le brindaban la oportunidad y estaba casi siempre con ellas. Por eso creí que se acobardaría en cuanto supiera que se trataba de algo que requería cierto valor masculino. Pero, por el otro, Fatso era de la casta piraña y no tenía muchas oportunidades de estar con otros chicos. Lo había visto dar vueltas inútilmente alrededor de Oscar Rossi sin lograr que le prestara atención. No es que fuera el único al que le molara estar con el jefe, pero en el caso de Fatso parecía haber algo más. Había algo de súplica y sometimiento en su manera de mirar a Oscar, como un perro bien adiestrado que te observa silencioso e impaciente, con la esperanza de que te dignes a echarle unas migajas. Hablando de alimentar, había endulzado mi propuesta con una invitación a cenar en mi casa. No sé, pensé que eso funcionaría con un gordo, sería como la zanahoria al final de un palo. Luego me arrepentí de haberlo invitado, me di cuenta de que para él habría sido más que suficiente con la oportunidad de estar con otro chico, aunque fuera yo.

Al terminar la última clase, Fatso y yo nos fuimos al bosque de Speilskogen. Había sido un día caluroso, un aviso de lo que estaba por venir. Karen me había advertido de que en Ballantyne el verano era sofocante y el invierno, polar. De repente, una espesa niebla blanca se deslizó por el paisaje y borró sus contornos.

—¿Por qué a ti te dejan en paz? —preguntó Fatso mientras caminábamos por el centro de Ballantyne.

—¿A qué te refieres?

—Al inspector y los demás. ¿Por qué no te interrogan todo el rato si

creen que estabas con Tom y sabes lo que pasó?

—Puede que lo sepa, sí.

—¿Lo sabes? ¿Se lo has dicho al inspector?

—Sí, pero tengo la obligación de preservar la confidencialidad —respondí.

Fatso se quedó mirándome. Parecía que, de entrada, no le convencía mi respuesta, pero tampoco dijo nada.

Yo también me había preguntado por qué el inspector McClelland me había dejado libre y creía entender por qué.

No hizo falta darme la vuelta para saber que el coche rojo, el que había visto al otro lado de la calle cuando salimos del colegio, seguía allí. Ahora ya sabía de qué marca era: Pontiac LeMans; lo había encontrado en una de las revistas de coches de Frank. Al ver la foto, también recordé dónde lo había visto antes: en *La noche de los muertos vivientes*.

—Vamos a entrar aquí —dije.

—¿En la biblioteca? —se sorprendió Fatso—. ¿Necesitamos libros?

—No, necesitamos dar un rodeo.

Empujé la puerta y entramos. Apoyé la espalda en la puerta mientras se cerraba. Miré por una ventana lateral.

El Pontiac estaba aparcado junto a la acera, un poco más adelante.

—Ven —le dije, y me metí entre las estanterías.

La biblioteca parecía tan vacía como la otra vez; los libros alineados esperaban a que les prestaran atención, parecían huérfanos soñando con ser adoptados.

La señora Zimmer estaba tras el mostrador, clasificando lo que supuse que eran resguardos de préstamos.

—¿Otra vez por aquí? —preguntó, y estornudó—. Sí, es fácil cogerle gusto a los libros.

—Lo es, señora Zimmer —dije—. Pero en realidad quería pedirle algo.

—¿Qué?

—¿Podríamos salir por la puerta de atrás?

—¿Por qué?

Señalé la entrada principal con un movimiento de la cabeza.

—Nos persigue una pandilla del colegio con sus bicicletas Apache. Les gusta apalear a los ratones de biblioteca como nosotros, ya sabe.

La señora Zimmer enarcó una ceja y me observó. Luego deslizó la mirada hacia Fatso y lo estudió un buen rato antes de volver a mirarme.

—¿Sabéis una cosa? —dijo, volvió a estornudar y agarró un trozo de papel de cocina—. Es una historia que conozco muy bien. Venid.

La señora Zimmer nos hizo un gesto para que fuéramos tras el mostrador; la seguimos por una pequeña cocina y un almacén con material de papelería hasta llegar a una puerta que conducía a una escalera metálica en la parte de atrás de la biblioteca.

—¡Achís! —estornudó—. Suerte. Entrenaos a boxear y leed poesía.

Fatso y yo fuimos por caminos secundarios hasta que volvimos a salir a la carretera principal, muy cerca de Speilskogen. En el sendero que llevaba al bosque comprobé de reojo que Fatso seguía el paso y no intentaba escaquearse. Iba trotando, y me sonrió. Era extraño que le preocupara tan poco adentrarse en el mismo bosque con un tipo que todo el mundo creía que tenía mucho que ver con la desaparición de Tom. Tampoco había dicho nada sobre que tuviera miedo de encontrarnos con el tal Imu Jonasson, aunque también es cierto que Fatso no había sido testigo de que se comieran a Tom.

La niebla pareció espesarse y la tarde se oscureció a medida que nos adentrábamos entre los árboles.

Fatso daba pasitos cortos, con los brazos colgando a los lados del cuerpo rechoncho y las manos hacia afuera, como si hiciera equilibrios exactamente igual que cuando representaba el papel de Campanilla en la función de *Peter Pan*. Los adultos del público habían tratado de contener la risa mientras aquel muchacho regordete correteaba por el escenario con falda y alas de hada. Fatso no parecía darse cuenta, vivía su papel y, sí, le encantaba.

Llegamos al claro del río y del puente y subimos por una cuesta embarrada.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Fatso.

—Sí, señor —contesté segurísimo. Y lo estaba. Había memorizado el mapa de Ballantyne de la última página de la guía telefónica y no

había equivocación posible. Desde la cima de esa cuesta solo había que seguir recto hasta una calle sin salida que unos cientos de metros más adelante pasaba frente a Speilskogen número 1. Resbalé un par de veces en el barro, mientras que Fatso mantuvo el equilibrio sin esfuerzo.

Cuando llegamos a lo alto de la cuesta, di con un sendero que parecía ir en la dirección correcta.

En las profundidades de la niebla se oyó un sonido grave e intenso y me sobresalté. Hasta es posible que agarrara la mano de Fatso, pero si así fue, la solté al instante.

—No es más que un búho —dijo Fatso.

Seguimos caminando, y esta vez él fue delante.

—¿Has visto *El lago de los cisnes*? —preguntó.

—¿Hay un lago por aquí? —repuse, y me di de frente con una rama que debería haber evitado.

—No —dijo riendo Fatso—. *El lago de los cisnes* está ambientado en un bosque parecido a este. Un mar lleno de lágrimas. Es un ballet.

—¿Baile? *Sorry*, yo necesito que pasen cosas. Ya sabes, como en las películas y…

—Oh, es que tiene una historia.

—¿Ah sí?

—Un joven cazador llega a un lago en el que ve un cisne, y cuando está a punto de dispararle, se convierte en la bella Odette.

—¿Una chica?

Vi que Fatso se encogía de hombros.

—Es que, de día, Odette tiene que ser un cisne y nadar en un mar de lágrimas, ¿entiendes? Odette solo puede ser humana de noche.

—Pues qué pena. —Estuve a punto de tropezarme con una raíz. Prefiero las aceras y escaleras—. ¿Tiene un final feliz?

—Sí y no. Hay dos versiones. En la que me gusta, el cazador se enamora de Odette y luchan contra quienes se oponen a su amor. Al final se casan y Odette se vuelve completamente humana.

—¿Y en la otra?

—No la he visto. Mi madre dice que es triste.

De repente pegué un grito: algo se me había posado en la cara. No

era una rama, era algo vivo que se movía. Me di una bofetada, primero en la mejilla, luego en la nariz, después en la frente; estaba claro que no acertaba, porque el bicho seguía arrastrándose por mi jeta.

—Quédate quieto —me dijo Fatso.

Hice lo que me ordenaba y él me pasó los dedos mientras yo cerraba los ojos. Los abrí de nuevo y me mostró lo que tenía en la mano: un insecto de ojos rojos y alas transparentes.

—¡Uf! —Me estremecí—. ¿Qué es eso?

—No lo sé —respondió Fatso—. Lo he visto en el manual de entomología de mi madre.

—¿Ento qué?

—El libro de los insectos. Colecciona insectos. Muertos, eso sí.

—Uf —repetí.

—No creas, muchos de ellos son hermosos, ¿sabes? Igual que este. ¿No te parece?

—No.

Fatso se echó a reír. Comprendí que el gordinflón se sentía algo superior ahora que veía que yo no pasaba por mi mejor momento. Como no iba a permitir que se riera mucho sin darle un tirón de orejas, pensé en advertírselo. El mini monstruo de seis patas parecía estar muy a gusto en la mano de Fatso y mientras él lo observaba desde todos los ángulos posibles sentí que algo aterrizaba en mi coronilla. Me llevé las manos a la cabeza como un loco y cayeron dos mini monstruos de ojos rojos.

—¡Hay más! —gemí—. ¡Alejémonos de aquí!

No esperé, me limité a echar a correr y oí que Fatso se reía mientras me seguía.

De repente estábamos allí, al final del camino de grava que se interrumpía bruscamente en medio del bosque. Tenía la sensación de que iba a oscurecer temprano y me apresuré. La curva de la carretera se fue abriendo, los árboles se fueron espaciando, y entre la niebla apareció algo grande y negro.

Una verja de hierro forjado que tendría por lo menos tres metros de altura.

Me acerqué al portón. Los barrotes del centro formaban las iniciales AB, y debajo había un cartel que rezaba: SPEILSKOGEN I. ATENCIÓN: VALLA ELECTRIFICADA.

Miré entre los barrotes. La valla que rodeaba la propiedad impedía el paso a la niebla y solo una neblina cubría la nítida y clara silueta de un edificio cuya parte central era más alta que las dos alas que lo flanqueaban. La parte alta parecía estar rematada por una cornamenta, puede que fuera eso lo que me hizo pensar que parecía un toro o un dragón. El ala izquierda tenía una especie de protuberancia, una seta gigantesca en el techo.

—Esa… —susurró Fatso a mi espalda— es una casa que da miedo. ¡Para! —Me cogió del brazo cuando vio que iba a agarrar el picaporte —. ¡Dice que está electrificada!

—Imbécil. Solo es uno de esos carteles que se ponen para que la gente se mantenga alejada.

Levanté el pie y di una patada a la puerta de la cancela con la suela de la deportiva. Se abrió con un prolongado quejido.

—¿Qué te había dicho? —exclamé triunfal.

—Las suelas de goma no conducen la electricidad —dijo Fatso.

Me limité a emitir un gruñido y entré.

—¿Vienes? —grité.

—No —respondió Fatso.

Me giré. Seguía al otro lado.

—¿Te vas a echar atrás?

—Sí —respondió con sequedad.

—¿Quieres decir que no te atreves a acercarte a la puerta de una casa normal y corriente?

—Esa no es una casa normal y corriente, Richard.

—Tiene una dirección, techo y paredes. Es de lo más normal. Y ¿sabes qué, Fatso? Si no vienes conmigo le voy a contar a todo el mundo lo cobardica que eres.

—Bueno, total, creo que ya lo saben… Además, no me llamo Fatso, me llamo Jack.

Lo miré. Me di cuenta de que había cavado mi propia tumba: si no iba a la casa solo, lo iba a contar en el colegio y, al contrario que él,

yo tenía una reputación que perder.

—Pues quédate aquí y no te preocupes por nada, Fat Jack. Y cuidado con la verja.

Me giré y subí con paso firme por el acceso de grava. Según me iba acercando, oí un bramido que subía y bajaba desde el interior de la casa. Vi que no era de madera, como todas las casas de Ballantyne, sino que tenía las paredes de ladrillos rojos cubiertos de musgo, y algunos estaban sueltos. Era el tejado el que formaba los dos cuernos diabólicos. Lo más raro era que lo que a distancia parecía una seta era la copa de un gran roble. Estaba claro que ocupaba el ala izquierda y había atravesado el techo. ¿Cómo era posible? Un roble así no crece en el suelo y atraviesa el tejado en una noche, tarda más de cien años en alcanzar ese tamaño.

Algo me impactó en la mejilla. Lo aparté con la mano y vi un insecto de ojos rojos que estaba pateando sobre la grava, luego noté que algo se deslizaba por mi sien y trataba de entrarme en la oreja, pero sacudí la cabeza y desapareció.

De repente lo comprendí. Esa vibración… Levanté la vista hacia lo que creí que era la neblina que rodeaba el edificio. De ahí provenía el bramido o, mejor dicho, el zumbido; el zumbido de un enjambre de insectos voladores.

Los miré con ojos desorbitados.

El enjambre era tan grande y denso que cubría el cielo como un atardecer prematuro. Me detuve y miré hacia atrás. ¿Fatso estaba pendiente de mí o podía largarme ahora y decir que había llamado a la puerta y no había nadie en casa? Era imposible que hubiera alguien, no había luz tras los cristales oscuros; además, ¿quién vive en una casa construida alrededor de un árbol? Ni siquiera alguien que se llamara Imu podría vivir allí.

Algo me trepó por la pantorrilla, por debajo del pantalón, y bajé la vista. Los bichos parecían salir de la tierra como muertos vivientes emergiendo de la tumba, arrastrándose sobre sus delgadas patas de insecto y con los ojos iluminados de rojo. Me sacudí la pierna para liberarme de los insectos y, de repente, vi que se encendía una luz en la ventana grande, la del centro de la casa, en el cuarto y último piso.

La luz se proyectó sobre el suelo, frente al edificio. Las robustas raíces del árbol asomaban a ras de los cimientos y se perdían en la tierra, como si la casa misma fuera un árbol. A la luz daba la impresión de que las raíces se movían, parecían grandes músculos o boas constrictores. Salté a la pata coja, me di contra la pared y me caí sobre una alfombra de insectos que rápidamente me cubrieron la cara, el cuello y la boca. Grité. Logré ponerme de pie, escupí, me los sacudí del pecho y de la frente. Algo se movía allá arriba, junto a la ventana. Levanté la vista. Un rostro. Pálido. La cara inexpresiva de un hombre, inmóvil como la figura de un cuadro. Un rostro que no había visto nunca y que, no obstante, me dio la impresión de que se estaba mirando en un espejo.

Sonó un crujido bajo la palma de mi mano, ¡por fin había logrado atrapar al menos a uno de esos bichos! En ese momento se detuvo el zumbido por efecto de una señal.

Miré hacia arriba.

Caí en la cuenta. Ese insecto que acababa de aplastar haciendo que sus jugos me resbalaran por el cuello era lo primero que había matado en mi vida.

Un cielo estrellado de ojos rojos me miraba. Un banco de pirañas con alas. Después empezó el zumbido de nuevo. Más alto. La bandada se reunió, su tamaño se redujo, se transformó en una nube negra que aumentaba de tamaño exponencialmente, o no, no crecía, sino que se acercaba.

Me giré y empecé a correr hacia la cancela. Detrás de mí, entre el zumbido creciente, se alzó un sonido penetrante que vibraba y me perseguía.

Vi la verja abierta, y a Fatso plantado allí, boquiabierto, mirando hacia arriba, por encima de mí.

—¡Corre! —grité—. ¡Corre!

Fatso no se movió. Pasé por su lado, bajé corriendo por el camino en dirección al río y al puente. Al cabo de un rato, cuando me di cuenta de que el zumbido se había acallado, me detuve y me di la vuelta. Fatso seguía allí, de pie junto a la verja.

Tenía los brazos abiertos y el rostro sonriente vuelto hacia el cielo:

un campesino que celebraba la llegada de la ansiada lluvia.

A su alrededor y sobre él, el enjambre giraba formando un tornado.

Creí que iba a pasar lo mismo, que se lo iban a comer, como le había pasado a Tom con el teléfono.

Pero no fue así.

El remolino de insectos se elevó lentamente hacia el cielo mientras Fatso extendía los brazos hacia ellos, rogándoles que volvieran. Los dejó caer y se acercó al trote por el camino muy sonriente.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—Eso —me explicó Fatso— eran cigarras de la especie *magicicada*.

9

—El insecto se llama cigarra *magicicada* —repitió Fatso mientras devoraba la lasaña de Jenny—. Es inofensivo. Lo único es que de pronto había muchísimos. ¡Tendríais que haber visto lo asustado que estaba Richard!

Jenny, Frank y Fatso se echaron a reír y me ardieron las mejillas. Le lancé una mirada amenazadora, pero no me vio, porque se limitó a seguir farfullando:

—Comprendí que eran cigarras periódicas cuando vi la bandada y caí en la cuenta de que cumplo trece años la semana que viene.

—Serán lo que todos llamamos cigarras —dijo Frank, y echó más agua en el vaso de Fatso—. Nunca las he visto, pero he oído hablar de ellas. ¿Qué tiene que ver tu cumpleaños con eso?

—Mi madre me contó que las cigarras aparecieron cuando yo nací. Y se presentan en bandadas una vez cada trece años. —Fatso sonrió con aire casi triunfal. Parecía estar muy a gusto sentado a nuestra mesa, acaparando la atención.

—¿De veras? —dijo Jenny echándole otra ración de lasaña en el plato—. ¿Qué hacen mientras tanto?

—Viven bajo tierra. Nadie sabe con precisión cómo saben cuándo tienen que salir, el caso es que aparecen todas a la vez. Millones de ellas. Y son muy felices, porque ¡por fin les han salido las alas! —Estaba radiante, y miró a todos los presentes para asegurarse de que seguíamos pendientes de él—. Así que se van de fiesta, se reproducen y ponen huevos por un par de semanas. ¿Sabe una cosa, señora Appleby? Esta es la mejor lasaña que he probado en mi vida.

—Gracias, Jack —dijo riendo Jenny, que aceptaba encantada sus halagos—. Qué buenos modales tienes.

—¡Lo digo en serio! —exclamó con gesto sincero e imbécil.

—Mejores modales aún. —Frank rio entre dientes, y me dio un codazo. Quería decirme que tomara nota.

—Entonces, ¿sabes qué hacen las cigarras cuando se acaba la fiesta? —preguntó Jenny apoyando un codo en la mesa y la barbilla en la mano. Luego miró a Fatso, parecía creer que ese niñato de mierda podía contarle todo lo que no sabía.

—Mueren —dijo Fatso.

—Eso me ha parecido entender —dijo Frank—. ¿No se morirán todas?

—Sí —sentenció Fatso—. Todas.

—Uf —solté.

Los tres me miraron interrogantes. ¿Qué más podía decir yo? Sabía bien poco de *magicicadas*, pero me molestaba que Frank y Jenny se tragaran así, sin más, las increíbles historias de un desconocido, mientras que estaba claro que no se creían ni una palabra de lo que contaba yo sobre teléfonos carnívoros, por ejemplo. Además, no me había asustado *tanto*.

—Bueno, bueno —dijo Jenny, y volvió a los fogones—. Todos vamos a morir, y no debe de estar nada mal hacerlo mientras te diviertes.

Yo no estaba de acuerdo, era mejor morirse mientras uno estaba aburrido. No dije nada más.

—Por cierto ¿por qué fuisteis a esa casa? —preguntó Jenny.

—Solo pasábamos por ahí —dije, mientras Fatso se atracaba con los últimos restos y reducía la comida a fragmentos aún menores.

Por su aspecto se diría que tenía el mismo apetito que antes de sentarse a la mesa. Acabó rebanando el plato con el tenedor hasta dejarlo limpio y sorbió los últimos restos de la salsa cual… Sí, cual teléfono.

Frank rio entre dientes.

—¿Postre, chicos?

Esperaba que Fatso gritara un «¡Sí!» triunfal, pero él puso cara de pena.

—Mi madre no me deja. En nuestra familia tenemos mucha tendencia a engordar y solo me dejan comer dulces los sábados.

—Nos hacemos cargo —dijo Jenny, luego ladeó la cabeza y miró a Fatso con una sonrisa como diciendo «Pobre chico»—. En ese caso podéis levantaros de la mesa e ir a jugar al cuarto de Richard.

—Muchas gracias por la cena, señora Appleby.

Imité las manidas frases de agradecimiento de Fatso gesticulando a su espalda, pero Jenny y Frank no parecieron darse cuenta.

—¿A qué jugamos? —preguntó Fatso en mi cuarto.

Se sentó en una de las sillas de tamaño infantil, delante de la caja de los juguetes. Ya estaban allí cuando llegué. Frank y Jenny no me habían contado por qué creían que un adolescente fuera a necesitar mobiliario infantil y por qué creían que iba a querer perder el tiempo jugando con piezas de madera; sin embargo, por alguna razón, no se lo había preguntado. Fatso estaba allí como si fuera el dueño de la habitación, como si fuera a él, y no a mí, a quien Frank y Jenny habían adoptado.

—Juguemos a que ya va siendo hora de que te vayas a casa —le espeté.

Se hizo un silencio en el que me pareció oír el sonido lejano de la bandada que se detenía en algún lugar ante la ventana abierta, y que sonaba como el zumbido grave de un generador eléctrico. O tal vez el zumbido solo estuviera dentro de mi cabeza, quizá dependiera de una rabia que no recordaba haber sentido antes y que el gesto de asombro de Fatso solo contribuía a aumentar.

—Una cosa más. No vas a decir ni pío de que tuve miedo. Ni en el colegio ni en ninguna parte. Si lo haces, te aplastaré como a una jodida cucaracha. Porque no estaba asustado. ¡Es mentira! ¿Entiendes?

No respondió, vi que tragaba saliva. El zumbido se hacía cada vez más intenso en mi cabeza, y mi voz también.

—¿Entiendes, Jack, jodida cucaracha?

Fatso pareció salir de su asombro. Negó con la cabeza con aire casi paternalista, como lo haría un adulto que estuviera tratando con un niño mimado que no sabe comportarse, que no tiene *modales*.

—Richard, no hay de qué avergonzarse. Un millón de insectos…

—Si lo haces —le dije con toda la frialdad de la que fui capaz— le contaré a todo el mundo que estás enamorado de Oscar Jr.

Di en el clavo: ahora sí parecía sentirse aludido.

Podría haberlo dejado ahí. Sabía que debería haberlo dejado ahí, sí, que en realidad *debería* haber parado mucho antes. No fui capaz, la rabia era una bola de nieve que había empezado a rodar y de la que había perdido el control.

—¿Me oyes, Cucaracha Jack? —seguí—. Eres tan jodidamente asqueroso… por eso nadie quiere jugar contigo. Cucaracha Jack. Cucaracha Jack. —Abrió la boca, con intención de contradecirme, pero fue incapaz—. ¡Cucaracha Jack! ¡Cucaracha Jack! ¡Cucaracha Jack!

Sus gafas empezaron a empañarse. Seguí canturreando su nuevo apodo mientras me colocaba ante él atrapándolo entre los apoyabrazos de la sillita. Sostenía las manos por encima de la cabeza y las gafas para protegerse de mis palabras, y yo me incliné hacia él, que sollozaba quedamente mientras los lagrimones le resbalaban bajo las manos y le rodaban por las mejillas rechonchas.

Notaba algo raro en mi voz, como si el motor se hubiera llenado de arena. La situación era surrealista: parecía que yo también estaba llorando y mi voz se hacía más fuerte cuanto más alto gritaba:

—¡Cucaracha Jack! ¡Cucaracha Jack!

Pero ocurrió algo extraño.

Algo crecía en la espalda encorvada de Fatso.

No puedo explicarlo de otro modo. A través del jersey asomó algo delgado, parecido a una lámina de plástico o a la tela de uno de esos paraguas transparentes. Empezó a abrirse igual que la capota de un coche descapotable, y una cáscara negra y brillante, como la de una avellana, o mejor dicho la de un insecto, comenzó a rodear su cuerpo. Vi que le habían salido alas en la espalda.

—¿Jack? —balbuceé.

Apartó las manos de la cara y levantó la vista hacia mí.

Retrocedí. Quise gritar, pero tenía la boca demasiado seca. Sus gafas habían desaparecido; en su lugar había dos ojos saltones, brillantes y rojos, que me miraban fijamente.

Di unos pasos hacia la puerta mientras él, rígido y encorvado, se levantó de la silla. Alargué la mano hacia la puerta para escapar. Me detuve. Porque Fatso había encogido. Sí, su tamaño fue reduciéndose y ya no resultó tan amenazador. Salvo por un par de antenas que asomaron de su cabeza y un par de patas negras y espinosas que le salían de los costados, a la altura de la barriga. Se había vuelto tan pequeño que la silla parecía tener un tamaño apropiado.

—Fatso, déjalo ya —susurré; no conseguí decir nada más—. Déjalo ya, ¿me oyes?

Emitió un sonido, un chasquido agudo, como si tratara de responder en morse. Ya era más bajo que la silla, no más grande que el osito de peluche de la caja de los juguetes. La coraza negra se estaba cerrando alrededor de su cabeza, pero aún vi la expresión de terror en su rostro y comprendí que no era él *quien* estaba haciendo aquello; era algo que le estaba pasando.

—¿Fatso? —susurré—. ¿Jack?

Porque ya no era más grande que un insecto. O, mejor dicho, *era* un insecto. Una cigarra *magicicada* que me miraba desde abajo con ojos rojos.

Me humedecí la boca para llamar a Frank. No lo hice. Puede que fuera incapaz. Puede que no quisiera. En mi mente se abría paso una sospecha: que era yo el que había provocado aquella locura. No sé cómo, tal vez no debería haber repetido tantas veces eso de cucaracha. Sí, tal vez no debería haberlo mencionado siquiera.

Observé el insecto. Lo sentía por Fatso, claro, porque para él la carrera se había terminado; en cualquier caso, moriría al cabo de una semana si lo que había contado sobre las *magicicadas* durante la cena era cierto. La rabia se había esfumado y en su lugar se abría paso un pánico incipiente. Si aquello era culpa mía y se descubría, era probable que McClelland no se conformara con encerrarme en algún lugar oscuro. Haría que me colgaran, aparecería oscilando del techo de una celda cualquiera. Podía incluso imaginarme la soga, el gancho para lámparas del que prendería, la silla que apartarían de una patada.

Mi corazón latía salvaje y en mi cabeza solo había lugar para un

pensamiento: ¡tenía que deshacerme de la prueba!

Levanté el pie e intenté pisotear al bicho. Pero él se apartó a gran velocidad y se refugió bajo la silla. Agarré el libro de Kafka de la mesilla y me aproximé de rodillas. Levanté el libro para aplastarlo, pero la cigarra abrió las alas y las desplegó. Voló directa a la ventana abierta y cuando logré ponerme de pie ya era tarde. Había desaparecido, absorbida por la oscuridad de la noche. Miré hacia el exterior. Me pareció ver un par de ojos rojos brillar allí fuera. Fatso se había esfumado. Me quedé un rato escuchando el zumbido apagado que llegaba de Speilskogen. Puede que por fin hubieran invitado a Fatso a esa fiesta a la que nosotros nunca éramos bienvenidos. Me quedé quieto hasta que los latidos de mi corazón se tranquilizaron. Cerré la ventana y bajé a reunirme con Frank y Jenny.

10

El inspector McClelland se había situado junto a la ventana de la sala de reuniones y miraba hacia el exterior. De la pizarra al fondo de la habitación colgaba un mapa del vecindario y en él habían trazado un círculo alrededor de algunas zonas, mientras que unas pocas estaban marcadas con una cruz. Comprendí que eran los lugares en los que habían buscado a Tom.

El sol brillaba en el aparcamiento. Al otro lado, junto a la estación de bomberos, había una torre de vigilancia muy alta que, por lo visto, era el punto más elevado en varios kilómetros a la redonda. Frank me había subido allí un día, poco después de mi llegada, tal vez con la esperanza de impresionarme. La torre del jefe de bomberos, o algo así. No me atreví a contarle que el edificio en el que solía vivir en la ciudad era el doble de alto. Me explicó que, en verano, la torre estaba atendida día y noche para detectar la presencia de posibles incendios en el bosque. Eran frecuentes y muy graves para una comunidad reducida que vivía de la explotación forestal, dijo. En honor a la verdad, Ballantyne tenía mucho bosque. Y poco de todo lo demás. Gente, por ejemplo. Seguro que en ese momento la mitad había salido en busca de Fatso y Tom, mientras que yo estaba aquí sentado en una silla, entre Frank y Jenny.

—Así que Jack se marchó sobre las ocho —dijo McClelland—. Y se dirigía a su casa.

—Sí —confirmó Frank.

McClelland se pasó el índice y el pulgar por el bigote y asintió con la cabeza en dirección al agente que tomaba notas sentado a la mesa.

Hasta ese momento yo no había dicho gran cosa. Frank me había dado instrucciones para que le dejara hacerse cargo de la conversación; yo solo tenía que responder a las preguntas que me

formularan con toda la concisión de la que fuera capaz. Además, no debía mencionar el desagüe bajo ningún concepto.

Bajé al salón después de que Fatso, o lo que quedaba de él, saliera volando por la ventana, y mentí. Les conté que se había ido a casa, que se había deslizado por la bajante que pasaba junto a la ventana de mi cuarto. Estaban algo sorprendidos, Fatso no tenía un aspecto muy atlético que digamos. Me creyeron. Al fin y al cabo, me habían pillado bajando por el desagüe más de una vez, a pesar de que me lo habían prohibido expresamente, porque no solo era peligroso, sino que esas tuberías eran delicadas y costaban dinero. Más tarde, cuando llamaron por teléfono los padres de Fatso para preguntar dónde se había metido, Jenny respondió que se había marchado a las ocho, sin mencionar en absoluto el tema de la bajante. Ahora que por fin había llevado a un amigo a casa no quería dar la impresión de que éramos una familia de irresponsables. Por eso, Frank y ella se aferraron a esa versión de la historia cuando, poco después de medianoche, llamó la policía. Es probable que Frank y Jenny estuvieran pensando que era la segunda vez en un breve lapso de tiempo que uno de mis compañeros de juegos desaparecía sin dejar rastro, que tal vez fuera mejor no dar lugar a duda alguna. Confirmaron que sí, que habían visto con sus propios ojos cómo Jack Ruud salía por la puerta de nuestra casa.

—Un chico muy educado —dijo Jenny—. Una buena persona.

Solo había asistido a dos entierros, pero sabía que era el tipo de afirmación que solía hacerse sobre gente que uno no conoce muy bien y que ha muerto. Por un momento, McClelland no pareció reaccionar. Tampoco había ningún motivo para que Jenny creyera que Fatso había muerto, ¿no? Por lo que sabíamos solo estaba un poco… desaparecido.

—Bien… —dijo McClelland, se giró hacia nosotros y clavó la mirada en mí.

A pesar de los pequeños ojos porcinos y el bigote ralo, en realidad parecía bastante buena persona. Tal vez lo fuera, tal vez solo estaba haciendo su trabajo lo mejor que podía. En ese momento, consistía en observarme y escrutarme como si tuviera rayos X en la mirada y con ellos pudiera adivinar qué estaba pasando por mi cabeza. No era poco.

—Gracias, podéis marcharos —sentenció sin dejar de mirarme fijamente—. Volveremos a hablar.

11

—Eso es aún más inverosímil que la historia del teléfono. Lo sabes, ¿no?

Karen estaba junto al borde de la terraza, mirando hacia el patio del colegio. Yo le había contado todo sobre la casa, el enjambre y la transformación de Fatso.

—Lo sé —murmuré—. Por eso no puedo contárselo a nadie, pensarán que soy el mayor mentiroso del mundo y no se creerán ni una palabra.

Se giró hacia mí.

—¿Por qué crees que *yo* te creo?

—Porque… —Dudé—. ¿Acaso no me crees?

Karen se encogió de hombros.

—Creo que *tú* lo crees.

—¿Qué quieres decir?

Karen suspiró.

—En Ballantyne nunca desaparece nadie, Richard. Es la segunda desaparición en pocos días y en ambos casos tú eres la última persona con la que estuvieron. Lo cual es todavía más raro porque todo el mundo sabe que, en realidad, no tienes amigos.

—Te tengo a ti.

—He dicho *amigos*, en plural.

—¡Te estoy diciendo que tengo pruebas! —Noté que había levantado la voz—. ¡La vieja guía telefónica!

—Cuentas que encontraste el nombre de Imu Jonasson, pero eso no significa que…

—¿No *significa* qué? ¿Que estoy diciendo la verdad? ¡No me podría haber inventado un nombre así si no lo hubiera visto u oído!

Me froté las sienes: dolor de cabeza a la vista.

—Solo digo que el inspector cree que te has inventado el nombre porque es conocido, es… ¿cómo lo llamó?

—Una vieja historia del lugar. Vale, ¿*tú* has oído hablar de Imu Jonasson?

—No.

—¿Lo ves? Y has vivido aquí desde que naciste —gemí—. No sé qué está pasando, eso de Imu Jonasson, Tom y Fatso está relacionado, tú también lo comprenderás.

Karen ladeó la cabeza y se llevó las manos a las caderas.

—¿Tú *también*?

—*Sorry*, no era mi intención… yo… perdón. —Abrí los brazos—. Es que ahora mismo estoy muy, muy estresado.

Su mirada volvió a adquirir la calma habitual en Karen.

—Lo comprendo, Richard. Otra cosa… —Hizo una pausa y se llevó el dedo índice al labio inferior.

—¿Sí? —pregunté impaciente.

—Si lo que dice el inspector de las leyendas del pueblo es cierto, deberíamos hallar algo sobre Imu Jonasson en los anuarios.

—¿Anuarios?

—Sí, se publican todos los años. Historias de las familias y pequeñas y grandes cosas que han ocurrido en Ballantyne.

—¿Dónde podemos encontrarlos?

—Están en la «A» —dijo la señora Zimmer señalando las estanterías del fondo de la biblioteca—. Cuarenta y ocho tomos. ¿Qué buscáis?

—Algo sobre Imu Jonasson —dijo Karen, aún sin resuello por la carrera que nos habíamos echado desde el colegio.

La señora Zimmer soltó dos intensos estornudos.

—Allí no encontraréis nada sobre Imu Jonasson —dijo con voz nasal, y arrancó un trozo de papel de cocina del rollo que tenía en el mostrador.

—¿Eh? —dijo Karen—. ¿Cómo lo sabe?

—Porque conozco Ballantyne —respondió la señora Zimmer—. Del mismo modo que conozco mi biblioteca. Por ejemplo, sé que tú eres

Karen Taylor, hija de Nils y Astrid. —Karen asintió a modo de confirmación y la señora Zimmer siguió hablando sin apartar los ojos de mí—: Y sé que nos falta una guía telefónica.

Noté que me sonrojaba.

—Yo… eh, solo la cogí prestada. La devolveré esta tarde.

—Lo suponía. ¿Cómo lograste alcanzar la guía, si estaba tan alta?

—Había una escalera muy larga, de incendios.

—¡Tonterías!

—¿Tonterías?

—Aquí no tenemos ninguna escalera de incendios. En cualquier caso, no prestamos las guías telefónicas. Ni los anuarios locales. Son libros de consulta que deben leerse en la biblioteca. Ya lo he dicho, en ellos no aparece Imu Jonasson.

Me volví hacia Karen, que negó tristemente con la cabeza.

—Gracias de todos modos —dijo ella soltando un suspiro y nos encaminamos hacia la salida.

La señora Zimmer carraspeó a nuestra espalda.

—No dice nada porque los anuarios se consideran demasiado exquisitos para publicar cotilleos pueblerinos.

Nos detuvimos y nos dimos la vuelta.

—¿Sabe quién es Imu Jonasson? —pregunté.

—Por supuesto.

—¿Por qué dice por supuesto?

—Porque es el hijo adoptivo de Robert Willingstad, el hombre que donó esta biblioteca a Ballantyne en 1920. Vivían en la Casa de la Noche.

—¿La Casa de la Noche? —se sorprendió Karen.

—Así la llamaba la gente. La gran casa señorial de Speilskogen.

—Habla en pasado —dije—. ¿Imu ya no vive allí?

—Que yo sepa, Imu Jonasson no ha residido en Ballantyne desde que lo mandaron a una institución. Y de eso hace más de cuarenta años.

—¿Hizo algo malo?

—Oh, sí, pero antes le hicieron algo malo a él.

—¿Qué? —preguntó Karen, que parecía estar tan expectante como

yo.

—Imu era un poco diferente y los otros niños lo acosaban. Una noche de Halloween, cuando todos habían salido a pedir chucherías, lo rodearon, lo desnudaron y lo ataron a la cerca que rodea el campo en el que pastan las vacas de la granja Geberhardt. Uno de ellos se coló en el granero y conectó la electricidad. Cuando lo encontraron estaba… digamos que ya no era el de antes.

—¿Y cómo era antes? —preguntó Karen.

—Era un muchacho bondadoso, considerado y algo solitario. Venía mucho por aquí, a la biblioteca. Decía que quería ser un escritor famoso.

—¿Y después?

—Se volvió malo.

—¿Cómo?

La señora Zimmer tomó aire tres veces seguidas, pero no estornudó.

—Molestaba a los otros niños —explicó—. Sería para vengarse, pero no se limitaba a torturar a los que le habían atado a la verja electrificada. Una vez le robó la bicicleta que le habían regalado por su cumpleaños al chaval de la casa de al lado y la tiró al río. Lo que más le gustaba era asustarlos. En otra ocasión se disfrazó del padre fallecido de una niña y se apareció ante ella en la ventana de su dormitorio, a la luz de la luna. Cuando el inspector lo pilló por el robo de la bicicleta y le preguntó si había sido por venganza, Imu le respondió que como no recordaba quiénes lo habían atado a la verja electrificada se vengaba de todos.

—¿No lo recordaba? —preguntó Karen.

La señora Zimmer se encogió de hombros.

—Dicen que las descargas eléctricas pueden tener ese efecto sobre la memoria. Creo que le dañaron el cerebro.

—¿Cómo? —pregunté.

—Se volvió raro. Llevaba la ropa hecha jirones y se aislaba en Speilskogen, donde al parecer cazaba animales. Un hombre afirmaba haberlo visto en cuclillas comiéndose una rata mientras el animal aún se movía y que, cuando levantó la vista, le corría un hilillo de sangre por las comisuras de los labios.

—Oh, no… —musitó Karen tapándose las orejas con las manos pero sin acercarlas del todo.

—Oh, sí —dijo la señora Zimmer—. Otro dijo que le había visto comer insectos que recogía del suelo y masticaba como palomitas de maíz. Además, Imu empezó a interesarse por cosas extrañas. Un día, estaba donde estáis vosotros ahora mismo y me preguntó si tenía libros de magia negra. —Bajó la voz—: Tenía los ojos oscuros, salvajes, la ropa sucia y olía mal. ¡Pobre chico! Por eso se vieron obligados a internarlo en una institución.

—¿Tiene esa clase de libros? —pregunté—. ¿Libros sobre hechizos de magia negra?

La señora Zimmer me miró, pero no respondió. Nos quedamos en silencio. Puede que fueran imaginaciones mías, pero me pareció oír un ruido lejano. El viento soplando a través de un tronco vacío. O el ulular de un búho.

—¿Dónde los tiene? —preguntó Karen.

—Ya os lo he dicho —susurró la señora Zimmer, que de repente parecía inquieta—. No tenemos ninguna escalera que llegue tan alto.

—Pero… —repliqué.

—Ahora os tenéis que ir. —Lanzó una mirada hacia el fondo, hacia el lugar del que creía que provenía el ruido—. Vamos a cerrar.

—¿Ahora? —dijo Karen—. La hora…

—Nunca te fíes del reloj, Karen Taylor. Ahora fuera los dos, ¡vamos!

Vi el coche rojo en cuanto salimos de la biblioteca, porque en ese momento no estaba aparcado a cierta distancia, sino en la misma puerta. Había dejado de jugar al escondite.

—¿Qué pasa? —preguntó Karen cuando vio que me detenía.

—Pontiac LeMans —dije—. Modelo 1968.

—Me refiero a qué te ocurre.

—Enseguida lo sabremos –le respondí.

La portezuela se abrió y del interior del vehículo bajó un hombre alto con un traje negro, corbata estrecha y cabello oscuro con raya al lado, tan brillante y denso que parecía de porcelana, y recordaba al de

Superman. No dudé ni por un instante que era el mismo hombre que había visto de espaldas en la sala de reuniones de la comisaría rural.

—Richard Elauved —dijo mostrándome una funda de cuero con una estrella metálica—. Soy el agente Dale, de la policía federal.

12

Un hombre vestido con una bata blanca de médico daba vueltas a mi alrededor y prendía cables en mi torso desnudo. El agente Dale me había llevado a la comisaría local en el coche rojo y me había conducido al sótano, a una pequeña habitación. Parecía que la utilizaban como estudio de grabación porque tenía las paredes acolchadas, una gran ventana solitaria en la pared que daba a la sala contigua y micrófonos a ambos lados. Claro que también podrían haberla utilizado a modo de cámara de tortura.

—No tienes nada que temer, Richard —dijo el agente Dale.

Estaba apoyado en la pared y cruzado de brazos, al otro lado de la mesa. Me había explicado que era un investigador especial para casos de desapariciones; que él y el hombre con la bata de médico habían llegado a Ballantyne para averiguar qué sabía yo de Tom y de Jack.

Las manos frías y húmedas del hombre de la bata me hurgaban en el pecho, el cuello, la espalda y las muñecas para fijar con cinta aislante cables rojos, azules y naranjas que iban a dar a un gran aparato que zumbaba, colocado encima de la mesa. Ya me habían explicado que era un detector de mentiras que podría certificar si yo decía la verdad o no, y que no me convenía mentir. Si no, habría consecuencias. No especificaron nada sobre qué consecuencias, pero me dieron a entender que serían graves.

—Ya está —dijo el de la bata de médico, luego se acomodó en una silla al otro lado de la mesa, se subió las gafas y miró la pantalla que tenía delante.

El agente Dale se sentó frente a mí.

—¿Alguna pregunta antes de que empecemos, Richard?

—Sí —respondí—. ¿El inspector y usted acordaron que me dejarían en libertad para que pudiera espiarme?

El agente Dale me miró largo rato antes de decir: —¿Alguna pregunta más?

—No.

—Bien —dijo, y apoyó las manos en la mesa, entre nosotros—. Mi primera pregunta es sobre Tom. Nuestra hipótesis es que acabó en el río de Speilskogen. Lo han buscado sin éxito, así que creemos que la corriente lo arrastró hasta Storelven, y de allí hacia el sur, al mar de Kråkesjøen. Hemos hablado con gente que recuerda haber participado en la maderada por el río Storelven, cuando los troncos aún se transportaban así. Señalaron los lugares en los que los gancheros que tenían la mala suerte de ahogarse bajo los troncos solían aparecer en la orilla. Fuimos y no encontramos a Tom, pero apareció esto.

Dale dejó algo sobre la mesa con un golpe. Era Luke Skywalker. El azul de los ojos del muñeco de plástico se clavó en los míos.

—Hemos hablado con los padres de Tom, dicen que ese juguete no es suyo. Preguntamos al dependiente de la juguetería y nos contó que a su hijo acababan de robarle uno en una fiesta que dio para los compañeros de clase, en la que Tom también participó. Por eso creemos que Tom lo llevaba encima cuando se cayó al río. ¿Sabes algo al respecto?

—No —contesté.

El hombre de la bata blanca negó con la cabeza.

—El detector dice que mientes, Richard.

—Vale —dije y tragué saliva—. Entonces digo que Tom robó el muñeco que acabó en el río. ¿Qué dice la máquina ahora?

El hombre de la bata negó con la cabeza de nuevo. Dale frunció el entrecejo.

—¿Tal vez sería mejor que intentaras decir algo que sea cierto, Richard? ¿Cómo te llamas?

—Richard Elauved.

El hombre de la bata asintió.

—¿Algo más?

—A Tom se lo comió un teléfono.

El hombre de la bata miró la pantalla y levantó la vista hacia Dale. Asintió.

Vi que Dale apretaba las mandíbulas y también los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Y qué pasó con Jack?

—Se le hizo tarde y tuvo que salir volando.

—¿Y tú lo viste?

—Sí.

—¿Se fue a casa?

—A casa con los suyos, supongo, sí.

La cabeza que asomaba de la bata blanca asentía y asentía.

—¿Crees que pudo dar un rodeo?

—Un rodeo no… Fats… A Jack le gustaban los insectos, así que puede que diera un rodeo por la casa de Speilskogen. Allí hay un enjambre de *magicicadas* en estas fechas, sobre todo alrededor de la casa.

—¿Ah sí?

—Yo de ustedes hablaría con el tipo que vive allí, puede que sepa algo.

—¿Quién es?

—Creo que se llama… —Tragué saliva—. Imu Jonasson.

El de la bata negó con la cabeza.

—*Sé* que se llama Imu Jonasson —corregí, y el de la bata asintió.

13

—¿Esta es la que la gente llama la Casa de la Noche? —preguntó Dale mirando entre los barrotes de la cancela. Del techo de aquella construcción decrépita asomaba un roble.

—Eso dice la señora Zimmer, la de la biblioteca –respondí, y McClelland asintió dándome la razón.

—Parece bastante abandonada —dijo Dale—. ¿Crees que vive alguien aquí?

Me encogí de hombros y estaba a punto de dar un grito de advertencia cuando el inspector McClelland tocó la verja. No pasó nada, la empujó y los tres pisamos la tierra reblandecida que conducía a la casa. Ahora que estaba bañada por la luz de la luna y no había niebla, tuve que reconocer que tenía un aspecto mucho menos siniestro que en mi anterior visita. Tampoco había ni rastro de *magicicadas*. Habrían acabado la fiesta y se habrían vuelto a meter bajo tierra, o se habrían ido de juerga a otra parte. Los gabletes erosionados ya no parecían cuernos demoniacos, las raíces que crecían entre las grietas de los cimientos no me recordaron a serpientes pitón. El robusto McClelland pisó con cuidado los escalones podridos y se acercó a la puerta. No llamó, se limitó a tirar del picaporte.

—¿Cerrado? —preguntó Dale.

—Atascado —sentenció McClelland.

Puso las dos manos en el tirador, plantó los pies en el suelo y dio un tirón. La puerta se soltó del marco con un gemido profundo y contrariado; nos quedamos mirando la oscuridad que encerraba. El aire del interior parecía húmedo, y oímos que goteaba agua en varios lugares.

Entramos en un recibidor enorme.

De repente volvió esa sensación de horror de la vez anterior.

Parecía que alguien se había dejado llevar sin control alguno.

En medio del vestíbulo, en la cima de una montaña de muebles amontonados, coronada por un piano de cola partido, había un gran cuadro. El marco, dorado, estaba roto en varios puntos, el lienzo parecía mojado y la pintura cubierta de telarañas y suciedad. Era imposible saber qué representaba. En las paredes, el papel estampado se había hinchado o colgaba a jirones y faltaban varios escalones en la amplia escalinata que ascendía hacia la galería que rodeaba el recibidor.

Dale se aproximó al piano de cola mientras McClelland se acercaba a una de las puertas, encendía la linterna y miraba hacia el interior.

—Es imposible que aquí viva alguien —dijo Dale, y tocó un par de teclas amarillentas. Su voz, combinada con el sonido chirriante y absolutamente desafinado del piano, produjo un eco, como si se tratara de una gruta.

—Oh, claro que sí —susurró McClelland—. De hecho, este es el hogar perfecto.

Dale entrecerró los ojos, se abrió la chaqueta del traje y sacó una pistola cromada, igual que en una película. Lo seguí de puntillas, con el corazón acelerado. Se plantó en dos zancadas silenciosas a la espalda de McClelland y miró por encima de su hombro. Me agaché del todo para ver lo que había en la habitación. Al principio solo distinguí los restos de una cama, hecha astillas; después levanté la vista hacia lo que iluminaba el inspector. Allí, de una viga del techo, parecían colgar varios calzoncillos negros y ajados puestos a secar.

—Un hogar perfecto si eres un murciélago —ironizó McClelland.

En ese mismo instante, uno de los calzoncillos se soltó. Dale pegó un grito cuando lo vio caer hacia nosotros, y cuando la prenda aleteó sobre nuestra cabeza sonó como a un disparo. Me llevó unos segundos darme cuenta de que, en efecto, *era* un tiro. Nos giramos y seguimos con la mirada al calzoncillo, que dio un par de vueltas a tirones, falto de elegancia, antes de desaparecer en una de las estancias del primer piso.

Dale carraspeó.

—No te he oído decir «murciélago».

—Entonces, ¿cómo sabes que lo he dicho? —preguntó McClelland.

—Deducción —replicó Dale, y la pistola volvió a desaparecer bajo la chaqueta del traje.

Entramos en la sala contigua y nos quedamos mirando el roble, grande y grueso.

—Increíble —se sorprendió Dale—. Crecer así, atravesando el suelo y el techo. Está claro que la naturaleza no se deja manipular una vez que ha tomado una decisión. ¿Cuántos años tiene esta casa?

—Yo llegué hace solo diez y no tengo familia aquí, así que no conozco bien la historia del pueblo —dijo McClelland—. Ninguna de las personas con las que he hablado lo sabía, así que la casa es vieja, de eso no cabe duda.

—Otro hecho indudable es que aquí no hay ningún Imu Jonasson —concluyó Dale, y se giró hacia mí—. Ni aquí ni en la guía telefónica.

Me encogí de hombros.

—Lo vi. Aquí y en la guía.

—¡El chico miente! —siseó McClelland.

Habíamos regresado a la comisaría y una vez allí habían vuelto a meterme en la habitación acolchada mientras ellos discutían en el cuarto del otro lado de la ventana. Tenía aislamiento acústico y, en un primer momento, no oía nada, solo veía a McClelland caminando de un lado a otro y hablando con gesto de enfado, mientras que Dale permanecía sentado y tranquilo. A continuación, presioné algunas de las teclas de un panel de la mesa y, de repente, sus voces salieron de los altavoces de la pared.

—Todo el mundo dice que es un gamberro —prosiguió McClelland, y se golpeó la palma de la mano con el puño de la otra—. Ahora tengo cuatro padres desesperados y un pueblo entero preguntándose por qué no conseguimos averiguar nada. Todo porque este chulo no nos dice la verdad. ¿Qué puedo hacer? Es un chaval y no puedo encerrarlo en una celda, que es lo que debería hacer, y la tortura… Bueno, aquí no hacemos esas cosas.

—El detector de mentiras nos indica que dice la verdad sobre el tal

Imu Jonasson —dijo Dale—. O, mejor dicho, que él cree que dice la verdad. Salvo que…

—¿Salvo qué?

—Salvo que Richard Elauved sea un auténtico psicópata. —Ambos se giraron hacia mí y tuve que concentrarme para no hacer gesto alguno que pudiera dar a entender que escuchaba todo lo que decían —. Los psicópatas pueden sugestionarse hasta engañar al detector de mentiras más sofisticado.

McClelland asintió despacio.

—Si quieres saber mi opinión, creo que nos encontramos ante un joven de la peor calaña, embrutecido y falto de conciencia, Dale. Uno del que debemos proteger a nuestra sociedad.

—Puede ser —dijo Dale acariciándose la barbilla—. Cuéntame algo del tal Jonasson, por favor.

—¿Imu Jonasson? Solo he oído algunas historias. Sé que sus padres murieron en un incendio, que había algún mal allí y que el chico trajo consigo ese mal.

—¡No fue él quien lo trajo! —grité, pero quedó claro que ellos no me oían.

—Lo enviaron a un reformatorio —prosiguió McClelland—. Que yo sepa, desde entonces aquí nadie ha tenido noticias suyas ni ha vuelto a verlo. Nuestro problema no es Imu Jonasson, es este maldito Richard Elauved. ¿Tienes alguna idea sobre qué debemos hacer con él, Dale?

—Mándalo a algún lugar donde tenga tiempo para reflexionar y arrepentirse. Unas semanas, tal vez unos meses, deberían ser suficientes.

—¿Adónde podría enviarlo?

—Tú mismo lo acabas de decir.

—¿Sí? —McClelland frunció el ceño. Luego, de repente se animó—. ¡Ajá!

Yo seguía escuchando cuando McClelland llamó a Frank y a Jenny para informarles de la medida urgente (así la llamaron), y les rogó que recogieran ropa, productos de aseo y otras cosas que pudieran hacerme falta para una estancia de duración indeterminada en un reformatorio.

El paisaje que se veía por la ventanilla del coche consistía en páramos llanos, zonas pantanosas y árboles que formaban densos bosques. Frank conducía y Jenny estaba sentada en el asiento trasero. No me habían dicho por qué me habían ascendido al asiento delantero, pero estaba claro. Al hijo en acogida que se traslada a una institución perdida en medio de la nada se le concede el privilegio de sentarse donde quiera, casi cual condenado a muerte que elige el menú de su última comida. Llevábamos tres horas de ruta y, según Jenny, aún quedaban otras tres.

Frank canturreó la música del casete.

—*Take me home, country roads, to the place I belong*.

Como si mi lugar fuera ese al que nos dirigíamos.

«No es ninguna cárcel», les aseguró McClelland a Frank y a Jenny.

«Un año pasa rápido», me consoló Jenny.

«¡Sí que es una cárcel! —había exclamado Karen cuando le conté adónde iba—. ¡Es toda una vida! —protestó—. ¡Y tú no has hecho nada!».

Había prometido ir a visitarme, incluso me había dado un beso en la mejilla en el patio del colegio, a la vista de Oscar Jr. y los demás. A pesar de que las lágrimas amenazaban con escaparse, logré reprimirlas y no les di esa satisfacción. Nadie de la clase, ni siquiera la señorita Trino, me dijo nada, y tal vez fuera mejor así, no hubieran sido palabras amables. Estaban aliviados por deshacerse de mí, parecía escrito en sus caras aleladas. Porque ahora me temían de verdad. Al menos me quedaba eso.

—¿Esa es una deducción? —pregunté.

—Deducción… —repitió Frank, y se tomó un largo rato para pensar. De hecho, tardó una estrofa completa de la canción. No era un problema, teníamos tiempo, demasiado—. La deducción es una forma de lógica. Uno busca una respuesta a base de eliminar todo lo imposible. Lo que queda es lo posible. Y si es una sola cosa, tienes la respuesta. ¿Comprendes?

—Sí –dije, y miré por la ventanilla.

Entendí que se trataba de quitar el hecho de que alguien fuera

devorado por un teléfono o se transformara en un insecto. Una vez aplicada esta fórmula, quedaba un mentiroso que probablemente era el responsable de la desaparición de dos chicos. Es lógico. Tan lógico que yo hubiera pensado lo mismo. Si no fuese porque había visto con mis propios ojos que lo imposible podía suceder.

Jenny había acertado con la hora de llegada exacta, tal vez porque la carretera, que discurría cual línea recta y monótona por el paisaje, tenía poco tráfico, cruces o cambios de límites de velocidad.

—¿Es aquí? —pregunté incrédulo.

Nos habíamos detenido en medio de un campo de cultivo.

—Eso parece —respondió Frank.

Nos bajamos del coche. Se había nublado y el viento soplaba en ráfagas bruscas y heladas.

—Bueno, bueno… —dijo Jenny, y se estremeció.

Cruzada de brazos, observaba el edificio blanco, con aspecto de fortaleza, tras la alambrada de espino. No se veía ni oía a nadie. Solo aquel paisaje desierto, el edificio estéril y las ráfagas de viento que hacían chirriar las cadenas del cartel que oscilaba colgado sobre la puerta de la verja. Algunas letras estaban descoloridas o borradas por el viento y otras inclemencias, pero conseguí leer lo que ponía: CENTRO DE REHABILITACIÓN PARA JÓVENES LIEPS.

14

McClelland había dicho la verdad: el reformatorio para jóvenes Lieps no era una cárcel. Allí, los que se aseguraban de que las puertas estuvieran cerradas no eran guardianes, sino «responsables de seguridad», y los que nos vigilaban eran «profesores», «responsables de grupo», «animadores» o el «director». Estar allí no equivalía a cumplir condena, sino a «ser recogido en la red de seguridad de la sociedad», algo que, según nos decían, debía alegrarnos un huevo.

En caso de incumplir alguna de las muchas reglas internas, no te castigaban, sino que te «corregían» o te «retiraban privilegios», como por ejemplo pasar unos minutos al aire libre o *no* estar encerrado en soledad. Que yo sepa, no se pegaba a nadie ni se aplicaban castigos físicos, pero los que perdían el control (en una institución con tantos jóvenes problemáticos juntos, lógicamente, ocurría a menudo) se gestionaban. El reglamento no admitía el uso de esposas, pero podían atarte a algo (una silla, tu cama), por tu propia seguridad, decían. Por las noches, al irme a dormir, con frecuencia escuchaba los gritos provenientes de alguna otra habitación, y me preguntaba si yo también acabaría así en caso de permanecer allí el tiempo suficiente.

Los padres y otros familiares que acudían de visita realizaban un recorrido acompañados por el director, que les mostraba las clases, los talleres destinados a los que tenían dificultades con los contenidos teóricos y el gimnasio donde nos soltaban para que nos deshiciéramos de parte de nuestra agresividad. No veían rejas, armas ni uniformes. Nosotros, que no éramos internos sino «residentes», vestíamos nuestra propia ropa. Los edificios de Lieps eran tan inhóspitos como la naturaleza que nos rodeaba, pero estaban limpios y siempre recién pintados de blanco, puesto que limpiar y pintar eran nuestras principales actividades. Visto desde fuera, Lieps debía de parecer un

internado cualquiera, pero los que residíamos allí sabíamos que no era así.

Chicos y chicas dormían estrictamente separados en dos secciones, salvo los gemelos Victor y Vanessa Blumenberg. Nadie nos dio nunca una explicación, pero no hacía falta: si los separaban más de una hora, se volvían locos. Ni los correctivos ni la pérdida de privilegios los detenían, y los gemelos eran altos y fuertes; sus efectos sobre el inventario y el personal, intensos. Tanto, que el director llegó a la conclusión de que la única solución era oponer la menor resistencia posible y permitirles que compartieran habitación. La buena noticia era que nadie más quería hacerlo porque corrían rumores de que el hermano pequeño de los Blumenberg (quien, según los gemelos, recibía demasiada atención) apareció muerto, ahogado con una almohada mientras dormía.

Corrían tantos rumores…

Por ejemplo, alguien dijo que Vanessa y Victor no eran gemelos monocigóticos, sino siameses; que habían nacido prematuros y que estaban unidos por la cadera, por eso cojeaban, uno del lado derecho, el otro del izquierdo; que compartían un solo cerebro, por eso a menudo estaban en silencio, con la mirada perdida y la boca entreabierta. No hablaban mucho, tampoco entre ellos, por lo que había quien decía que no les hacía falta porque se comunicaban por telepatía.

Seguro que todo eso no eran más que tonterías.

Porque fue con esos gemelos con quienes me tocó compartir habitación. Solo yo. En las otras eran cuatro, en la nuestra éramos dos contra uno. Las primeras semanas no me miraron ni me dirigieron la palabra, daba la impresión de que yo fuera transparente. A mí me parecía bien. Dormía tranquilo y no perdía de vista las almohadas.

Yo era uno de los residentes que asistía a clases. El maestro se había rendido de antemano. Daba la impresión de que se conformaba con acabar la jornada sin que nadie tuviera un ataque de ira, se hiciera daño y saliera todavía más tonto que cuando había entrado. Al acabar las clases comíamos en la cafetería y dábamos una vuelta al aire libre. El clima parecía ser siempre el mismo, gris y amenazante, pero de las

nubes gris acero nunca caía lluvia. Por las tardes, los demás jugaban al tenis de mesa o se quedaban en la sala de la televisión; yo prefería estar solo o me acercaba a la biblioteca. Tengo que reconocer que Karen me había aficionado a los libros. Los días eran tan largos y monótonos como el camino que habíamos recorrido desde Ballantyne, así que fue un cambio cuando tuve la habitación para mí solo durante una semana. Victor le había asestado, con el hacha de carnicero, un tajo en la cara al cocinero, que le había acusado de haberle robado la cartera. Lo había hecho, por supuesto. Es probable que, para mostrar su solidaridad, Vanessa lo pateara mientras yacía sangrando en el suelo. En cualquier caso, a los gemelos los encerraron cada uno en una pequeña habitación (no se dice «celda»), donde tuvieron que pasar un tiempo en soledad (una estancia individual, no aislamiento), y oíamos sus gritos toda la noche. Volvieron a la habitación transformados. Parecían doblegados, miraban al suelo y yo había dejado de ser invisible; de hecho, se apartaban para dejarme pasar cuando quería entrar o salir. Una noche Vanessa me preguntó qué estaba leyendo. Me sorprendió tanto que me hablara que, en un primer momento, creí que me había equivocado, pero cuando levanté la mirada del libro vi que se asomaba desde las alturas de nuestra litera de tres pisos. Le conté que era un libro llamado *Papillon,* que trataba de un hombre que huía de una isla prisión.

—Escapar —gruñó Victor desde la cama que nos separaba.

A partir de ese día empezamos a mantener conversaciones sencillas, o, mejor dicho, una conversación, porque el tema era siempre el mismo: escapar. Victor y Vanessa querían salir. Tenían que salir, decían. Si se quedaban morirían. Cuando les preguntaba si estaban seguros de que había algo mejor allá afuera, se limitaban a mirarme, con ojos vidriosos, sin comprender, y yo interpretaba que la pregunta les parecía una idiotez o no habían pensado en ella. Un día Vanessa finalmente respondió: —Al menos en el exterior no pueden separarnos.

—Tienes que ayudarnos —rogó Victor.

—¿Yo?

Vanessa asintió con un movimiento de la cabeza.

—¿Qué os hace pensar que puedo ayudaros?

—Puedes leer sobre cómo escapar —dijo Victor.

—Vosotros también podéis…

—No —interrumpió Victor—. No podemos. Ayúdanos o…

Por primera vez vi algo más que un terreno desierto en su mirada, vi algo duro y malvado. Tragué saliva.

—¿O…?

—Te mataremos —dijo Vanessa—. *Eso* sabemos cómo hacerlo.

—¿Ah, sí? —me burlé—. El cocinero sobrevivió.

—Porque se lo permitimos —dijo Victor en voz baja—. Tienes hasta el domingo.

—¿El domingo? Solo faltan cuatro días.

Victor entrecerró los ojos, concentrado, y vi que se miraba los dedos mientras movía los labios.

—Correcto —dijo.

No es que fuera imposible fugarse de Lieps. No sería muy complicado llegar al otro lado de la valla, lo difícil era proseguir el camino desde allí. Tal vez si alguien tuviera un conocido que pudiera esperarlo con un coche preparado para darse a la fuga… Si no, cincuenta kilómetros de paisaje llano y despejado nos separaban de la población más cercana, y nadie recoge a jóvenes huidos en las proximidades de un reformatorio. Dan la voz de alarma.

Tenía que inventarme un plan que solucionara a la vez el problema de cómo-salir-de-allí y el de cómo-proseguir-el camino.

El camión de la basura era la solución.

Pasaba todos los viernes por la mañana. Dos días después de que los gemelos me hubieran dado el ultimátum, me encontraba, como por casualidad, en el patio trasero de la cocina cuando el camión de la basura entró marcha atrás. Observé el modo en que los dos tipos del vehículo arrastraban los nueve contenedores verdes hasta el camión y los iban colocando por turnos en un elevador. Uno de ellos apretaba un botón lateral del artilugio, el otro se llevaba las manos a las caderas y miraba mientras el elevador levantaba el contenedor, lo

volcaba y lo vaciaba en la plataforma de carga, operación que iba acompañada de un zumbido hidráulico. Los contenedores medían un metro por un metro y les llegaban a la altura del pecho.

Me acerqué, les hice unas preguntas fingiendo curiosidad y me respondieron con interés. Esa misma noche, en las literas, les conté el plan a los gemelos.

—Nos meteremos en una bolsa de basura, cada uno en un contenedor —repitió Victor.

—Sí —afirmé—. Llevaremos dos contenedores a la cocina y sacaremos la basura para que quepáis. Os meteréis en una bolsa de basura cada uno, las ataré y volveré a dejar los contenedores en su lugar. Haré unos agujeros en las bolsas para que podáis respirar. Es importante que no hagáis ruido cuando impactéis sobre la plataforma, los hombres estarán pendientes.

Por los crujidos de las camas supe que estaban asintiendo.

—El camión de la basura va al vertedero de Evans —dije—. Evans está a unos cuatro kilómetros de aquí; allí a nadie se le ocurrirá relacionaros con Lieps. En Evans podréis hacer autostop o coger el autobús sin peligro.

Al cabo de un rato se oyeron más chirridos.

—Para eso faltan siete días —dijo Victor tras una larga pausa.

—Así es.

—Te dimos cuatro.

—Para trazar un plan, no para escapar.

—Cuatro. Siete días son muchos.

—Bueno, si me matáis, no habrá nadie que pueda cerrar las bolsas de basura.

Otra pausa prolongada. Después, un sonido extraño que no había oído antes. Procedía de ambas literas a la vez: una mezcla de bufido, respiración pesada y algo que sonaba igual que los goznes de una puerta sin engrasar. Acabé comprendiendo que los gemelos se estaban riendo.

Ese domingo recibí una visita inesperada: Karen.

Nos permitieron sentarnos en la cafetería. Ella llevaba su cuaderno de siempre. Como era habitual, prefirió hacerme preguntas sobre mis asuntos antes que contarme los suyos: cómo me encontraba, a qué dedicaba mi tiempo, cómo era la gente de Lieps, qué tal la comida, las camas, qué libros leía… Anotaba mis respuestas sobre cómo era estar encerrado, qué soñaba por las noches, por qué pensaba que nadie me creía, si seguía recordando lo sucedido del mismo modo… Lo de que a Tom se lo comió un teléfono y que Fatso se transformó en un insecto.

—¿Por qué lo apuntas? —pregunté.

Karen miró alrededor por si alguien nos espiaba en la cafetería vacía, se inclinó hacia mí y susurró: —Quiero intentar solucionar el misterio de Imu Jonasson.

—¿Por qué?

Me miró unos instantes, sorprendida, antes de responder: —Porque sería bueno para ti que diéramos con él, Richard. Y bueno para mí, sí, para todos.

—¿Todos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque creo que si no hacemos nada puede llegar a ser peligroso.

—¿Qué quieres decir?

Karen bajó aún más la voz.

—Hay algo sobre Imu Jonasson que la señora Zimmer no nos contó.

—¿Qué?

—No lo internaron en una institución por beber sangre de rata, oler mal o robar una bicicleta. Prendió fuego a la casa de sus padres.

—¿Qué?

—Los dos murieron quemados.

—¿En serio?

Karen asintió, colocó el pasador rosa en una página del cuaderno y lo cerró.

—Lo leí en el anuario local. Nada sobre Imu, solo que hubo un incendio y quiénes murieron en él. Creo que ha regresado a Ballantyne.

—¡Lo dije! –exclamé, y bajé la voz cuando me di cuenta de que el

«responsable de actividades» nos estaba mirando—. Dije que había visto a un hombre en la casa de Speilskogen.

—No puedes saber si era Imu Jonasson, Richard.

—Sí, yo… —No sabía muy bien cómo explicárselo, pero lo solté de todas formas—: Lo reconocí.

Karen me miró abriendo mucho los ojos.

—¿De dónde?

—No lo sé. —Me llevé una mano a la frente, la sentí enfebrecida, y susurré—: Solo sé que he visto esa cara en alguna parte.

—¿Estás enfermo? —Karen me miró con gesto de preocupación.

—No, qué va, es que están pasando muchas cosas.

En alguna parte se oyó el claxon de un coche.

—Lo mismo digo —dijo Karen—. Parece que me están esperando.

—¿Quién? —Me había sorprendido tanto su visita que ni siquiera me había preguntado cómo había llegado hasta el reformatorio.

—Oscar —dijo, esbozando una sonrisa y guardando el cuaderno en el bolso.

—¿Oscar? No ha cumplido los dieciséis, no puede conducir.

—No estamos en la ciudad, aquí no somos tan estrictos, Richard. Oscar ha cumplido los quince y tiene el certificado de que está recibiendo clases.

—Vale. Entonces ¿también te ha llevado a Hume?

—¿A Hume?

—Al cine. A ver una de esas películas antiguas que te gustan.

Debería haberme mordido la lengua, pero ya era tarde. Sentí cierto alivio cuando negó con la cabeza. Me pregunté cómo habría logrado convencer a Oscar para que la llevase a visitarme. Vale, Oscar habría pensado que, ya que ella iba a venir, a él le convenía estar presente para poder vigilarla. Karen se puso de pie.

La seguí hasta la valla donde el «responsable de seguridad» nos miró mientras sostenía el portón abierto. En el patio había un Ford Granada aparcado. Di un paso al frente y noté que Karen se daba cuenta de que tenía intención de darle un beso en la mejilla. Se adelantó y me tendió la mano.

—Cuídate mucho, Richard.

Me quedé al otro lado de la valla, mirando la nube de polvo que se alzó tras el coche mientras se alejaba. Era verano, soplaba el viento, y la acostumbrada capa de nubes bajas y grises cubría el paisaje monótono y descolorido, de manera que no hacía ni frío ni calor, no había luz, pero tampoco estaba oscuro.

15

Los días que siguieron a la visita de Karen pasaron muy lentos. Me sentía aún más desanimado de lo habitual y la inminente fuga de los gemelos no me causaba ni emoción ni alegría.

Una noche soñé que estaba encaramado a la torre de vigilancia de incendios. Estaba oscuro y, en el aparcamiento, solo veía la intermitente luz azul del camión de bomberos. Intuía la presencia de personas que no veía, pero a las que oía perfectamente. Eran muchos y gritaban a coro:

«¡Salta, salta, salta!».

Yo quería hacer lo que me decían, pero ¿cómo podía estar seguro de que esas voces velaban por mi bien?

«¡Salta, salta, salta!».

Tal vez solo buscaban la emoción de ver a alguien caer desde tanta altura. Tal vez estuvieran hambrientos y quisieran comerme. ¿O tenían razón? ¿Debía saltar para salvarme? Tal vez no tuviera elección. Es difícil saltar, es difícil confiar en alguien. En el instante en que tomé una decisión, me desperté. Durante el día no pensé en el sueño, pero cuando me acosté oí las voces de nuevo; entonaban una melodía que tarareé con ellos: «¡Salta, salta, salta!», hasta que sentí que era un estribillo triste y me callé.

El miércoles, dos días antes de la fuga de los gemelos, recibí una carta que cambió radicalmente mi estado de ánimo.

Lucas era la única persona de Lieps con la que hablaba más allá de lo imprescindible. Llevaba cuarenta años trabajando allí y ejercía a la vez de conserje y de bibliotecario. Solíamos hablar de libros. Me tiró la carta sobre la mesa, en la sala de lectura.

—Letra de chica —dijo sin más, y se marchó.

Era de Karen.

Querido Richard:

¡Estoy sobre la pista de Imu Jonasson! Creo que sé dónde se encuentra, necesito tu ayuda, solo tú sabes qué aspecto tiene ahora. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que te concedan un par de días de permiso para que puedas venir?

TU KAREN

PD: Sé que la despedida de la última vez te pudo parecer un poco fría, pero Oscar estaba pendiente de nosotros. Se ha empeñado en que él y yo seamos novios y no me apetecía que hubiera mal rollo en el coche todo el largo camino de vuelta a casa. No es que un beso en la mejilla hubiera significado que entre tú y yo hubiera algo, pero ya sabes lo celosos que se ponen los tipos dominantes como Oscar.

Leí la carta un par de veces más. Unas doce, más bien. E hice el siguiente análisis:

- Karen había empezado con un «Querido Richard», en lugar de «Hola, Richard», que es lo que probablemente hubiera hecho yo si le escribiera una carta. Es decir: «Hola, Karen».

- Karen, en realidad, tenía ganas de darme un beso en la mejilla.

- Karen opina que *no* soy un macho alfa.

- Karen tiene motivos para recalcar que un beso habría sido amistoso, así lo habría hecho yo. En mi caso no era porque me diese pánico que me malinterpretara, sino que me comprendiera.

- Karen resalta que, por su parte, no tiene ganas de ser novia de Oscar. ¿Lo hace porque cree que me pone celoso que hayan venido juntos en coche? ¿Por qué toma en consideración mis sentimientos?

- Karen no quiere que Oscar tenga celos. ¿Por qué toma en consideración sus sentimientos?

Oculté la cabeza entre las manos. Por Dios, qué revuelto estaba todo ahí dentro.

Después releí la carta otra vez. Y decidí que lo más importante era que Karen quería que yo fuera a Ballantyne.

—¿Buenas noticias? —Lucas me sonrió con picardía y me dio la

escoba, lo que significaba que debía barrer el suelo antes de que la pequeña biblioteca cerrara por esa noche.

—Es de una amiga de Ballantyne —dije—. Quiere que vaya a visitarla.

—¿Te apetece ir a verla?

—Mucho.

—En ese caso —dijo Lucas quitándome la escoba de las manos—, necesitas un pequeño permiso.

—¿Se puede pedir?

—Sí, si escribes una petición para ir a visitar a tu familia. Si te has portado más o menos bien, casi siempre te concederán un permiso de fin de semana. Siéntate, voy a por papel y bolígrafo.

Así lo hizo.

Mientras Lucas barría, escribí una breve solicitud.

> Para el director:
>
> Por la presente solicito permiso para viajar a Ballantyne el próximo fin de semana con el objeto de visitar a mis padres de acogida. Hago referencia a que he tenido un buen comportamiento.
>
> Saludos,
>
> RICHARD ELAUVED

—Bien —dijo Lucas, apoyado en el mango de la escoba—. Solo tienes que entregarlo en la secretaría y, si hiciera falta, que no creo, yo recomendaré que se te conceda.

Salí corriendo con paso ligero y crucé el patio para ir a la secretaría. Vi que el responsable de seguridad me seguía con la mirada desde el portón, y que el otro responsable de seguridad, en lo alto del campanario, hacía lo mismo con unos prismáticos; no era habitual que alguien corriera. Llamé al timbre, junto a la puerta del edificio alargado de dos plantas, y me respondió la voz metálica de la señora Monroe. Dije a qué iba y unos instantes después salió a la puerta para abrirme. La señora Monroe era malhumorada y divertida, estaba gorda, masticaba chicle y tenía un pronto tremendo. Afirmaba que el único privilegio de las señoras, en un mundo dominado por los hombres, era pegar tirones de orejas a chavales golfos y descarados sin

darles explicaciones.

Le entregué la hoja, le echó una breve ojeada y señaló la escalera.

La miré interrogante.

—Rápido, rápido, ya tengo bastante prisa —siseó—. El despacho del director es el de la puerta roja. Nada de tonterías, tienes veinte segundos.

Corrí y llamé con los nudillos. En el interior se oyó la voz del director, que parecía estar hablando por teléfono. Su voz era suave, siempre lo era, y más aún si estaba enfadado. Llamé otra vez. Mientras esperaba, contemplé las fotografías enmarcadas más cercanas. Colgaban en fila por el pasillo. Todas tenían fecha y se parecían: cuarenta o cincuenta personas alineadas en la escalera del edificio principal, los internos y empleados de Lieps en esa época. Oí que el director decía «Sí» y «Vaya, vaya» al teléfono mientras sus pasos se aproximaban a la puerta. En ese mismo instante mi mirada se detuvo en uno de los rostros de la foto más cercana a la puerta. Mejor dicho, si no fuera porque se trataba de una fotografía, diría que era el rostro el que me había visto a mí.

En el momento en que lo vi supe que no debía sorprenderme, pero me quedé helado.

El rostro pálido miraba de frente al objetivo y a mí del mismo modo que me había observado desde el marco de una ventana, en Speilskogen. La puerta color rojo sangre se abrió de golpe y allí estaba el director. Era alto y delgado, con aquella mirada dulce por la que todos se dejaban engañar al principio.

—Comprendo su preocupación, señora Larsson —dijo el director.

Vi que el cable rizado del teléfono se estiraba, tenso y vibrante, desde el aparato del escritorio del despacho que no había visto antes, sorprendentemente pequeño. El director miró la hoja que le tendía, luego desplazó la mirada hacia mí por un instante, asintió sin apartarse el auricular de la oreja y volvió a cerrar la puerta. Eché otro vistazo a la foto de la pared. Era él. Bajé corriendo las escaleras.

—Veinticinco segundos —dijo la señora Monroe malhumorada, bloqueándome el paso con su corpachón—. ¿Has robado o roto algo?

—Hoy no —respondí.

La señora Monroe enarcó una ceja y vi que preparaba la palma de la mano derecha mientras el labio superior, pintado de rojo, esbozaba una mueca. Entonces la carne de su cuerpo empezó a vibrar y sonrió. Dio un paso a un lado.

Lucas seguía barriendo cuando llegué corriendo a la biblioteca.

—¿Hubo un chico aquí en Lieps que se llamaba Imu Jonasson? —pregunté sin aliento.

Lucas levantó la vista.

—¿Por qué lo preguntas?

—Acabo de verlo en una fotografía del edificio de la secretaría.

—En ese caso, si ya lo sabes, ¿por qué lo preguntas?

—Porque solo lo he visto de adulto. Y la gente cambia.

—¿Estás seguro?

—¿Tú no?

Lucas suspiró hondo.

—Bueno, trabajo aquí porque espero que sea así, que al menos los jóvenes puedan mejorar. Si tengo un día malo ocurre que lo dudo, claro.

—¿Recuerdas a Imu Jonasson?

—Oh, sí.

—¿Qué le pasó?

—Buena pregunta. Aquí nadie lo sabe.

—¿Qué quieres decir?

Lucas suspiró aún más hondo y me recordó al agua que goteaba en el interior de la casa de Speilskogen. Apoyó la escoba en la pared.

—¿Una taza de té?

16

—Por aquí han pasado muchos jóvenes en estos cuarenta años —comenzó a contar Lucas, que aún no había tocado su taza de té—. Un viejo no puede acordarse de todos, pero no es fácil olvidar a un chico como Imu Jonasson. La primera vez que lo vi, vino a preguntar por un libro de magia.

—¿Conjuros de magia negra?

Lucas levantó la vista.

—Pues sí. Aquí no tenemos esa clase de libros.

—¿Qué clase de libros?

—Libros que puedan llenarles la cabeza a los jóvenes de… ideas. Entonces yo no sabía que el chico hacía mucho que tenía ideas que no podía ni imaginarme.

—¿Qué quieres decir?

—Imu Jonasson no era un chico problemático, Richard. Era malvado. ¿Lo entiendes? Malvado. —Lucas me miró para asegurarse de que yo asimilaba la palabra en todo su significado—. Su maldad aún está prendida de estas paredes. Cuando escapó, todos suspiramos de alivio. Nadie dijo nada, todos sabemos que, en aquella ocasión, el director esperó dos días antes de dar la voz de alarma para permitir que el chico pudiera irse bien lejos de aquí y que no lo trajesen de vuelta.

—¿Y logró escapar?

—Así es.

Bebí un sorbo de té.

—¿Qué hizo que fuera tan perverso?

Lucas se cruzó de brazos y me escrutó, sopesando la respuesta.

Lucas giró la llave en la cerradura oxidada y empujó la puerta. El aire del sótano era frío y húmedo. Una telaraña se me pegó a la cara cuando entramos en una habitación, casi un escobero, de dos por dos metros. Una cama estrecha era el único mobiliario.

—Teníamos a Imu Jonasson aquí abajo, era una especie de… —Lucas buscó otra palabra, pero se rindió y dijo—: Aislamiento. Para los que eran violentos. Cuando escapó, esta habitación solo se usó tres veces más y la dirección decidió clausurarla de manera definitiva.

—¿Por qué?

—Porque los tres chicos que estuvieron aquí después de Imu Jonasson intentaron quitarse la vida al cabo de un día. A los dos primeros los vieron durante el desayuno repitiendo palabras y frases inconexas. Más tarde, uno de ellos intentó ahorcarse en su habitación y el otro saltó desde el tejado y sobrevivió.

Me recorrió un escalofrío. ¿Quitarse la vida? La habitación era muy oscura, no tenía ventanas, la pintura estaba descascarillada y las marcas de la pared indicaban que alguien que disponía de un cuchillo había matado el tiempo allí. No era raro que hubiera algún destrozo o pintada en Lieps.

—Creemos que las palabras que repetían provenían de lo que Imu Jonasson había grabado en estas paredes, como puedes ver —dijo Lucas—. Mejor no mirarlas mucho o con demasiada insistencia…

Mis ojos se habían habituado a la penumbra y vi que las marcas eran palabras y números. Estaban por todas partes, del suelo al techo. Sí, incluso había escrito en el techo. Señalé hacia arriba, con un gesto interrogante.

—No tenemos ni idea —dijo Lucas—. Aquí no había nada a lo que pudiera subirse para llegar ahí. Tampoco tenía nada afilado. La única posibilidad es que empleara las uñas.

—¿Las uñas? —pregunté incrédulo.

—A mí no me mires… —dijo Lucas.

Había empezado a leer de manera instintiva una de las palabras, que empezaba por P-A-K-S, pero enseguida aparté la vista.

—¿Qué ocurrió con el tercero que estuvo aquí encerrado?

—Pintamos las paredes para borrar las palabras. Cuando entramos

al día siguiente, había raspado la pintura con las manos y los dientes y estaba intentado destrozarse la cabeza contra la pared, como si no soportara lo que tenía allí dentro. La sangre… pobre chico. Si esa pared hubiera sido de cemento… —Lucas negó con la cabeza.

—¿Habéis vuelto a pintar?

—Es una sola capa. Recurrimos a pintores profesionales, pero después de esa primera pasada se negaron a volver. Así que la mantuvimos cerrada con llave y… —Lucas dio un respingo al oír un ruido que yo no percibí.

—No me has contado cómo se escapó.

—Porque no tenemos ni idea —dijo Lucas mientras miraba por el pasillo del sótano, hacia la oscuridad que la bombilla desnuda que colgaba sobre nosotros no disipaba—. Cuando llegamos por la mañana la habitación estaba cerrada e Imu Jonasson había desaparecido. Nadie reconoció haberlo dejado escapar. Los responsables de seguridad esa noche juraron que habían estado despiertos y que no habían visto ni oído ni un alma saliendo del lugar. Salvo una urraca que distinguieron a la luz de la luna. Despegó del edificio principal y pasó por encima de la valla. No es que las urracas tengan alma, supongo que lo mencionaron porque por aquí no hay urracas.

—A lo mejor el mismo director lo dejó en libertad para deshacerse de él.

—Puede ser. —Lucas pareció forzar la vista, como si creyera haber visto algo al fondo del pasillo—. Oye, Richard, salgamos de aquí.

Cerró la puerta que daba a la escalera del sótano.

—Será mejor que no le cuentes a nadie que te he enseñado esa habitación. No es que no esté autorizado, pero no quisiera crear inseguridad en un lugar con tantas almas atormentadas.

—Por supuesto –le aseguré, y no le hice la pregunta más evidente. Si no quería asustarme, ¿por qué me había enseñado ese lugar?

Esa noche me quedé despierto pensando en Karen. En qué habría descubierto, en la fotografía del rostro que parecía mirarme. Y, finalmente, poco antes de dejarme llevar por el sueño, en una urraca

que gritaba en un bosque. Me despertó de nuevo el teléfono del recibidor, o al menos creí despertar. Me quedé escuchando la respiración inalterada de Victor y Vanessa. ¿Debía despertar a uno de ellos? No, se habían acostado temprano a fin de estar descansados para la huida del día siguiente, después del almuerzo, que casi se me había olvidado con todo lo que había sucedido. Esperé a que dejara de sonar, pero siguió. Después de lo de Tom no me había vuelto a acercar a un teléfono. La llamada era insistente e intensa, sentí que, si no dejaban de llamar o alguien contestaba, iba a darme algo. Al final apoyé los pies en el suelo, posé las plantas desnudas en el pavimento frío y salí de puntillas al pasillo.

El teléfono estaba colgado de la pared, entre el baño y la salida de emergencia. Solo servía para atender llamadas que transferían desde la secretaría. Los que llamaban solían ser padres, amigos y parejas, los que tenían de eso. Frank y Jenny habían telefoneado varias veces y yo siempre había buscado alguna excusa para no responder, diciéndoles que ya hablaríamos la próxima vez que vinieran a visitarme, cosa que hacían una vez al mes. No pensé que fuese raro que llamaran en plena noche, cuando no había nadie en la secretaría, del mismo modo que, en sueños, uno no se extraña por poder volar o porque el cielo sea verde. Aun así, sentí que se me ponían los pelos de punta y que mi cuerpo protestaba según me iba acercando al aparato negro que sonaba con furia.

Me detuve ante el teléfono, dudando.

La mano se negaba a levantarse y los pies no querían regresar a la habitación y a la cama calentita.

El sonido se fue haciendo más intenso con cada timbrazo. ¿Cómo era posible que no se asomara nadie al pasillo? Me quedé observando el plástico vibrante.

Entonces, cogí el teléfono. Contuve la respiración mientras me acercaba el auricular a la sien con cuidado, sin que entrara en contacto con la oreja.

—¿Diga? –dije, y noté que me temblaba la voz.

Alguien tomó aire. Una voz clara, suave, que al principio no distinguí si era de hombre o mujer.

—Solo estoy diciendo la verdad.

—¿Diga? —repetí.

—Quiero entrar. —Era un hombre—. Y tú me vas a abrir. Porque eres mío. Solo estoy diciendo la verdad.

—Yo…

—Eso es lo que no soportan. La verdad. Dejar que penetre.

—Tengo que irme –dije, e iba a colgar cuando la voz pronunció el nombre de ella—. ¿Qué? —dije, a pesar de que lo había entendido.

—Karen —repitió la voz.

—¿Qué pasa con Karen?

—Cree que va a dar conmigo. Seré yo quien la encuentre a ella.

—¿Qué quieres decir? ¿Quién eres?

—Lo sabes. Va a arder. La chica a la que quieres arderá. No puedes hacer nada para evitarlo, porque eres pequeño, débil y cobarde. Eres basura. ¿Me oyes? Eres basura. Y vas a abrir la puerta.

Colgué de golpe. Me temblaba todo el cuerpo, me sentí enfermo y febril. Había una palabra grabada en la pared, sobre el teléfono; reconocí la letra y cerré los ojos con fuerza antes de tener tiempo de leer. Escuché mi respiración alterada. Tenía que volver al dormitorio. Tanteando la pared y con los ojos aún cerrados avancé por el pasillo con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho y aquellas palabras retumbando en mis oídos: «Basura. Quemar. Basura. Quemar. No ver, no leer». Hacía frío, el aire estaba húmedo y pegajoso. Mis dedos por fin se deslizaron sobre una ranura, un material en el que reconocí una puerta, luego la manilla. La bajé y tiré hacia mí.

La puerta estaba cerrada con llave.

Abrí los ojos. No era la puerta del dormitorio. Miré alrededor. Había vuelto al sótano, era la puerta de la habitación en la que había estado encerrado Imu. La llave estaba en la cerradura. «Basura. Quemar. Basura». La agarré con el dedo índice y el pulgar, la giré y abrí. Miré hacia la oscuridad. No lo vi, pero sentí que allí dentro algo respiraba. Solté la manilla y corrí. Corrí. Las piernas parecían estar atrapadas en algo. En la basura. Me hundí en la basura.

Me desperté de golpe. Algo había cambiado. La luz. La de la ventana. Me senté en la litera, miré hacia fuera y comprobé que, por primera vez desde mi llegada a Lieps, brillaba el sol. Victor y Vanessa hacían bailar sus piernas por encima de mi cabeza.

—¿Oísteis sonar el teléfono anoche? —pregunté mientras me restregaba los ojos para espabilarme.

Me miraron y negaron con la cabeza.

—Vale, solo quería asegurarme de que había sido un sueño —dije. Luego me levanté y empecé a vestirme.

—Cuando acabe el almuerzo, acuérdate de esperar veinte minutos antes de ir a la cocina —dijo Vanessa—. A esa hora el cocinero habrá ido a echarse.

Asentí. Había repasado con los gemelos el sencillo plan de fuga al menos veinte veces, y ahora repetían los detalles y me daban órdenes, como si la idea hubiera sido suya.

Durante el desayuno pregunté a algunos cuyas habitaciones estaban en el mismo pasillo que nosotros si esa noche habían oído sonar el teléfono. Cuando también dijeron que no, descarté la idea.

Las horas de clase previas al almuerzo pasaron sin que prestara mucha atención. Repasé de nuevo la carta de Karen en mi cabeza, palabra por palabra. Pensé en cómo iba a lograr llegar hasta Ballantyne cuando me concedieran el permiso. Nunca había visto autobuses por allí, pero alguno tendría que pasar por la carretera principal. Tal vez pudiera pedirle a Lucas que me llevara en coche. De repente se me ocurrió que, si se desvelaba mi participación en la fuga de los gemelos, estaba claro que no me concederían ningún permiso. Miré el reloj. Faltaba una hora para el almuerzo. Por un instante consideré la posibilidad de chivarme al director, decirle que nunca había pensado en ayudarles, que lo había fingido por temor a sus represalias. Lo descarté enseguida. Yo sería muchas cosas, pero no un chivato. Bueno, tal vez fuera porque había visto lo que les sucedía a los chivatos. Tendría que arriesgarme a que todo saliera bien.

17

Intercambiaba miradas con Victor y Vanessa cada vez que aparecían cojeando por la puerta batiente de la cocina. El personal de Lieps no llevaba delantal, sino largas batas blancas y gorros largos y picudos que me recordaban al Ku Klux Klan. Había dos cocineros, además de los gemelos, que dejaban bandejas metálicas con pescado, patatas y verdura cocidas en el mostrador y retiraban las que contenían platos sucios, a medida que se iban acumulando. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban asentían con un movimiento de la cabeza: estaba todo bajo control. Miré el reloj sobre la puerta batiente; faltaba una hora para que llegara el camión de la basura.

Acabé de comer, coloqué el plato y los cubiertos en la caja de plástico del pasaplatos y Lucas se acercó a mí.

—El director quiere hablar contigo.

Me dio un vuelco el corazón. La solicitud de permiso.

Volví a mirar el reloj. Seguían faltando tres cuartos de hora para que llegara el camión de la basura, no había motivo para agobiarse. Crucé el patio camino de la secretaría aún más deprisa que la vez anterior. Los responsables de seguridad de la torre y del portón me observaron. Un coche verde, de un modelo que había visto antes, estaba aparcado en el exterior de la alambrada de espino.

Esta vez no me abrió la señora Monroe, sino el director en persona.

—Sígueme —dijo con esa voz tranquila que ponía los pelos de punta.

Subimos en silencio las escaleras al primer piso. Caí en la cuenta de que no debía de ser el procedimiento habitual para conceder un simple permiso. ¿Algo iba mal? ¿Había llamado a Frank y Jenny y no sabían nada de un permiso? O, peor aún, ¿los gemelos habían hablado de la fuga con alguien que se había chivado?

El director sostuvo la puerta abierta para que pasara. Me detuve de golpe cuando vi el rostro del hombre sentado tras el escritorio. Tenía las manos entrelazadas en la nuca y dedicó al director un movimiento de la cabeza, mudo. La puerta se cerró a mi espalda y comprendí que el hombre del escritorio y yo nos habíamos quedado solos.

El coche al otro lado de la valla. La misma marca, otro color.

Era el agente Dale.

—He oído que has pedido un permiso —dijo—. ¿Ya has tenido bastante aquí, en Lieps, para una temporada?

No respondí.

—También me han dicho que tu comportamiento ha sido ejemplar. Puesto que aquí conceden permisos a la mayoría, que tiene una actitud mucho peor que la tuya, no debería haber problema. Sí, de hecho, estamos dispuestos a concederte un permiso extralargo. ¿Qué dices a eso?

Tampoco respondí, me limité a tragar saliva.

—Sí, tal vez hasta te dejemos salir de aquí de una vez por todas. ¿Suena tentador, Richard?

—Sí —dije con esfuerzo.

—¡Bien! —Se soltó las manos de la nuca y las unió con una palmada —. Eso lo vamos a solucionar. Con una condición. —Esperé a que llegara el «pero»—. Que nos cuentes qué pasó *de verdad* con Tom y Jack.

Incliné la cabeza y me miré las deportivas. Volví a tragar saliva.

—Lo hice —dije en voz baja.

A Dale se le iluminó la cara y sacó algo de debajo de la chaqueta. Esta vez no era una pistola, sino una pequeña grabadora en una funda de cuero negro perforada. La colocó encima de la mesa, entre nosotros.

—¿Qué hiciste con ellos? ¿Los empujaste al río?

—No. —Levanté la mirada y miré fijamente a Dale—. Lo *hice*. Os conté lo que había pasado. *De verdad*. Ya sabe… el teléfono y eso.

Dale me miró un rato largo. Después suspiró hondo, juntó las yemas de los dedos y negó con la cabeza despacio.

—Richard, Richard, por favor, no me digas que he venido hasta aquí

para nada, está muy lejos.

No me iban a dar ningún permiso. Me entraron ganas de llorar.

—Tiene que permitirme ir a Ballantyne, agente Dale. Solo dos días. Deme dos días para descubrir qué les pasó a Tom y a Jack, por favor.

Dale me escrutó con la mirada.

—¿Sabes, Richard? Creo que estás aún más curtido ahora que la primera vez que te vi. Has aprendido a mentir de tal manera que hasta un agente federal estuvo a punto de creerse lo que le ibas a decir. ¿Es eso lo que aprendéis aquí, en Lieps?

Por un instante estuve tentado de darle lo que quería, de decirle que sí, que por supuesto había matado a Tom y a Jack, pero no creía que así me dejara irme de permiso.

—Por favor… —susurré, y sentí que me asomaban las lágrimas a los ojos.

Vi que Dale dudaba.

—¿Cómo van las cosas por aquí?

No había oído entrar al director, que estaba en la puerta abierta a mis espaldas. Dale se levantó con tanta fuerza que los muelles de la silla del despacho del director gimieron. Parecía a la vez enfadado y triste.

—Todo suyo, director. Cuídalo bien, por favor. Acabará por rendirse.

Tomé la decisión mientras cruzaba el patio para volver al edificio principal. No fue difícil.

Fui directo a mi cuarto y metí la mano detrás del armario, donde había escondido los pocos billetes que los gemelos todavía no habían encontrado.

Luego salí de la habitación con la esperanza de que fuera la última vez.

Fue entonces, al marcharme, cuando me di cuenta de que el auricular del teléfono no estaba en su sitio, sino que colgaba del cable, cerca del suelo. Del auricular salía un sonido, ¿o no?

Me acerqué, pero me detuve de golpe. Sentí que se me ponían los

pelos de punta.

El sonido. Sorbía. El mismo que se oyó cuando se comió a Tom.

Después se detuvo. Me había oído llegar. Empezó a hablar.

«Eres basura. Ella arderá. Eres basura…».

Me giré y fui deprisa hacia la salida. La voz empezó a gritar, deformándose.

«Ella arderá. Tú eres…».

Me tapé las orejas con las manos y salí corriendo al sol.

—Iré con vosotros —les dije a Victor y Vanessa cuando vieron que había metido no dos, sino tres contenedores de basura del patio trasero en la cocina.

Me miraron, se miraron entre ellos, luego asintieron, sin más. Vale.

Los dos cocineros habían ido a echarse después del almuerzo, tenían esa costumbre, y los gemelos se quedaban a cargo de fregar los platos. Los cocineros no volverían hasta que se acercara la hora de la cena, y había tiempo hasta que llegara el camión.

Sacamos suficiente basura para que cupiéramos nosotros en los contenedores. Victor y Vanessa se dejaron puestos sus trajes del Klan para no ensuciar la ropa que llevaban debajo, después se metieron cada uno en un contenedor y se introdujeron dentro de las bolsas negras. Yo les hice una docena de agujeros; cuando se agacharon, cerré las bolsas con un nudo.

Arrastré los tres contenedores hasta su sitio en el patio trasero. Sabía que no se nos podía ver desde el portón ni desde el campanario, pero miré alrededor para asegurarme de que no nos viera nadie. Después me metí en el contenedor libre, bajé la tapa y me introduje en la bolsa de basura que había dejado allí. Fue difícil cerrarla, pero de algún modo lo logré. Solo quedaba esperar.

El silencio era total. Tanto, que no fui capaz de rememorar las palabras del auricular.

Por fin oí el camión de la basura. Pasos. Perdí el equilibrio cuando el contenedor empezó a moverse y las ruedas se deslizaron sobre el asfalto. Oí el sonido hidráulico. Sabía que me estaban levantando y

sentí cosquillas en el estómago. Enseguida llegó la caída. Fue tan rápida que no tuve tiempo de pensar, solo me di cuenta de que el aterrizaje había sido sorprendentemente blando. La voz de mi cabeza había enmudecido.

El camión de la basura se puso en marcha y, al cabo de diez o quince minutos, cuando la sensación de que me mecían de un lado a otro me estaba adormilando, la voz empezó de nuevo. Para acallarla, me puse a cantar en voz alta:

—*It's a long way to Tipperary. It's a long way to go. It's a long way to Tipperary. But my heart's right there*.

Repetí el estribillo una y otra vez y procuré pensar en otra cosa. En Karen y yo, tumbados en la azotea del colegio observando las nubes en el cielo; deslizándonos sobre la superficie de un río nadando de espaldas; llegando a nado a una isla de los mares del Sur donde hay otros jóvenes que serán nuestros amigos.

Había salido el sol, la temperatura subía y en el interior de la bolsa de basura empezó a condensarse la humedad. Con el calor también llegó un intenso olor a mierda. Pañales. Creo que estaba a cierta distancia de ellos, puesto que la peste iba y venía, pero alguien, probablemente Victor, debía de estar más cerca porque poco después oí el sonido inconfundible de las arcadas. La sola idea de que estaba vomitando dentro de su bolsa hizo que casi vomitara yo también. El acuerdo al que habíamos llegado no dejaba lugar a dudas: nadie debía salir de su bolsa hasta que nos descargaran en el vertedero, y debíamos contar hasta cien antes de desgarrarla. Si descubrían a uno, nos pillarían a los tres.

Al cabo de un rato, Victor empezó a gritar y temí que los basureros nos oyeran desde la cabina. Entonces oí a Vanessa decirle algo bajito que no comprendí y se calmó.

No podía ver las manecillas del reloj, pero creo que había pasado cerca de una hora cuando el camión redujo la velocidad, tomó una curva cerrada a la izquierda y cambió de marcha. Entonces percibí un olor nuevo. Me puse rígido.

Humo.

No me lo había planteado porque no se me había ocurrido esa

posibilidad. Que el vertedero pudiera ser una incineradora. Que al final del viaje volcaran la plataforma de carga en un horno donde todo sería consumido por las llamas. Me dieron la respuesta a una pregunta que no había formulado, como si una profecía que hubiera olvidado fuera a cumplirse.

No era Karen quien iba a arder, era yo.

El corazón se me aceleró, pero no me moví. No sé si fue por apatía, porque no podía más o porque algo en mi interior aceptó que ese era mi destino. El camión frenó y se detuvo por completo, rascó la caja de cambios, dio marcha atrás y al instante sentí que me movía, que me deslizaba, primero despacio, luego más deprisa. Volvía a estar en caída libre.

De nuevo aterricé sobre algo blando.

El olor a humo era más intenso, pero no oí el rugido de las llamas. El camión arrancó de nuevo, las ruedas hicieron crujir la grava, y se alejó despacio. Cuando nos quedamos en silencio oí una voz a mi lado.

—Veintidós, veintitrés, veinticuatro…

Me quedé pendiente de otros sonidos que pudieran proporcionarme información sobre la situación.

Nada.

Saqué un dedo por uno de los agujeros de ventilación del saco y miré a través. Todo lo que vi fue un mar colorido y oscilante de basura y una delgada columna de humo que salía de detrás de uno de los montículos.

—Treinta y seis, treinta y siete…

Acto seguido sentí un impacto sobre la bolsa de basura y algo afilado, una garra, atravesó el plástico y me cogió por el hombro. Pegué un grito instintivo y me liberé. Mi grito obtuvo como respuesta un graznido; mi agresor desapareció al instante.

Miré por la rasgadura y vi alejarse a una gaviota grande y gorda que batía las alas. Puesto que ya había quedado al descubierto, me puse de rodillas y recorrí con la mirada el horizonte ininterrumpido de basura, solo roto por la rampa de descarga por la que el camión se había vaciado. Al ponerme de pie pude ver el camino de grava que serpenteaba por un paisaje pantanoso, sin árboles, hacia la carretera

nacional. Pasó un tráiler cargado de troncos de madera, sin hacer ruido alguno. En el otro extremo del vertedero, a unos cien metros de distancia, vi los restos de un coche, un cobertizo de tablones de madera con una delgada chimenea oxidada y una columna de humo blanco que se alzaba hacia el cielo. Y a un hombre.

Me agaché, pero sabía que era demasiado tarde. El individuo, que estaba sentado en una silla de camping delante del cobertizo, tenía que haberme visto. Me arrastré hasta la bolsa de basura que había llegado al cuarenta y cinco y la abrí de golpe. Vanessa dejó de contar y levantó la vista hacia mí.

—Tenemos que largarnos, nos han descubierto —susurré—. ¿Dónde está Victor?

Vanessa apuntó sin dudarlo a una bolsa de basura abierta a nuestra derecha. Puesto que todas las bolsas eran idénticas, no tenía ni idea de cómo había podido saber que era aquella en concreto, pero no pensaba preguntárselo.

Cuando los tres logramos salir seguía sin llegar ningún sonido del cobertizo de tablones, así que me asomé un instante. El hombre llevaba algo en la cabeza, parecía un sombrero de copa.

—Sigue allí sentado —susurré—. Tal vez no nos haya descubierto, podríamos intentar arrastrarnos hasta la carretera sin que nos vea.

Vanessa arrugó la nariz.

—¿Quieres decir que nos arrastremos entre la basura?

No sé cuándo se habría vuelto Vanessa tan finolis, sería por la posibilidad de que hubiera más pañales.

—Ratas —dijo a modo de respuesta a mis pensamientos.

—¿Cómo sabes que…? —empecé a decir.

—En todos los vertederos hay ratas —respondió sin más—. Son grandes. Muerden.

Algo me decía que sabía de qué hablaba, así que me callé mientras intentaba buscar otras opciones para echarme atrás.

A mi espalda oí que Victor decía algo, y él no susurraba. Me di la vuelta y vi con espanto que estaba de pie, bien visible.

—¡Abajo! —siseé.

Victor permaneció erguido. Por si eso no fuera suficiente, empezó a

agitar los brazos por encima de la cabeza.

Agarré el borde de la bata de cocinero de Victor e intenté tirar de él.

—¿Qué haces? —susurré.

—Está ciego —dijo Victor.

—¿Que está qué?

—Ciego. No ve.

—Sé lo que es… —Me levanté y miré en dirección al hombre. Estaba inmóvil. ¿Cómo podía saber Victor que era ciego?

—¡Tiene razón! —El grito provenía de la silla de camping y retumbó por el vertedero de basura—. ¡Ciego cual topo!

18

—Un ciego, dos cojos y un acojonado —dijo el hombre de la silla de camping, y se echó a reír.

Vanessa, Victor y yo estábamos en fila delante de él. Ninguno había pronunciado media palabra, solo lo observábamos. Llevaba puesto un traje negro que le quedaba algo grande, una camisa blanca, un sombrero de copa y guantes blancos. Bajo el sombrero, el rostro era negro, la sonrisa y la barba, blancas. Los ojos recubiertos por una membrana que me recordaba al lago de Speilskogen, la superficie llena de racimos de huevos de rana a los que había tirado piedras para ver si me entraba mala conciencia. Y así fue, pero no me detuve y tiré más piedras.

Vanessa, Victor y yo nos miramos con aire interrogante.

—Estas —dijo señalándose las orejas más grandes que había visto en mi vida, tanto que parecían bandejas—. Vosotros dos habéis venido al compás y tú… —Señaló en dirección a mí con un bastón de paseo rematado con una brillante bola de latón— respiras deprisa y sin inspirar a fondo. Tranquilos. Aquí no hay nada que deba daros miedo. ¿Habéis llegado con la basura?

—No —respondió Vanessa al instante

—Era una pregunta retórica, hija. Quiero decir que *sé* que os ha traído la basura. Nadie ha abierto las puertas del camión y os habéis acercado vadeando la basura, no por el camino de grava. —Volvió a señalarse las imponentes orejas—. Nadie logra acercarse al viejo Feihta sin que él se dé cuenta. ¿Adónde os dirigís?

—Al sur —dije—. O al norte. Depende. ¿Cómo puede uno largarse de aquí?

—Puesto que no tenéis coche, tendrá que ser en autobús.

—¿Y cuándo pasa?

—Una vez al día, y me temo que el de hoy pasó hace un par de horas.

Los tres que podíamos ver nos intercambiamos una mirada.

—Pues tendremos que hacer dedo —dije.

El hombre negro de la silla de camping se rio con ganas.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunté.

—Bueno, por aquí nadie ha hecho autostop o parado para recoger a alguien en los últimos treinta años, al menos después del tiroteo de los Hardy. No vais a lograr que os lleven, creedme.

—¿Porque hace treinta años un autostopista le pegó un tiro a un conductor que se llamaba… Mmm… Hardy?

—Sí, pero fue peor que eso —dijo el ciego y suspiró—. También Hardy disparó al autostopista. Por eso nadie hace dedo y *tampoco* recoge a nadie.

—¡Caray!

—Pues sí, caray. ¿Queréis que os cuente el resto de la historia?

—No, gracias —dije—. Tenemos que ir tirando.

—El autobús no pasa hasta dentro de veintidós horas —me replicó —. El caso es que la policía opinaba que Hardy, que había estado encarcelado por robo, iba a la caza de una víctima. Y que el joven autostopista había salido a lo mismo.

Miré a Victor y a Vanessa, que se limitaron a encogerse de hombros.

—Los dos iban armados —continuó el hombre—. Así que se dispararon entre ellos mientras el coche aún estaba en marcha. El coche siguió adelante hasta que acabó dándose contra el poste del cartel de la comarca de Winterbottom, y allí los cadáveres impactaron en el parabrisas dejando dos rosetones rojo sangre idénticos en el cristal roto.

—¡Bah! –resopló Victor.

—Eso, amigo cojo, es tan cierto como que mi nombre es Feihta Rice. —El ciego se dio la vuelta y apuntó con el bastón en dirección al coche abandonado que había visto, un Toyota blanco—. Dejaron el coche aquí tirado porque nadie quiere un coche en el que han asesinado a alguien, ni siquiera uno en perfectas condiciones. Venid a ver, los dos rosetones siguen en el cristal. Ayúdame, cariño.

Feihta Rice alargó una mano enguantada y Vanessa, casi por error, lo ayudó a levantarse de la silla de camping. Anduvo a trompicones, sobre dos piernas largas y delgadas, camino del coche, y nosotros, después de haber vuelto a intercambiar miradas y de encogernos de hombros, lo seguimos. En efecto, el parabrisas del Toyota tenía dos impactos, el parachoques y la parrilla delantera un gran golpe, y la pintura estaba rayada. Por lo demás, el coche parecía estar intacto. Me fijé también en que las llaves estaban metidas en el contacto.

—¿Y dice que todavía funciona? —pregunté.

—Cual reloj suizo.

Miré a los gemelos.

—Alguno de vosotros…

—¡Yo! —exclamó Vanessa.

Victor asintió dándole la razón.

Toqué los billetes que llevaba en el bolsillo.

—¿Cuánto quiere por el coche, señor Rice?

—¿El coche? —Fijó los ojos grises y blancuzcos en el cielo, orientándolos al sol unos instantes—. Mil dólares.

—¡Bah! —resopló Victor.

—Si usted ni siquiera puede conducir, señor Rice —dije.

—El precio, mi asustado amigo, no depende del valor que tiene el coche para mí, sino de cuánto vale para vosotros. Y es mucho, porque sois fugitivos a los que la policía pisa los talones.

Vi que Victor abría mucho los ojos y me miraba fijamente.

Carraspeé y dije:

—¿Qué le hace creer semejante cosa, señor Rice?

—Que oléis a basura, no sabéis dónde estáis y el sonido de unas sirenas policiales, que se acercan a toda prisa.

—¿Sirenas policiales?

Se señaló las orejas.

—Apuesto a que dentro de tres minutos estarán aquí.

Tragué saliva. Parpadeé. Intenté pensar. ¿Qué había ocurrido después de que saliera de la oficina del director? Sí, por supuesto, el agente Dale no tenía intención de hacer el largo camino de vuelta a casa sin haber intentado una vez más convencerme de que confesara.

No dieron conmigo y saltaron las alarmas. Descubrieron que los gemelos tampoco estaban y el agente Dale había utilizado… ¿Cómo se llama? Sí, ¡la deducción! Había eliminado lo imposible hasta quedarse con lo posible y de esa manera había comprendido cómo nos habíamos escapado. El coche patrulla que yo aún no oía había ido mucho más rápido que el camión de la basura, por supuesto.

Carraspeé otra vez y pregunté:

—¿Nos prestaría el coche sin decirle a la policía que hemos estado por aquí, señor Rice?

—La verdad es que no –respondió.

Miré a Victor y a Vanessa. Victor asintió despacio, parecía querer decirme algo, se metió la mano en la bata de cocinero y vi espantado que sacaba un enorme cuchillo de cocina. Negué frenéticamente con la cabeza, pero Victor se limitó a responderme negando despacio, para darme a entender que la decisión ya estaba tomada, luego dio un paso hacia Feihta y levantó el cuchillo para clavárselo.

—¡Aquí tiene el dinero del coche! —grité, y le puse a Feihta en la mano los siete billetes que tenía.

Victor se quedó paralizado un instante, con la mano suspendida en el aire, vestido de blanco y con el cuchillo apuntando hacia el hombre del sombrero de copa. El sol centelleaba alegremente en el acero de la hoja.

Feihta apoyó el bastón en el coche y pasó los dedos por los billetes.

—Aquí solo hay setecientos —dijo.

—A eso se llama regatear —repuse.

—Se llama intento de estafar a un ciego —dijo—. Vas a tener que pensar en algo mejor, jovencito. Y no te atrevas a decirme que es todo lo que tienes. La policía llegará en dos minutos, así que date prisa.

—Vale –dije humedeciéndome la boca con la lengua—. Tengo que volver con mi novia para ayudarla.

—¡Mejor que eso! —gritó Rice.

—¡Necesito el resto del dinero para comprarle algo bonito! —grité a modo de respuesta.

—¡No es lo bastante bueno!

Tomé aire y grité lo más alto que pude:

—¡Denos el coche o alguien le clavará un cuchillo!

—¡Ahora sí! —exclamó Rice—. El coche es vuestro.

Agarró el bastón y dio unos pasos para alejarse del coche mientras Victor, Vanessa y yo saltábamos al interior.

Vanessa hizo girar la llave en el contacto.

Nada.

Lo intentó de nuevo, pero seguía sin ocurrir nada.

Rice golpeó una ventanilla con el bastón y bajé la ventanilla.

—La batería está muerta, hijo.

—¡No mencionó eso!

—Compré el coche tal cual estaba. Tengo cables para cargarlo y puedo ofreceros corriente de mi propio generador. Cinco dólares. ¿Os interesa?

—No tengo… —empecé a decir.

—Toma —dijo Victor desde el asiento trasero, y sacó por la ventanilla un billete de cinco dólares arrugado.

—Mira por dónde —dijo Feihta Rice alisando el billete—. Nos puede llevar tiempo, y creo que no lo tenéis. Os sugiero que os tumbéis en la parte trasera hasta que se vaya mi próxima visita.

Sobre nosotros resonó un frío graznido de gaviota, y en ese momento lo oí yo también, una nota baja que arrastraba el viento. Una sirena policial.

Vanessa y yo pasamos atrás a gatas y nos tumbamos encima de Victor, que ya estaba allí tirado. Oí que la puerta se abría y que nos echaban algo encima, una manta que desprendía un leve olor dulzón a basura.

La sirena policial incrementó su intensidad hasta que la apagaron, seguramente después de que el coche se hubiera apartado de la carretera principal. En el silencio que siguió, oía la respiración de los otros dos. Su pecho, que les subía y bajaba, el crujido de la grava, el crepitar de un potente motor de ocho cilindros, puertas que se abrían y cerraban de golpe. Voces.

—No podemos fiarnos de él —susurró Vanessa.

—Deberíamos haberlo matado —añadió Victor.

—¡Callad! —exclamé—. Vienen hacia aquí.

Los pasos de tres, puede que de cuatro personas.

—Es muy interesante, señor Rice. —Era la voz del agente Dale—. Yo no estaba en el Cuerpo, pero han pasado treinta años del crimen Hardy y yo no he venido a escuchar viejas historias, sino a encontrar a tres prófugos peligrosos. Se lo preguntaré de nuevo: ha visto a los fugitivos, ¿sí o no?

Contuve la respiración y noté que los gemelos hacían lo mismo.

La voz de Feihta Rice sonó solemne como la de un cura: —Juro por la tumba de mi madre y la santa Virgen María, agente Dale, que nunca, *nunca* he visto a los tres fugitivos de los que me habla. Puede meterme en la cárcel si miento. Pero…

—¿Pero? —El agente Dale sonaba esperanzado.

—Pero mire con atención esos dos impactos en el cristal. ¡Son idénticos! ¿No es increíble?

El agente Dale gimió bajito.

—«Increíble» es el término preciso —repuso.

Oí pasos que se alejaban y respiré de nuevo. Las puertas del coche se abrieron y se cerraron de golpe otra vez. El automóvil arrancó y el sonido del motor del Pontiac LeMans se fue alejando.

—Gracias –dije.

Di un sorbo a la limonada fría que el señor Rice había puesto sobre la mesa. Una mosca zumbaba golpeándose contra el marco de la ventana. La abrí para dejarla salir.

—¿Por qué no han querido tomarla los otros dos? —preguntó el señor Rice, que se había sentado en un sofá cama, debajo de una estantería.

Su caseta consistía en una sola habitación que era a la vez salón, cocina y dormitorio. Resultaba acogedora, estaba limpia y equipada con toda clase de soluciones caseras e ingeniosas, como una gran plancha imantada donde había herramientas, llaves, cubiertos, monedas, un abrelatas y otros objetos que podían hacer falta en cualquier momento.

—No les gusta estar en interiores –dije, y miré a los gemelos.

Se habían quitado los uniformes de cocina y estaban sentados, cada uno sobre un barril de estaño, ante el capó abierto del coche, mirando como si pudieran *ver* la electricidad que recorría el cable y llenaba la batería.

—Gracias a ti también —dijo Rice.

—¿Por qué?

—Por haber parado a ese chico antes de que me clavara el cuchillo.

Lo miré asombrado.

—¿Cómo sabe…?

—Oh —dijo negando con la cabeza—. El acero tiene una melodía propia. Y el miedo, su propio olor. No necesito ver para saber. A nuestro alrededor no paran de suceder toda clase de cosas que nuestros sentidos no captan. Lo sé porque me falta uno que los demás me cuentan que no tengo, a pesar de que yo no sé lo que es ver. Mientras que vosotros no tenéis a nadie que os cuente de qué sentidos carecéis.

—¿Cree que ocurren cosas en el mundo que no somos capaces de captar ni de comprender?

—Lo *sé*, chaval. El tiroteo de Hardy. ¿Quién puede explicar cómo desapareció ese chico así, sin más?

—¿Desapareció? Creí que había dicho que había muerto.

—Morirse… Supongo que si nos basamos en lo que captamos con nuestros sentidos diríamos que está muerto, pero los de esa clase no mueren por el disparo de una pistola. Cuando el forense bajó al depósito de cadáveres a la mañana siguiente del tiroteo, el pájaro había volado. Y quiero decir lo que digo. Había volado cual pájaro.

Pájaro. Hacía treinta años. De repente, se me erizó el vello de los brazos.

—¿Cómo se llamaba ese chico?

El señor Rice negó con la cabeza.

—Nunca se supo. Está claro que no era de por aquí, no se declaró desaparecido a nadie, ni de Evans ni de los alrededores.

—Tal vez tenga una idea de quién era.

Se encogió de hombros.

—Unos días después supimos que un chico se había escapado de

Lieps. Y, claro, parecía que podría tratarse de uno de ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—Los que se transformaban en seres voladores. Los que solo pueden morir de una manera.

—¿Que es…?

—Con fuego. Hay que quemarlos.

Vi a Rice allí sentado en el sofá cama, con el sombrero de copa a su lado. La franja de sol que entraba por la ventana hacía brillar su cráneo sudoroso y liso. Miraba al vacío e intuí que en él había toda clase de cosas que yo no podía ver. Quizá tampoco quería verlas.

—El dinero que le di eran solo billetes de diez dólares —dije.

—Ya lo sé, distingo un billete de diez de uno de cien. La batería ya debe de haberse cargado.

—¿Por qué lo hace, señor Rice? ¿Por qué nos ayuda?

—Bueno, no sé si hubiera ayudado a los otros dos, creo que están ya perdidos, los pobres. En tu caso aún queda esperanza.

—¿Esperanza de qué?

—De que te encuentres a ti mismo. Tu verdadero yo. El chico bondadoso que intentas esconder.

—¿Bueno yo? —Solté una carcajada—. No sabe lo que he hecho, señor Rice. ¿Sabe que transformé en un insecto a uno que quiso ser mi amigo? Y luego intenté pisotearlo, aplastarlo contra el suelo solo porque… Ni siquiera sé por qué. —Mi voz había adquirido una vibración extraña.

—Hacemos muchas tonterías cuando tenemos miedo —dijo Rice—. Ahora, cuando te sientes seguro, abres la ventana para dejar salir a una mosca. ¿Cuál de los dos crees que es tu verdadero yo? Si logras liberarte de lo que te atemoriza, creo que descubrirás a una persona transformada, alguien que te gustará, el que eras antes. Dejarás de ser ese al que desprecias tanto que le obligas a ser malvado.

Me escocían los ojos.

—Él dijo…

—¿Sí?

Tuve que tragar saliva varias veces antes de ser capaz de pronunciar esas palabras.

—Dijo que yo era basura.

—Mmm… —dijo Rice—. ¿Eso dijo? Bueno, yo sé bastante de basura y… ¿Sabes qué, Richard? —Se inclinó y me puso la mano en el hombro—. Tú no eres basura.

Cerré los ojos. Su mano era grande y cálida y su voz sonó muy cerca cuando dijo: —No eres basura. No-eres-basura. ¿Vale?

Asentí.

—Vale —contesté con voz llorosa.

—Quiero oírte decirlo.

—No soy basura.

—Bien. Repítelo. Despacio. Siéntelo.

—Yo… no… soy… basura.

Intenté comprender qué experimentaba. Ahí estaba. Me sentí lo contrario, como si algo hubiera desaparecido, hubiera sido eliminado. De repente me notaba ligero como una pluma.

—¿Mejor?

—Sí. —Abrí los ojos otra vez—. ¿Cómo lo ha hecho?

Rice sonrió con ganas.

—Lo has hecho tú, Richard. Digamos que es un conjuro de magia blanca que funciona en contra de la negra. —Volvió a ponerse los guantes, agarró el bastón y golpeó el suelo dos veces—. ¿Salimos?

Me levanté, pero me detuve cuando iba a agacharme para pasar por la puertecita.

—Solo me pregunto una cosa: la voz dijo que la iba a quemar.

—¿Qué voz?

—La de Imu Jonasson.

La luz de la ventana desapareció. Una nube debía de haberse cruzado con el sol y vi que el rostro de Feihta Rice se transformaba, parecía sentir un dolor repentino.

—Imu —repitió, y cerró los ojos.

La piel de sus párpados era fina, casi transparente, y me recordó a las alas extendidas de un murciélago. Empezaron a temblar.

En el exterior se oyó el graznido de una gaviota.

19

—¡Más deprisa! —grité.

—No da para más —respondió Vanessa a berridos.

Se inclinaba sobre el volante para mirar entre los dos impactos del cristal. En el asiento trasero, asomado entre Vanessa y yo, estaba Victor, pendiente de todo, callado y más pálido de lo habitual. Las pesadas nubes habían invadido el cielo antes de que nos alejáramos del vertedero de basura y amenazaban con lluvia. Mucha lluvia. Además, pronto anochecería.

Miré el reloj.

Feihta Rice había dicho que Imu ya la había atrapado. No sé qué vio en el interior de sus párpados temblorosos, pero lo que contó fue que Karen corría peligro, que la habían atrapado las palabras malvadas, que no sabía qué conjuro era pero que yo tenía que encontrar las palabras liberadoras que la salvarían y exorcizar a Imu de ella. Que urgía, que se acercaba una tormenta y que la oscuridad, esa sustancia de la que hablan los videntes, pronto nos envolvería a todos, y entonces sería demasiado tarde.

Pasamos ante un cartel que informaba de que faltaban unos doce kilómetros para llegar a Ballantyne y los faros delanteros iluminaron algo hecho de metal cromado, un teléfono, en uno de los postes de la luz.

—¡Para!

Vanessa me miró de soslayo, pero pisó el freno.

—¿Qué pasa? —gruñó Victor.

—Pronto será de noche —dije—. No vamos a llegar a tiempo. Tengo que…

Me bajé de un salto y corrí hacia el poste. Claro que pensé que era extraño que allí, en medio de la nada, muy lejos de la casa más

próxima, hubiera un teléfono en un poste de la luz. Supuse que sería para gente que tuviera una avería o algún tipo de emergencia.

Busqué en vano alguna moneda en mis bolsillos. Sabía que los gemelos estaban sin blanca. Poco antes a Victor le había entrado sed y le había pedido a Vanessa que parara delante de una gasolinera y a mí que rebuscase en los bolsillos. Solo permitió que Vanessa siguiera conduciendo cuando fue evidente que ninguno tenía ni un duro.

Di una patada a la farola, iracundo, y levanté la vista hacia los cables que se extendían hacia el sureste, hacia Ballantyne, hacia Karen, hacia Speilskogen. Levanté el auricular y grité: —¡Pues ven a por mí! Ven, troll repulsivo, cógeme a mí, no a ella.

Solo oí un largo zumbido. Observé los números de emergencia que figuraban en un cartel junto al aparato. «Grúa» era uno de ellos. Marqué el número. Tenía línea. ¡Conectaba! Una voz interrumpió el tercer timbrazo: —Grúas Karlsen, dígame.

—Me llamo Richard Elauved –dije, y comprendí que debía esforzarme para no hablar demasiado deprisa—. Sé que no es su trabajo, pero he salido de mi casa, en Ballantyne, y me he olvidado de apagar el horno, que estaba al máximo, y con comida dentro. Se va a incendiar, si es que no lo ha hecho ya.

—¿Qué edad tienes, Richard? ¿Dónde están tus padres?

—Diecisiete —mentí—. Y mis padres están en la cabaña a la que me dirijo.

—Bien, podemos acercarnos a la dirección o llamar a la policía y…

—No, es muy urgente, es un asado de cerdo, puede que la grasa ya haya prendido, y la policía y ustedes están demasiado lejos. Tengo que llamar al vecino y pedirle que entre, y no llevo monedas encima. ¿Me podría pasar con su número? Lo tengo aquí.

—Dame el número y llamaré para darles el aviso.

—No puede ser, solo hablan sueco.

—¿Sueco?

—Son mi tío abuelo y mi tía. —Solté las pocas palabras en sueco que papá me había enseñado, algo sobre albóndigas y bufé *smørgåsbord*. Y pantalones—. *På med brallorna* —dije.

—Lo lamento, joven —respondió la mujer, y noté que le parecía que

la historia empezaba a complicarse demasiado—. No somos una centralita. Voy a colgar y tú llamarás al número de emergencias de la policía. Se puede sin monedas.

—¡Espere!

—¿Sí?

Inspiré y expiré. Necesitaba que me llegara oxígeno al cerebro, necesitaba pensar. Cada vez que ella pronunciaba la palabra «policía» y yo imaginaba los rostros de McClelland y del agente Dale, el pánico me paralizaba la actividad cerebral. Inspiré hasta llenar el estómago de aire e intenté pensar en Karen.

—¿Tendrá un teléfono en su despacho? —dije.

—Eh, sí.

—Podría llamar al vecino y unir los auriculares.

Oí que la mujer dudaba.

—Es el asado de cerdo de mi madre —dije con un temblor en la voz que casi me salió natural—. Solo iba a recalentarlo. El mejor asado de cerdo del mundo; lo dejó hecho ayer antes de salir con mi padre. Me he liado haciendo la maleta y olvidé la cena. También es la mejor madre del mundo —sollocé, y dudé de si estaba exagerando—. Y ahora su casa se va a…

—Dame el número, Richard.

Escuché mientras la señora lo marcaba. La oí decir: «Señora Taylor, aquí le paso a Richard»; y dirigirse a mí: «Aquí la tienes».

—¿Karen? —dije.

—Karen está en su cuarto —dijo la voz—. ¿Eres Richard, el de su clase?

—Tengo que hablar con ella, señora Taylor.

—Me temo que está enferma y no se la puede molestar. ¿Eres Richard Elauved? El que…

—¿Enferma? —la interrumpí con la esperanza de cortar también sus pensamientos durante unos segundos—. ¿Cómo que enferma?

—Eso… de eso nos ocupamos nosotros. ¿Algo más, Richard?

—¿Se está comportando de manera extraña?

—Tengo que colgar, Richard.

—¡Espere! ¿Repite la misma palabra una y otra vez?

Se quedó en silencio.

—¿Qué palabra es? —pregunté. No obtuve respuesta—. Señora Taylor, esto es importante. No sé si puedo ayudar, pero sin saber la palabra, seguro que no podré hacerlo.

Oí la respiración temblorosa de la madre de Karen, que de repente se echó a llorar.

—No es ninguna palabra —sollozó—. Solo es… parece que dice «Imu». Está sentada, mirando a la pared, y la repite, una y otra vez. El médico le ha recetado unos calmantes, pero no quiere tomarlos. Ella…

—Señora Taylor, escúcheme con atención. Tienen que cuidar de ella. Puede que intente hacerse daño.

—¿A qué te refieres? —La señora Taylor de repente sonaba iracunda—. ¿Qué tienes tú que ver con esto, Richard Elauved? ¿Le has dado algo? ¿Drogas? ¿LSD?

—No la pierda de vista, señora Taylor. Ahora tengo que colgar.

Las nubes cargadas retumbaron sobre mí y sentí las primeras gotas de lluvia.

—Dale gas —dije al subir de nuevo al coche.

La lluvia caía a plomo y los limpiaparabrisas del Toyota se movían a toda velocidad de un lado a otro. A través de la cortina de agua apenas distinguí el cartel que anunciaba que entrábamos en Ballantyne. La oscuridad era total, y la lluvia impactaba con tal fuerza en el techo que tuve que gritar para indicarle el camino. Se había encendido el piloto rojo de la reserva de gasolina. Habíamos llegado, pero esperaba que quedara bastante combustible para el propósito que tenía en mente. Ante la biblioteca, la calle principal estaba desierta e inundada.

—Aquí.

Salimos del pequeño centro, donde se terminaba la luz de las farolas, nos detuvimos y bajamos del coche. Había amainado, tal vez el cielo por fin se había vaciado. Los árboles aparecían ante nosotros, una pared silente y oscura. Speilskogen.

—¿Y si no arde? —preguntó Vanessa—. Está todo empapado.

—*Arderá* —dije. Tal vez algo en mi manera de expresarlo hizo que Vanessa y Victor dieran un paso atrás.

Abrí el maletero, saqué el bidón y el tubo, lo introduje en el depósito de la gasolina y aspiré. Cuando el sabor fuerte de la gasolina me inundó la boca, escupí y coloqué el tubo en la abertura del bidón. Corrió y goteó un rato, después se acabó. Agité el bidón. No era gran cosa, tal vez un litro, quizá fuese suficiente. Saqué la caja de cerillas que me había dado el señor Rice, la envolví en una bolsa de plástico y me la metí en el bolsillo. Echamos a andar.

La lluvia había cesado por completo, pero estaba tan oscuro que no veía gran cosa. Por suerte la grava del suelo era clara y nos podíamos orientar.

Qué diferente era todo ahora. Como una sala de cine justo antes de que empiece la sesión: en la oscuridad total se oía el goteo de los árboles, parecían susurros expectantes, el crujido del envoltorio de la chocolatina, el ruido al masticar o chupetear, besos sonoros y risas reprimidas.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que la iba a invitar al cine. Eso haría si salíamos de esta. Agitaba el bidón al ritmo de mis pasos e intenté aferrarme a esa idea. Me diría que no, claro, pero esta vez no debía preocuparme. Porque no íbamos a salir de esta. No podía salir bien. Estuve a punto de reírme. Por muy imposible que pareciera, tenía que intentarlo. En fin, ¿qué otra cosa podía hacer?

Y entonces, al igual que cuando empieza el pase de la película en el cine, la capa de nubes se hizo a un lado y surgió la luz.

—¡Oh! —susurró Vanessa.

Victor no dijo nada, tenía la boca más abierta de lo habitual.

Porque allí, bañada en la claridad de la luna, estaba la casa.

Cuernos demoniacos en el tejado, un roble atravesando el techo, ventanas negras, ciegas, que reflejaban la luz de la luna.

La Casa de la Noche.

Me acerqué a la puerta de la verja con las iniciales AB. Le di una patada con la suela de la deportiva y, como la última vez, se abrió con un gemido.

—Venid —dije.

20

Vanessa, Victor y yo nos acercamos de puntillas a la casa mientras yo vigilaba con atención las grandes ventanas bajo los cuernos satánicos. Estaba oscuro y no se veía ningún rostro.

Al llegar a la puerta, noté que Vanessa y Victor se detenían. Me giré.

—No vamos a entrar contigo —susurró Vanessa.

—¿Qué? Dijisteis que queríais entrar para ver si había algo que se pudiera robar.

—Hemos cambiado de opinión —dijo.

No había tiempo para discutir, y, por la determinación de su gesto, intuí que no se podía hacer nada. Agarré el pomo y tiré todo lo fuerte que pude. La puerta se abrió de golpe y una peste húmeda e indefinible, a podredumbre y muerte, me envolvió.

—Espera —susurró Vanessa—. Las llaves del coche.

Me giré hacia ella de nuevo. Victor blandía el cuchillo.

—Ahora —dijo.

—Por si acaso no vuelves a salir —dijo Vanessa esbozando algo parecido a una sonrisa conciliadora.

Me llevé la mano al bolsillo y le di las llaves. De todas formas, no iban a poder escapar en un coche sin combustible.

Me adentré solo en la casa.

La luz de la luna se colaba por la gran ventana del recibidor, mágica, casi irreal. Debía de haberse producido una corriente al abrir, porque unas hojas secas se deslizaron por el suelo y de repente oí un fuerte estallido a mi espalda. El viento había cerrado la puerta.

Contuve la respiración y agucé el oído. ¿El portazo habría despertado a alguien? Todo lo que oía era el mismo goteo que la vez anterior. Y un crujido, como si alguien caminara de puntillas por el suelo de madera, con la diferencia de que ese sonido provenía de

debajo de los tablones. Miré hacia abajo. Seguro que solo eran imaginaciones mías, pero era como si los tablones se movieran aquí y allá. Alcé la mirada y observé alrededor. Nada parecía haber cambiado desde mi última visita, salvo la puerta de la habitación en la que dormían los murciélagos. No recordaba que la hubiéramos cerrado al irnos, y ahora estaba entornada.

Me aproximé al piano de cola destrozado y al montón de muebles, desenrosqué el tapón del bidón y vertí la mitad de la gasolina por encima. Vacié el resto en el suelo. Después saqué la caja de cerillas. Cuando estaba a punto de encender una, oí un profundo suspiro parecido al que produce alguien al sacar un pie de una ciénaga. Eché un vistazo en torno. Tiré la cerilla y en un instante se elevaron las llamas. Observé fascinado el fuego, que se extendía por el suelo y lamía el papel de las paredes.

El piano de cola dejó escapar un sonido que parecía el disparo de una pistola seguido de una nota alta, luego otro y una nota algo más baja, y comprendí que eran las cuerdas del piano, que se quebraban. Una llama de gran altura se elevó cuando el fuego prendió el lienzo del cuadro roto. El calor hizo que primero se enroscara y luego se estirara. El fuego quemó las capas de suciedad y humedad y las telarañas, el tiempo y el olvido, y apareció un retrato. Un hombre vestido con la ropa que había visto en un libro de la biblioteca, el de *Hamlet*. Puede que ese cuadro tuviera cientos de años. Lo que no encajaba era que representaba un rostro que ya había visto dos veces. Una en la ventana de aquella casa y otra en una foto del centro en Lieps. Por otra parte, cuadraba con lo que Feihta Rice había dicho sobre el ser eterno que solo podía exterminarse con fuego. Sentí un escalofrío cuando el rostro que tenía delante cobró vida e hizo una mueca furibunda en el instante en que la pintura empezó a fundirse. Luego el hombre fue devorado por las llamas.

Hubo un leve estallido. Esta vez no provenía del piano de cola, sino de la escalera. Vi algo que parecía una serpiente atrapada entre dos tablones del suelo. Se oyó otra explosión, ahora más cercana, y un tallo gigantesco se retorció desde el suelo hacia la luz de la luna mientras se enroscaba y oscilaba. Buscaba algo a ciegas. No me hizo

falta acercarme para ver lo que era: la raíz de un árbol.

En el mismo instante oí un grito arriba, tras una de las puertas de la galería. Podía proceder de un animal o también de una persona. En cualquier caso, era un grito de los que no solo atraviesan el cuerpo, sino el corazón, el alma. Uno de esos alaridos que lo abarcan todo. Desesperación. Miedo. Ira. Soledad. Vibró en el aire mucho después de haber cesado. La puerta se entreabrió. En ese momento percibí otro sonido, un crujido leve, el que hace alguien al ponerse una gabardina de tela rígida. Una gabardina desmedida. A la luz de las llamas que trepaban por el papel pintado vi algo enorme que se movía en el umbral de la puerta. Un ala gigantesca, fina, de cuero.

En definitiva: había llegado el momento de salir de allí.

—¡Vamos!

Bajé corriendo la escalera de la casa. Victor y Vanessa parecían petrificados observando algo a mis espaldas.

—¡Vamos! —repetí, me di la vuelta y vi lo que ellos estaban mirando.

Las raíces. Emergían de la tierra, cubrían toda la fachada y se arrastraban por el suelo hacia sus pies, finas y oscilantes cual cuernos de caracol. Detrás, las raíces se engrosaban como anacondas.

—¡Os quieren atrapar! —berreé—. ¡Os quieren tragar para cenar!

Por fin parecieron darse cuenta, se giraron y echaron a correr detrás de mí. Ya oía el chisporroteo del fuego en la casa, pero no me di la vuelta para mirarlo, solo corrí lo más deprisa que pude. Estaba llegando a la verja cuando me di cuenta de que se movía. Debía de ser el viento. No sentía que el aire se moviera, pero ¡tenía que tratarse de eso! La verja de hierro forjado se deslizó despacio, con un quejido contenido, y, cuando la tuve delante, se cerró con un clic metálico. Pateé las rejas, pero esta vez la puerta no quiso abrirse. Me di la vuelta y vi a los gemelos, que se aproximaban a la carrera. En otras circunstancias su intento patoso y cojo de correr me habría hecho gracia, pero a duras penas lograban escapar de las raíces que los perseguían reptando por el suelo. Agarré el picaporte para empujarlo hacia abajo y con la otra mano sujeté un barrote tirando en dirección contraria.

Sentí que me golpeaban con un mazo en la espalda.

Era un dolor que no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Me recorrió desde los dedos de los pies hasta la coronilla, me rodeó; estaba en todas partes a la vez. Corriente eléctrica. Los vatios, voltios o amperios, lo que fuera aquello, latían por mi cuerpo. Fui incapaz de gritar, porque tenía la mandíbula agarrotada e inmóvil. Los músculos se contrajeron impidiendo que soltara el picaporte. Al contrario, parecía que lo agarrara con más fuerza para sacarle el jugo al negro hierro forjado.

—¡Abre! —jadeó Victor detrás de mí.

—¡Daos prisa, están llegando! —gritó Vanessa.

—¡El imbécil no se quiere mover, solo está ahí temblando! —exclamó Victor.

—¡Pues empújalo!

A pesar de los intensos dolores, podía oír y pensar, pero era incapaz de abrir la boca y advertirles. Sentí que las manos de Victor me agarraban por los hombros, oí un gemido y, al momento, el grito de Vanessa. Fui capaz de girar la cabeza lo suficiente para verlos. Ya lo he dicho, en otras circunstancias me habría reído, seguro. Los tres habíamos entrado a formar parte del mismo circuito eléctrico, una cadena temblorosa de tres muñecas de trapo mudas que bailaban la yenka. Iluminados por la luna y las llamas que se habían abierto paso por el tejado de la casa y teñían de amarillo la base de las nubes dispersas, nosotros éramos ahora el espectáculo. Una película de terror con raíces que reptaban y se acercaban cada vez más mientras, del interior de Speilskogen, surgía el aullido oscilante de un hombre lobo enfermo de luna.

Sentí que Victor me zarandeaba el hombro como si intentara liberarme. Comprendí que algo tiraba de él. Sus manos se escurrieron de mis hombros, pero seguía agarrado a la camisa. Noté que se rasgaba, que me la quitaban a tirones, y oí sus gritos. Si podían gritar, es que se habían liberado del circuito eléctrico. Giré la cabeza de nuevo y vi que arrastraban a los gemelos hacia la casa en llamas. Finas raíces se les habían enroscado en las pantorrillas y de nada servía que patalearan y trataran de agarrarse a la grava; eran como reses

luchando desesperadamente contra el lazo. ¿Qué destino les esperaba? ¿Iban a devorarlos, igual que a Tom, o desaparecerían, tragados por la tierra, como Fatso y sus *magicicadas*? ¿Serían devorados por las llamas? No sabía si era mejor o peor que mi destino, quedarme aquí, asándome a la parrilla hasta que el cerebro y el corazón me explotaran, porque sentía que eso era lo estaba pasando. También sentí otra cosa. Miré hacia abajo. Una raíz incolora y desnuda se me había enroscado en la pantorrilla. Luego llegó otra y se abrió paso por mi tobillo, dio varias vueltas a mi alrededor hasta que se tensó y empezó a tirar. Primero con suavidad, después con más fuerza. Con dureza. Las suelas de mis zapatos resbalaron hacia atrás sobre la grava y el cuerpo y la cabeza quedaron expuestos a la verja; los brazos se tensaron y la mano que sujetaba los barrotes descendió hasta detenerse sobre las iniciales AB. Mis manos seguían aferrando la verja, incluso sin que yo hiciera nada.

Las raíces me estiraron cual gominola: la espalda chirrió, la cabeza me dolía, los hombros iban a dislocarse. Y lo que parecía el aullido de un hombre lobo se acercaba cada vez más.

Mis pies se despegaron del suelo y, en ese mismo instante, alguien apagó un interruptor en mi interior. El de la electricidad. Ya no estaba en contacto con la tierra. No tocaba el suelo y la electricidad ya no fluía por mi cuerpo.

Por un instante fue una enorme liberación.

Hasta que comprendí que eso quería decir que mi musculatura ya no estaba bloqueada.

Acto seguido dejé de estar sujeto al portón. Me caí de bruces contra el suelo y sentí que me arrastraban.

Se me llenó la boca de barro y gravilla. Me giré como pude hasta ponerme boca arriba, me incorporé y traté de arrancarme la raíz de la pantorrilla. Fue inútil; estaba firme, atornillada.

Vi que algo brillaba en el suelo y, al pasar por delante, comprendí que era el cuchillo de Victor. Me estiré para cogerlo; demasiado tarde, uno de mis dedos se deslizó por la hoja ensangrentada. Antes no estaba manchada y supuse que Victor debió de intentar atacar a la raíz sin lograr otra cosa que herirse el pie.

Ya no oía los gritos de Victor y de Vanessa, y el aullido de los hombres lobo que se acercaban también había cesado.

Oía las llamas. El crepitar se había intensificado hasta convertirse en un bramido cada vez más cercano. Cerré los ojos, ya podía sentir el calor de la hoguera a la que me aproximaba. Descubrí que lo que dicen los libros es cierto: que ves tu vida pasar en imágenes cuando sabes que vas a morir. Fue una decepción, por supuesto, que la función fuera tan breve y que yo ni siquiera fuera el héroe. Sí, después de Imu Jonasson yo había sido el más malo de la película, alguien a quien nadie echaría de menos. Nadie sabría nunca que Richard Elauved, al final, había intentado salvar a alguien. Que, de hecho, había arriesgado su vida para que Karen Taylor pudiera continuar con la suya. A pesar de que nadie más estuviera al tanto, de un modo extraño resultaba reconfortante saber que había hecho todo lo posible, y me consolaba repetir esas palabras mientras me arrastraban hacia mi final: «Yo… no… soy… basura… Yo. No. Soy…».

Algo siseó en el aire y oí un golpe fuerte.

—El otro pie también —dijo una voz que me sonó familiar—. Date prisa, que vuelven, ¡están por todas partes!

—¡Sí! —exclamó otra voz aún más familiar.

Abrí los ojos. A la luz amarilla de la luna y de las llamas vi la hoja de un hacha enorme elevándose sobre mí; luego, una silueta vestida de rojo sangre de pies a cabeza, la hizo volar. Un nuevo zumbido y otro golpe. El suelo se quedó quieto. Me había detenido, claro. El hombre de rojo tiró el hacha y se inclinó sobre mí. Levanté la vista hacia su rostro bajo el casco rojo.

—Hola, papá —saludé.

Frank me miró algo asombrado.

—¿Puedes levantarte?

Lo intenté. Negué con la cabeza.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó la voz a nuestras espaldas.

—¿Listo para una llave de bombero? —preguntó Frank, y me rodeó con los brazos.

—Listo.

Frank me levantó del suelo, me cargó al hombro y empezó a correr

hacia la verja. Levanté la cabeza y vi que el agente Dale nos seguía. Atrás, algo enorme llenaba la ventana grande de la casa. Era negro, desmesurado, con alas del tamaño de las velas de un barco. Y, en plena oscuridad, la luz se reflejaba en sus dientes blancos afilados de piraña. Se oyó un leve soplido y de repente las llamas lo envolvieron. Entonces gritó. Un último bramido que no era de este mundo.

Vi al agente Dale darse la vuelta sin detenerse. Cuando giró de nuevo el rostro hacia nosotros estaba pálido, blanquísimo.

Al llegar a la verja vi el camión de bomberos al otro lado. Las luces azules aún estaban encendidas y comprendí de dónde provenía el aullido del hombre lobo. Frank me dejó en la escalera que estaba apoyada en la valla, me deslicé por ella y al otro lado me recibieron varios bomberos. Me dieron palmadas en el hombro, como si hubiera salvado a alguien, me envolvieron en una manta de lana y me ayudaron a sentarme en el asiento trasero del furgón. Poco después llegaron Frank y el agente Dale.

—¿No apagáis el fuego? —pregunté.

—Me temo que es demasiado tarde —respondió Frank—. Por suerte el bosque que lo rodea está tan húmedo que no provocará un incendio forestal.

Miré hacia la Casa de la Noche. El fuego estaba por todas partes, incluso el roble estaba en llamas.

—Pero los gemelos… —murmuré—. Los arrastraron dentro…

—Me temo que para ellos también es demasiado tarde —dijo el agente Dale, se pasó una mano por la nuca y negó con la cabeza.

Algo en su gesto me llevó a suponer que ahora me creía. No solo creía lo que les había ocurrido a los gemelos, sino también a Tom y a Jack.

—Creo que este es el fin de Imu Jonasson —dije.

El agente Dale asintió lentamente.

—Yo también lo creo, Richard.

Un trueno retumbó sobre nosotros y la luna desapareció cuando las nubes echaron el telón. La función había terminado. Al instante empezó a llover con desesperación.

21

Seguía lloviendo cuando el agente Dale y yo montamos en su Pontiac verde para abandonar Speilskogen en dirección a casa de los Taylor. Dale me contó la persecución: que había ido sin otros agentes, con las sirenas a tope y la luz azul, desde el vertedero hasta Ballantyne, que consideraba mi destino más probable. Allí permaneció a la espera en el despacho del inspector hasta que oyó al vigilante de la torre gritar que veía fuego en Svartspeilskogen. En cuanto el agente Dale supo que era la vieja casa la que estaba en llamas, se lanzó al coche y siguió al camión de bomberos.

Me tocó contar mi historia.

Esta vez no me dejé nada.

Empecé cuando Tom y yo entramos en el bosque y lo convencí para que hiciera una broma por teléfono; luego cómo Jack se había transformado en un insecto cuando le tomé el pelo, y que me asusté y traté de pisotearlo. Le hablé de las palabras que Imu había grabado en las paredes de Lieps, que habían conducido a quienes las leían a quitarse la vida; de la voz en el teléfono del pasillo, de la huida, de lo que había visto en la casa cuando se inició el fuego.

El agente Dale escuchaba sin interrumpir, solo hacía preguntas concisas cuando no estaba seguro de haber comprendido algo.

—Menuda historia —dijo cuando terminé.

—Lo sé. Demasiado inverosímil para ser cierta, ¿verdad?

—Sí —dijo Dale serio—. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos esta tarde, no te habría creído. Ahora mi problema será lograr que alguien de la central me crea *a mí*.

Nos desviamos hacia la granja de los Taylor. Vi que había luz en la ventana de Karen, en el segundo piso.

—Parece que el inspector está aquí —dijo Dale señalando con la

cabeza un coche aparcado delante del granero.

En ese momento, McClelland salió por la puerta de la casa dando zancadas, con el padre de Karen pisándole los talones.

El agente Dale abrió la portezuela del coche e hizo ademán de bajar.

—Hola, Conan, ¿qué ocurre?

—Es la hija —respondió McClelland—. Se ha escapado.

—¿Escapado?

—La encerramos —dijo el padre señalando hacia su ventana—. Tiene que haber saltado.

—¿Desde allí? —se sorprendió el agente Dale—. Es… mucha altura.

—La lluvia ha reblandecido el suelo, está claro que no se ha lesionado de gravedad —dijo McClelland—. El caso es que ha logrado alejarse de aquí, los padres dicen que han buscado por todas partes. Hemos dado aviso para hacer una batida; ahora mismo se están reuniendo en la comisaría.

—Richard y yo nos uniremos a vosotros —dijo el agente Dale.

—¡No!

El grito iracundo y sollozante provenía de la puerta. Era la señora Taylor.

—Richard Elauved *no* va a acercarse a Karen. En Ballantyne no pasaba nada malo hasta que llegó él, y tampoco cuando se fue. ¡Mantenedlo alejado! Él es… es…

No pude oír con precisión qué me llamaba porque me giré hacia el agente Dale y le pedí que fuéramos a la biblioteca. Necesitábamos la ayuda del camión de bomberos y el agente Dale utilizó la emisora policial para ponerse en contacto con ellos. Respondieron que la lluvia había apagado las llamas de los escombros de la casa y que podían acudir de inmediato.

—¿Por qué aquí? —preguntó el agente Dale al detener el coche ante de la biblioteca oscura.

—Porque no bastará con encontrar a Karen —dije—. También tendremos que desprogramarla. Si no, seguirá intentado hacerse daño.

—¿Quieres decir que la han programado igual que a aquellos jóvenes que estuvieron encerrados en la habitación donde Imu había escrito en las paredes?

—Es un conjuro de magia negra. Aquí tienen el libro. Si tenemos suerte, no solo aparecerá el veneno usado en la magia negra, sino también el conjuro que servirá de antídoto.

—Que es…

—Un conjuro de magia blanca.

En ese instante el camión de bomberos se detuvo a nuestro lado. Frank saltó con el hacha en la mano y corrió con el agente Dale hacia la puerta mientras otros dos bomberos soltaban la escalera de la parte trasera del camión. Frank alzó el hacha, pero la dejó caer de nuevo.

—Es una puerta preciosa —dijo—. ¿De verdad crees que es tan urgente? ¿No podemos esperar a que la señora Zimmer nos abra?

—¡No! —grité.

Frank suspiró, levantó el hacha y dio hachazos hasta que la puerta se abrió.

—¡No! —berreó la señora Zimmer, y estornudó con fuerza.

Me quedé paralizado por el miedo, como si me partiera en dos.

—Frank Elauved —murmuró la señora Zimmer, y miró fijamente la hoja del hacha que se había detenido unos centímetros por encima de su pequeña cabeza canosa—. ¿Qué es esto?

—Esta —dijo Frank retirando el hacha— es una Pulaski, la mejor hacha de bomberos que hay. ¿Por qué no está en su cama, en su casa, señora Zimmer?

—Por las sirenas de bomberos —dijo—. Con este tiempo no es el bosque lo que arde, sino las casas. Y no hay nada que arda más que los libros. Temí que hubiera un incendio aquí.

—El fuego está apagado —dijo Frank—. ¿Puede dejarnos pasar?

—Pues no sé –respondió, y observó a los dos bomberos que llegaban cargados con una larga escalera—. ¿Qué queréis?

—Tomar libros prestados —dijo el agente Dale al tiempo que metía la mano por debajo de la chaqueta para sacar el estuche de cuero con la estrella metálica—. En nombre de la ley.

La señora Zimmer abrió la puerta a regañadientes.

—Aquí —dije cuando estuvimos dentro, y señalé la pared donde las estanterías se perdían en la oscuridad, por encima de la luz que la señora Zimmer había encendido.

—¿De verdad que vais a subir allí? —preguntó la señora Zimmer, con los brazos en jarras sobre una bata verdosa.

—¿Por qué no? —preguntó el agente Dale.

—Porque… —Torció la boca en una mueca—. Porque en estos días no es un lugar seguro.

—¿Qué quiere decir?

—La chica de los Taylor estuvo por aquí hace unos días con la caña de pescar y me preguntó por libros sobre la pesca de la trucha. Sospecho que sabía que yo iba a tener que buscar en el otro extremo de la biblioteca porque, cuando regresé, ella y uno de mis libros habían desaparecido.

—¿Qué libro? —pregunté. Y respondí yo mismo cuando la señora Zimmer apretó los labios finos—: El libro de los conjuros de magia negra.

—Después de eso… aquí ha sido todo sobrecogedor —dijo la señora Zimmer estremeciéndose—. Se oyen crujidos y siseos, los libros cambian de sitio y se caen al suelo aunque aquí no haya un alma. Es como si alguien buscara algo y se hubiera perdido.

—Por eso está aquí —dijo el agente Dale—. No es por las sirenas del camión de bomberos. Usted está aquí día y noche. Duerme aquí.

La señora Zimmer gimió.

—Tengo un sofá en el despacho. Mentí porque no quería que pareciera que había perdido la cabeza. Es mi biblioteca, he trabajado aquí toda la vida y nunca he perdido un libro ni lo he colocado en el lugar equivocado.

—Un libro de conjuros de magia negra.

—Estaba allí —dijo la señora Zimmer.

Frank encendió la linterna y la enfocó hacia donde ella señalaba. Y, en efecto, había un hueco en una fila de libros. Me dio un vuelco el corazón.

—Desaparecido —dijo con un suspiro el agente Dale.

—Robado —corrigió la señora Zimmer.

—En ese caso no vamos a necesitar la escalera —informó Frank a sus hombres, que se dieron la vuelta y se dirigieron a la puerta.

—Esperen un momento —dije—. ¿Qué es ese libro blanco que está a

la derecha del hueco?

—Es evidente —contestó la señora Zimmer—. Es el segundo tomo de la colección de conjuros. El de conjuros blancos.

Miré a Frank y asentí con la cabeza.

—Chicos —llamó—. Parece que al final sí que vamos a necesitar la escalera.

El agente Dale y yo estábamos en la sala de lectura hojeando *El gran libro de los conjuros. Tomo II. Magia blanca* bajo la luz de un flexo doblado.

Frank y el resto de los bomberos se habían marchado para participar en la búsqueda de Karen, y la señora Zimmer había ido a su despacho para prepararnos un té.

Las páginas eran finas y la letra tan pequeña que me dolían los ojos.

Explicaba cómo conjurar maldiciones nacionales e internacionales, exponía juramentos generales y específicos, fórmulas para revertir maldiciones que habían convertido a personas en sapos y recetas para aplacar tormentas, eliminar la sarna y disolver atascos de tráfico. Nada de lo que yo estaba buscando.

Me dolía la cabeza, me froté las sienes mientras recorría la página en busca de tres letras: «I-M-U». Pasé la página y me fijé en la numeración: 12. Doce páginas que nos habían llevado más de veinte minutos. Quedaban 811 páginas. Gemí y aparté el libro.

—¿No encuentras nada? —preguntó el agente Dale.

—Vamos a tener que estar aquí hasta el amanecer si queremos revisarlo entero —dije—. Y no disponemos de tanto tiempo. Por lo que sé…

Tragué saliva. No acabé la frase, pero vi que el agente Dale comprendía: … *Puede que ya sea demasiado tarde.* Gemí y golpeé el libro abierto con la cabeza. El agente me dio unas palmadas en la espalda.

—Venga, Richard, intentémoslo de todas formas, al fin y al cabo…

No acabó la frase, pero lo comprendí: … *Es lo único que podemos hacer*. Tenía razón, pero yo estaba tan, tan cansado…

—Ve al índice.

Percibí el aroma del té, levanté la vista y vi que la señora Zimmer había puesto una taza humeante en la mesa, junto a mi cabeza.

—¿Eh? —dije.

—El índice —repitió—. Si buscas algo, busca en el índice. Encontrarás todo por orden alfabético. —Se giró hacia el agente Dale —. Me *encantan* las cosas que están por orden alfabético.

Levanté la cabeza y abrí el libro por el final. Y desde luego que había un índice. Busqué la columna de la letra «I». Dejé que mis ojos y mi dedo hicieran la búsqueda.

«Ícaro, las alas de; Inexistente, gente; Imaginarias, experiencias; Inmateriales, mundos; Importados, conjuros e… Imu». O, para ser más precisos:

«Imu», págs. 214 y 510.

Abrí por la página 214. Busqué hasta dar con la palabra.

> «Imu» es un conjuro de magia negra que hace que el conjurado crea que él o ella son idénticos a la persona que lanza el conjuro. «I am you». Una persona que está bajo el conjuro «Imu» tratará de esconderse en un lugar que solo él o ella conoce, como un autómata carente de voluntad, y allí buscará la confirmación de «I am you» haciendo algo que lo asimile al conjurante. Esta última acción suele estar programada de antemano por quien lanza el conjuro.

Eso era todo. Abrí por la página 510. La recorrí con la mirada. ¡Ahí estaba!

«Ime», el conjuro que anula «Imu», ver «Conjuros contrarios».

> El conjuro contrario solo puede utilizarse cuando el conjurador y el conjurado son la misma persona. Hay que hacer que el conjurado diga por sí mismo las palabras «Ime», correspondientes a «I am me», para que la maldición «I am you» cese.

Noté que el agente Dale leía por encima de mi hombro.

—Gracias por el té, señora Zimmer —dije, y me puse de pie.

Nos subimos al coche y el agente Dale tomó el transmisor de la radio policial que estaba incrustado en el salpicadero.

—Aquí el agente Dale. ¿Alguna novedad sobre Karen Taylor? Cambio.

La radio chisporroteó un rato, después se oyó la voz de McClelland:

—De momento nada. Alguien creía haberla visto correr en dirección al colegio, pero está cerrado con llave y no encontramos nada. Ahora mismo vamos de puerta en puerta.

—¿Lo han intentado en casa de Oscar Jr.? —pregunté.

—Acabamos de estar allí —respondió McClelland—. No la ha visto y no tenía ni idea de dónde podría estar.

—Avisadnos en cuanto sepáis algo —dijo el agente Dale.

—Lo haré.

—Gracias. Corto.

El agente Dale dejó el transmisor en su sitio. Yo miré por la ventanilla desanimado. Había dejado de llover, allá arriba alguien se divertía abriendo y cerrando el grifo.

—Tal vez esté escondida en algún sótano —dijo Dale—. Un sótano que solo ella conoce.

Intenté pensar en qué sótano podría ser. Uno muy oscuro o…

La luna tuvo la repentina ocurrencia de volver a brillar sobre nuestras cabezas mientras yo clavaba la vista en la radio muda. Puede que fuera igual que una cazuela: si tienes hambre o prisa nunca hierve mientras estás mirándola. Elevé la mirada hacia el cielo que nos cubría. Las nubes se habían abierto y las estrellas asomaban entre ellas.

Sótano. Salón. Desván. O…

Una de las nubes se parecía a Chewbacca, ese tipo con pelaje de… no, no era un tipo cualquiera, sino un *wookiee*.

—¡Lo sé! —grité.

El agente Dale dio un bote en el asiento del conductor.

—¡Sé dónde está! Acelere.

Agarré la luz azul que estaba en el suelo, me asomé por la ventanilla y la coloqué en el techo.

22

Fui hacia la puerta del colegio.

—Está cerrada con llave –dije, y acerqué la cara al cristal esmerilado del lateral. No vi ningún movimiento en la oscuridad del interior.

—Apártate, esto lo arreglo yo —dijo el agente Dale.

Se abrió la chaqueta y sacó la pistola. Me tapé las orejas con las manos. Dio la vuelta a la pistola, la sujetó por el cañón y rompió el cristal con la culata. Después introdujo la mano y abrió la puerta desde el interior.

—Creí que iba a… —dije.

—Sé lo que creías. Eso solo da resultado en las películas.

Corrimos por el pasillo y las escaleras.

Cuando llegamos a la puerta que daba a la azotea yo ya respiraba con dificultad. Agarré el picaporte y lo bajé con cuidado. Allí no había ningún cristal que pudiéramos romper.

—¿Puede disparar *un poquito*?

Dale suspiró, volvió a abrirse la chaqueta, pero lo que sacó fue algo mucho más pequeño que una pistola, más bien del tamaño de un clip.

—Apártate.

Apretó la punta del objeto contra la cerradura y empezó a hurgar. Trabajaba concentrado, con el extremo de la lengua asomando por la comisura de los labios.

—¿*Solo* en el cine, entonces? —susurré.

—Solo en el cine.

La cerradura emitió un clic suave y el agente empujó la puerta con cuidado hasta dejarla entreabierta. Contuvimos la respiración. Oí una voz de mujer que repetía algo quedamente.

—Espere aquí —susurré.

Empujé la puerta hasta abrirla del todo, atravesé el umbral y fui a dar a la azotea. Las últimas nubes recorrieron el cielo y sobre nosotros titilaban las estrellas como joyas sobre un tapete negro. Era, sin duda, una noche hermosa. Karen también lo era, incluso con el cabello húmedo pegado a la cabeza y el camisón mojado manchado de barro. Estaba sobre el borde rematado en estaño, en el extremo de la azotea, girada hacia mí y dando la espalda al patio, allá abajo. No pareció notar mi presencia. Tenía los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia el cielo como si tomara el sol. Movía los labios. Me aproximé despacio a ella y cuando estuvo lo bastante cerca oí las palabras que repetía: —*I am you, I am you, I am…*

Me humedecí los labios y empecé a recitar en voz baja: —*I am me, I am me, I am me…*

Cuando estuve a tres metros de ella, Karen enmudeció repentinamente y abrió los ojos como un autómata al que acabaran de poner en marcha. Me detuve para no arriesgarme a asustarla, que diera un paso atrás y se cayera. Me miró de frente. Era Karen, pero la chica que yo conocía no estaba presente. O sí, estaba allí, pero detrás de esa mirada mortecina… y no estaba sola.

—Hola, Karen —la saludé—. Soy yo, Richard.

—Richard —repitió con una voz que parecía luchar para hacerse oír —. ¿Quieres ver cómo vuelo?

—No —respondí—. No puedes volar. Repite conmigo: *I am me*.

—*I am…* —empezó a decir Karen.

Se interrumpió. Apretó los dientes. Movió la mandíbula mientras me miraba con gesto desesperado. Vi que apretaba los labios para decir «me», pero una mano invisible le presionaba las comisuras de los labios para que dijera «you». Me acerqué despacio, me detuve en cuanto vi que ella daba un paso corto hacia el borde. Ahora veía que iba descalza, que la sangre y el barro me habían hecho creer que llevaba zapatos.

—*I am me* —repetí.

Asintió, tal vez comprendiera. Su cuerpo vibraba con todos los músculos en tensión.

—Venga —susurré—. Vamos, Karen, tú puedes.

—*I am*… —empezó a decir, y las venas del cuello se le hincharon cuando gritó—: *Youuu*…

—¡Está muerto! —exclamé—. ¡Se ha quemado, ha desaparecido!

No sirvió, estaba dentro de ella como un parásito. Vi la desesperación en su rostro, las lágrimas que le asomaban a los ojos y empezaban a deslizarse por las mejillas. Comprendí que, sencillamente, era incapaz. Dio otro paso atrás. Los talones de sus pies ensangrentados asomaron por el borde.

—Karen —dije—. No quiero perderte. ¿Me oyes?

Me miró con tristeza, pareció pedirme perdón por lo que estaba a punto de hacer. Parpadeé para deshacerme de las lágrimas y susurré las palabras que había leído y oído pero que nunca había pronunciado, y en las que nunca había creído hasta entonces, cuando las pronuncié despacio, alto y claro: —Te quiero.

Era una despedida. Las últimas palabras que ella iba a oír. Aún no había caído. Algo ocurrió en su rostro, se rompió. Me miró incrédula.

—*I*… —dijo, y se inclinó hacia mí— *am*… *me*.

Un susurro, ¡silencio!, en ese instante comprendí que sus pies ensangrentados resbalaban sobre el canalón. Solo tuve tiempo de dar medio paso al frente antes de que Karen desapareciera, de que la oscuridad la devorara.

Cayó sin hacer ruido.

Yo miraba al frente, petrificado.

Se oyó un golpe suave cuando impactó contra el patio del colegio.

Tenía una extraña sensación de haber estado allí anteriormente, de haber vivido eso mismo. Mi mirada dio con la luna, que colgaba grande y pálida al este. Oí al agente Dale salir a la azotea. Juntos nos acercamos al borde, nos inclinamos y miramos al patio. Vi las ráfagas de la luz azul del camión de bomberos que estaba allí abajo. Vi la gran lona redonda, que sujetaban seis bomberos entre los que se encontraba Frank. Y, en mitad de la lona, que parecía seguir oscilando, vi a Karen, tumbada boca arriba, mirando al cielo. Puede que buscara nubes, puede que observara las estrellas. Yo pensé, y aún lo creo, que me buscaba a mí.

23

Me dejaron pasar a la habitación en la que estaba ingresada Karen, pero la enfermera me avisó de que no podría permanecer más de cinco minutos. Me explicó que la paciente necesitaba descansar.

Era por la tarde, casi había pasado un día entero desde el incendio y la caída de Karen en el colegio.

—Qué flores tan bonitas —dijo cuando dejé el ramo, mucho más pequeño que los que ya había en la mesilla—. Oí que me salvaste.

—No, lo hicieron los que sujetaban la lona, ellos te salvaron.

—Dicen que fuiste tú quien les dijo a los bomberos que acudieran y estuvieran preparados.

—Bueno.

—¿Bueno? ¿Sí o no?

Me limité a sonreír.

—¡Me lo tienes que contar, bobo! —Karen se sentó en la cama y me pareció que volvía a ser la de siempre—. Porque yo no me acuerdo de nada, ¿sabes?

—En Lieps supe de alguien que tenía la misma… enfermedad y saltó del tejado, por eso creí que tú podrías hacer lo mismo.

—Lo que no entiendo es cómo supiste que iba a subir a la azotea del colegio.

—En el libro de conjuros de magia blanca ponía que te esconderías en un lugar que solo tú conocieras.

—Solo yo. —Sonrió—. Y tú.

Nos quedamos en silencio y contemplamos el día de verano por la ventana abierta. Escuchamos el chirrido de los saltamontes, el zumbar de las abejas y el canto de las alondras.

—¿Tienes que regresar a Lieps? —preguntó ella.

—No. El agente Dale ha hablado con el director de aquí, con

McClelland y con el director de Ballantyne. Empezaré las clases aquí, el lunes.

—¡Qué bien!

Nos quedamos en silencio de nuevo. No cabía duda, la mejor persona con la que estar callado era Karen; deseaba que esos cinco minutos fueran eternos.

—Por cierto, ¿sabes qué pasó en el incendio?

—La casa ardió casi entera, pero no del todo gracias a la lluvia.

—Espero que nadie se quemara allí dentro.

—Eso espero yo también —dije.

El agente Dale me había contado que no hallaron ningún cadáver entre los restos y me pidió que mantuviera en secreto lo ocurrido a los gemelos hasta que descubrieran algo nuevo. Querían evitar asustar a la gente de Ballantyne más de lo necesario. El roble también se había carbonizado y el agente Dale dijo que desenterrarían las raíces para ver qué se encontraban.

—¿De verdad que no recuerdas nada? —pregunté—. ¿Tampoco nada de lo que te dije ayer en la azotea, por ejemplo?

—¿Qué? —preguntó Karen sonriendo, inocente.

—Nada —repuse.

—No recuerdo nada —dijo, luego cogió el ramo y lo olió—. Creo que… soñé algo.

—¿Qué?

—Nada —contestó ella.

Era difícil saber si estaba o no sonriendo detrás del ramo. Tomé aire. Era ahora o nunca.

—Cuando salgas de aquí… —Tuve que tomar aire otra vez.

—¿Sí?

—¿Vendrías conmigo al cine?

—¿Al cine?

—A un remake de *La noche de los muertos vivientes*. La pasan en el cine de Hume dentro de una semana. Frank me va a enseñar a conducir para que podamos ir en coche.

—Mmm… ¿Crees que será tan buena como la original?

—No.

Ella se echó a reír.

—A lo mejor da más miedo.

—Puede ser. Si fuera muy tétrica, podría cogerte de la mano.

Me miró pensativa.

—¿Podrías?

—Sí.

—¿Me enseñas cómo lo harías si llega el caso?

—¿Cogerte de la mano?

—Sí.

—¿Ahora?

—Ahora —dijo ella.

SEGUNDA PARTE

24

Alejé el teléfono extendiendo el brazo, hice un esfuerzo, entrecerré los ojos para enfocar el texto de la pantalla.

Es lo que pasa cuando te olvidas las gafas de cerca.

Me rendí e hice lo que acababan de pedirnos por los altavoces de la cabina del avión, apagué el móvil. No es que me hiciera falta leer su mensaje de texto una vez más; al fin y al cabo, me lo sabía de memoria.

> Hola, Richard. Qué bien, ¡me dicen que tú también te has apuntado! Qué ganas tengo de volver a verte y saber todo lo que te ha ocurrido en estos años. ¡Porque a ti te han pasado muchas cosas! Un beso, Karen.

El avión atravesó las nubes. Desde la ventanilla de mi asiento en primera clase vi el paisaje llano, boscoso y de un rojo otoñal que sobrevolábamos. Me recordó al sentimiento que me producía ver a Karen en el recreo, contemplando Ballantyne en la azotea. Habían pasado quince años desde entonces. ¿Qué aspecto tendría ahora? Fue lo primero que me pregunté al recibir la invitación al aniversario de nuestra clase. Podría haber buscado la respuesta en las redes sociales, por supuesto, o localizado su número de teléfono, pero no lo hice. ¿Por qué? Porque no quería arriesgarme a ver fotos del idilio familiar (ella, Oscar y un par de críos monísimos), o tal vez porque a duras penas podía permitirme pensar en ella. Si presionaba esas teclas, el ordenador proporcionaría pruebas irrefutables a esa voz que me acusaba de ser incapaz de olvidar a Karen Taylor. Bueno, iba en un avión que me alejaba de la gran ciudad, eso era una prueba suficiente. Es cierto que también había otros motivos por los que había decidido asistir: volver a ver los lugares que me habían inspirado para escribir

un thriller juvenil, *La Casa de la Noche*, que había transformado mi vida y del que hacía poco había vendido los derechos cinematográficos, y visitar a Frank y a Jenny, que tantas veces habían ido a verme a mí a la ciudad. Y luego estaba mi revancha, por supuesto. Ver el respeto y (esperaba) la envidia en las miradas de Oscar y los otros al saludar al célebre autor de libros infantiles Richard Hansen. No estoy por encima de eso. Tal vez ese viaje pudiera ayudarme a crecer, aunque fuera un poco. Ese era, después de ver a Karen, el principal motivo para regresar. Quería pedir perdón. Perdón por haber acosado, molestado y pisoteado a compañeros de clase que estaban a un nivel aún más bajo que el mío.

El capitán informó de que iba a empezar el descenso hacia el aeropuerto de Hume y me abroché el cinturón. El final del viaje resultó movido, pero al parecer tuvimos suerte, habían anunciado más viento, lluvia y truenos para la noche.

En mi recorrido por la terminal de llegadas eché un vistazo a un expositor de libros situado junto a un quiosco. Se había convertido en una costumbre: si no veía mi libro, miraba alrededor y giraba el expositor. Y allí estaba, con el título *La Casa de la Noche* escrito en caracteres góticos verdes, un homenaje al cómic *La Cosa del pantano*. La ilustración de la portada seguía el mismo estilo de cómic y mostraba a un chico aterrorizado que intentaba liberarse del auricular de un teléfono que ya se había tragado su brazo hasta el codo. Saqué un bolígrafo, lo abrí por la primera página, leí la primera línea:

«E-e-estás loco —dijo Tom, y comprendí que estaba asustado porque tartamudeaba aún más de lo habitual».

Firmé el libro y volví a dejarlo en el expositor. Cuando el taxi se detuvo ante la casa de Jenny y Frank este sonreía en la puerta, fumando en pipa. Pagué al taxista y oí que llamaba a Jenny. Al bajarme, ella apareció ante la escalera con los brazos abiertos mientras Frank seguía en la puerta, como si creyera que debía vigilarme. Me dejé envolver por su profundo y suave abrazo e inmediatamente después en el más superficial y duro, pero firme, de Frank.

Nos sentamos en el salón; Jenny y Frank en el sofá y yo frente a

ellos, en la butaca, el sitio de honor. Bebimos té mientras les preguntaba de todo un poco. Me contaron que no había novedades, querían que les contara yo. Y lo hice. Sobre todo aquello que sabía que querían escuchar: mis últimos progresos en el mundo literario, la vida en la gran ciudad, que había cenado con un director de cine famoso que quería hacer una película de *La Casa de la Noche*…

—¿Quién es? —preguntó Frank.

Mencioné un par de películas. Frank resopló y asintió sonriente, como si las hubiera visto, mientras Jenny ponía los ojos en blanco.

—Ayer me encontré con Alfred —dijo ella—. Me preguntó cómo te iba.

—*Todo el mundo* quiere saber cómo estás —añadió Frank satisfecho.

—Sí, te seguimos —dijo Jenny—. Has puesto Ballantyne en el mapa.

No quise comentarles que estaban exagerando, que no bastaba con ser un simple escritor para ser conocido, que había que haber participado, como mínimo, en algún *reality*. Era un comentario facilón al que ya había recurrido en demasiadas entrevistas y allí no sería bien recibido.

—Me alegro de que la gente lo vea así —dije—. Supongo que aquí pasará lo habitual, que el éxito que le deseas al vecino tiene un límite. Al menos si el vecino era un capullo en el colegio.

Jenny no lo entendió, y miró a Frank, que se encogió de hombros. No sabían, o no querían saber, que su buen chico había sido muy parecido al cabrón de *La Casa de la Noche*.

—Y bueno… —dijo Jenny cambiando de tema—. ¿No piensas conocer a una chica un día de estos?

Sonreí a modo de disculpa y me llevé la taza de té a los labios.

—Claro que sale con chicas —dijo Frank esbozando una sonrisa con la pipa en la boca—. Es famoso de verdad. No le hace falta quedarse con la primera que pase.

Jenny le dio una palmada en el hombro.

—¿Igual que tú, quieres decir?

Frank se echó a reír y le pasó el brazo por los hombros.

—Ya sabes que no todo el mundo encuentra oro al primer intento.

Sonreí, dejé la taza y miré el reloj. Señalé el primer piso y comenté

que iba a subir un rato.

—Claro, tendrás que prepararte para la fiesta —dijo Jenny.

—O tal vez vaya a escribir. —Frank rio bajito—. Es lo que hacía siempre.

—Sí, ¿te acuerdas? —dijo Jenny, y ladeó la cabeza con los ojos húmedos—. Incluso el sábado por la noche, cuando nos sentábamos delante del televisor con bollos y dulces y toda clase de cosas ricas, tú te quedabas en tu habitación y escribías sin parar. Nos parecía que en la televisión veíamos cosas que daban miedo, no sabíamos nada de todo lo horrible que sucedía allí arriba, en tu imaginación.

—He pensado en ello —comentó Frank, y asintió como si se estuviera dando la razón por adelantado—. Llegaste de la gran ciudad, debió de resultar aburrido para ti. Aquí en Ballantyne no ocurría nada de nada, tuviste que crearte un lugar en el que sucedieran las cosas más fantásticas e increíbles. Teléfonos carnívoros y… —Tomó aire, parecía que se había atascado.

—Árboles con raíces prensiles, y el pobre Jack transformado en una cucaracha —se apresuró a añadir Jenny—. ¿Qué opina Jack de eso ahora? Y utilizaste *nuestros* nombres también, imagínate.

—Bueno, los apellidos no —dijo Frank, para dejar claro que no había perdido el hilo—. Y me transformaste a mí, un simple profesor de autoescuela, en jefe de bomberos. Eso me gustó.

—Por cierto, me he estado preguntando algo —repuso Jenny—. Elauved: ¿cómo se te ocurrió ese apellido en particular?

Tomé aire. Había llegado el momento que siempre había imaginado, en el que por fin iba a contárselo.

—Richard Elauved —respondí—. *Rich are the loved*. «Rico es aquel a quien aman». Fue un homenaje a vosotros. Me recibisteis y me quisisteis como si fuera vuestro hijo. Me hicisteis más rico de lo que hubieran podido lograr unos padres millonarios.

Bueno, eso creí decir, pero vi por sus rostros expectantes que no lo había hecho. ¿Por qué me resultaba tan difícil?

—Se me ocurrió sin más —dije, puesto que no era del todo mentira.

Recorrí el salón con la mirada. Junto a la chimenea había un cuadro, un pájaro que planeaba sobre un bosque. Puede que ya

estuviera colgado los años en que viví allí, pero no lo recordaba. No sabía muy bien cuándo habían surgido estas lagunas en mi memoria.

Me puse de pie.

—La cena estará lista dentro de media hora —dijo Jenny—. Lasaña. —Me guiñó un ojo—. Tienes una toalla encima de la cama, por si quieres ducharte.

Le di las gracias y subí por la escalera. Me detuve un instante ante mi habitación y agucé el oído. El bendito silencio de allí dentro, el tranquilizador parloteo y los ruidos que llegaban de la cocina. ¿Por qué era capaz de soltar declaraciones de amor a personas que no me importaban y no a las que amaba de verdad? No lo sé. De verdad que no. Puede que tenga daños más profundos de lo que estoy dispuesto a reconocer.

A continuación, empujé la puerta. Nada había cambiado, la habitación parecía un museo dedicado a Richard Hansen. En su caso, Richard Elauved. Al menos mi mirada buscó, como siempre, la tarima del suelo, bajo la ventana, para comprobar si una *magicicada* con los ojos rojos de Fatso me observaba con intensidad.

25

Eran las siete y diez, la oscuridad de la noche se había aposentado cuando entré en la clase.

Fue como bajar de una máquina del tiempo. Todos los rostros que ocupaban los pupitres se giraron hacia mí, y lo mismo hizo la señorita Trino, que estaba delante de la pizarra con el puntero en la mano. La única diferencia con la imagen de quince años atrás era que alguien les había tirado telarañas a la cara, había hecho retroceder el nacimiento del cabello de algunos de los chicos y había repartido varios kilos por los cuerpos. Las gafas parecían haber cambiado de dueño, era probable que fuera el resultado de que algunos ya no se resignaban a ver mal sin gafas, mientras que otros se habían deshecho de las suyas con intervenciones de láser o poniéndose lentillas.

—Llegas tarde, como siempre, Richard —dijo la señorita Trino fingiendo severidad.

La clase se rio con una intensidad que hacía sospechar cierta tensión, como imagino que suele pasar en los aniversarios de las promociones escolares. Deslicé la mirada entre los pupitres mientras contestaba alegremente que lo sentía, que por el camino me había dado cuenta de que me había dejado el libro de matemáticas en casa, había tenido que dar la vuelta y, *además*, se me había pinchado la bici. Eso desató aún más risas, por supuesto.

Todo el mundo tenía una copa con algo burbujeante y vi algunas caras conocidas y otras que debía de haber olvidado por completo. Una combinación de las lagunas de mi memoria y de que hay gente que puede pasar por tu vida sin dejar huella alguna. En cualquier caso, no vi lo que buscaba.

A Karen.

Hasta que llegué al fondo de la clase.

Primero vi a Oscar. Había engordado, pero conservaba su increíble melena. Me sonrió con unos dientes tan blancos como los de entonces y levantó el pulgar.

Karen ocupaba el pupitre contiguo. No sé qué me esperaba. Bueno, sí, lo sabía. Esperaba que estuviera desmejorada, que hubiera perdido la chispa, el encanto, esa luz irresistible que tal vez tenía su origen en eso, en que ella se sabía irresistible, al menos para cierta clase de chicos. Había tenido la esperanza de comprobarlo y reírme de ese recuerdo nostálgico ahora que *mi* Karen Taylor había desaparecido, se había caído del pedestal; que iba a poder pasarlo bien recordando el pasado sin esforzarme y volver a casa liberado del sueño que me había atenazado y que había supuesto una pérdida de tiempo y energías.

No era el caso, claro que no.

Karen era la misma, solo tenía los rasgos del rostro y las curvas del cuerpo algo más marcadas. Me sonrió como si yo fuera único, me señaló con naturalidad el pupitre vecino, que estaba libre. Sentí que el corazón me latía con auténtico placer. Demonios.

Se inclinó hacia mí en cuanto me senté.

—¡Malote! –susurró, y me puso la mano en el brazo—. Empezaba a temer que al final no te presentaras.

—Sígueme la corriente —susurré a modo de respuesta.

Luego agarré la copa llena que tenía delante y brindé con ella. Las burbujas de champán parecieron ir directas a mi cerebro, y me acordé de que casi no había probado la lasaña y debía tomármelo con calma si no quería emborracharme antes de tiempo.

—Los del fondo, atended, niños —regañó bromeando la señorita Trino, bonachona.

No se llamaba «señorita Trino», por supuesto. Así es como yo la había llamado en el libro, pero era incapaz de recordar su verdadero nombre por mucho que me devanara los sesos.

Tuve tiempo de sostener la mirada algo inquisitorial de Oscar antes de que volviera los ojos hacia nuestra profesora, que estaba repasando lo que había sucedido en el colegio desde que nos fuimos. Habló sobre todo de reformas y nuevos edificios, cambios de director, planes de estudio y otros datos bastante aburridos.

Tras la «clase» nos reunimos en el gimnasio, que habían decorado para un baile de graduación. Una chica de la comisión de fiestas estaba ante una mesa con un equipo de música y globos y anunciaba lo que estaba previsto que sucediera el resto de la velada. Oscar y Karen se hallaban de espaldas ante mí. Él le había pasado el brazo por los hombros y ella inclinó la cabeza hacia su cuello.

—Enhorabuena por tus éxitos, Richard —susurró una voz.

Cuando me giré, no reconocí los rasgos, a pesar de que era un hombre guapo, ancho de hombros y esbelto. De hecho, me recordaba al agente Dale; así lo imaginaba yo en el libro.

—Gracias. —Le miré con más detenimiento, algo en su voz me resultaba familiar. Caí en la cuenta, ¿sería posible?— ¿Fatso? —Se me escapó.

Se echó a reír sin el más mínimo indicio de haberse ofendido.

—Hace mucho que no oía eso, pero sí, soy Fatso.

No solo le había desaparecido la grasa, también las gafas, y bajo el traje bien ajustado había músculos.

—¡Jack! —exclamé—. Disculpa, es que ha sido tan… ¿A qué te dedicas?

—Bailo —dijo—. En la misma ciudad que tú.

—¿Bailas?

—Lo hice. Fui a la academia de baile. Ahora soy, sobre todo, coreógrafo para otros bailarines. Es más cómodo y… bueno, está mucho mejor pagado. Al menos si te haces un nombre.

—¿Y tú lo tienes?

—No como tú, Richard, pero me las apaño.

—¿Familia? ¿Hijos?

—Tengo marido. Hijos no, de momento. ¿Y tú?

Negué con la cabeza.

—Ninguna de las dos cosas.

—En ese caso eres la excepción. Aquí nos casamos y tenemos hijos sin parar… —Señaló a Karen y a Oscar con un movimiento de la cabeza—. Tres hijos y la casa más grande de Ballantyne. La compró, la tiró y la reconstruyó de cero. Te aseguro que nos invitará a seguir la fiesta en su casa para enseñárnosla. Y…

Dejé de oírle cuando subieron la música a tope y la clase aulló. Un éxito irritante que yo odiaba en los años de colegio, pero que ahora sonaba de maravilla. Una chica se acercó y tiró de Jack, sin decir palabra, en dirección a lo que de repente parecía una pista de baile donde todos daban saltos y movían las caderas. En ese follón perdí de vista a Karen. Hasta que se deslizó a mi lado.

—¡Caramba! ¡Cómo baila Jack! —gritó para hacerse oír por encima de la música mientras contemplábamos sus acrobacias—. ¿Qué hay de Richard? ¿Sigue sin bailar?

Negué con la cabeza. Cuando se acercó a mí para no tener que gritar sentí que su flequillo cortado a lo chico me acariciaba la mejilla.

—¿Nos escapamos o qué?

—¿Qué quieres decir? —pregunté sin moverme.

—Como en el recreo. Nos vamos un ratito y dejamos que estos idiotas vayan a lo suyo.

Hizo oscilar ante mi cara la vieja llave, tan familiar, y soltó aquella risa deliciosa y loca.

Cuando subimos a la azotea, el intenso aire otoñal me acarició el rostro, refrescándolo. Nos acercamos al borde y nos asomamos al patio. Intensas ráfagas de viento agitaban el flequillo de Karen. Al sur, en dirección a Hume, brillaron rayos bajo las nubes.

—Espero que pueda aterrizar —dijo Karen.

—¿Quién?

—Tom. Tendría que estar aquí, parece que el avión está dando vueltas sobre Hume debido al tiempo.

Asentí con un movimiento de la cabeza. Las nubes de tormenta parecían avanzar hacia nosotros.

Karen levantó una copa rebosante de champán.

—Aquí estamos otra vez. ¿Cuántas confidencias nos hicimos aquí arriba?

Yo, pensé. Yo te hacía confidencias, tú solo preguntabas y escuchabas.

—Aun así, nunca te confié mi mayor secreto –dije, y brindé con ella.

Bebimos. Karen se quedó en silencio, observó la oscuridad. Le tocaba hablar, y lo sabía.

—¿Te refieres a lo que les sucedió a tus padres? —preguntó por fin.

No respondí. Solo comprobé que había evitado mi acercamiento. Puede que fuera lo mejor para ambos.

—Siempre decías que no te acordabas de casi nada. ¿Puedes contarme lo que pasó?

Lo pensé.

—No lo sé —respondí.

—Cuéntame lo que puedas recordar.

Puso la chaqueta que se había traído sobre el suelo de tela asfáltica, junto a la chimenea, se sentó y me hizo un gesto para que la imitara. Me deslicé a su lado y apoyé la espalda en el tubo. Estábamos tan cerca que mi muslo, enfundado en el pantalón del traje, rozaba el suyo bajo el vestido.

—Murieron en un incendio —dije.

—¿Qué clase de incendio?

—Un incendio provocado. En el piso en que vivíamos.

—¿Quién lo provocó?

Tragué saliva. Tenía la boca tan seca que fui incapaz de emitir sonido alguno. El retumbar de un trueno en la lejanía llegó hasta nosotros.

—¿Tú? —Su voz sonó prudente, como si anduviera de puntillas por una superficie helada.

—No. Mi padre. —Dejé escapar todo el aire de los pulmones.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—Porque estaba enfermo. Y porque mi madre lo echó cuando se volvió violento.

—¿Prendió fuego a la casa de la que lo habían echado, pero él también murió en el incendio?

—Sí, entró mientras dormíamos y le prendió fuego.

—¿Y eso ocurrió sin previo aviso?

—No. Bueno, sí. Llamaba por teléfono.

—¿A tu madre?

—Sobre todo por la noche. Ella dejó de responder. Y entonces, a

veces, yo lo cogía a escondidas.

—¿Por qué?

—Porque… no lo sé. Porque quería que dejara de sonar. Porque quería pedirle que dejara de asustarnos. Porque… quería escuchar su voz.

—¿Escuchar su voz?

—Era mi padre. Él también sufría.

—¿Qué decía?

Cerré los ojos. Al igual que cuando escribía, regresaban las imágenes, los sonidos, las escenas que nunca podía asegurar si eran invenciones mías o habían sucedido en realidad, pero que parecían tan reales como que Karen y yo estábamos allí juntos.

—Dijo que iba a arder. Que mi madre, a la que yo quería, ardería y que no había nada que yo pudiera hacer, porque era pequeño, débil y cobarde. Porque yo era igual que él, yo era… —Me faltaba el aire—. Basura. Y entonces me hacía repetirlo: «Di que eres basura o la mato».

—¿Y tú lo decías?

Abrí la boca para afirmar, pero no salió sonido alguno. Sentía que aquello le atañía a otra persona, no a mí. Tal vez mi cuerpo y mi voz solo fueran el invento de un escritor que guardaba las distancias, que escupía lo primero que le venía a la cabeza. Al mismo tiempo, sabía que cada palabra era cierta: había sucedido así. Asentí con la cabeza, noté que algo cálido me corría por la mejilla y traté de ocultar la cara. Por lo que parecía, al final me había bebido el champán demasiado deprisa.

Karen me puso una mano en el hombro.

—¿La mató de todas formas?

Me sequé la lágrima.

—Le habían diagnosticado esquizofrenia. Deberían haberlo internado. *Estuvo* internado. En la sección cerrada. Me permitieron visitarlo una vez. El manicomio estaba en mitad del campo, rodeado de una valla alta. Se llamaba Lieps. Después, sin avisarnos, volvieron a dejarlo en libertad. Tres días más tarde prendió fuego a nuestra casa.

—¿Cómo sobreviviste al fuego?

—Salté.

—¿Saltaste?

—Desperté, y mi habitación estaba envuelta en llamas. Corrí a la ventana. Nuestro piso estaba en la décima planta, había camiones de bomberos en la calle. Extendieron una lona y me gritaron que saltara. Así que salté. Sin antes preguntar si habían sacado a mi madre. Podría haberla salvado, al fin y al cabo, tenía trece años.

—Si las llamas ya estaban en tu cuarto, no podrías haberlo hecho.

—Nunca lo sabré.

—Oh, Richard. –Se apiadó de mí, y posó la mano en mi mejilla.

Me eché a llorar. Lloré y lloré, cada músculo de mi cuerpo se contrajo y no podía dejar de temblar. Me llevó a pensar en el libro, cuando estaba atrapado en la valla electrificada. Eso, y un vago recuerdo que no logré apresar.

Karen me rodeó con los brazos. Ya no me dolía. Al contrario, era como si hubieran desatascado una tubería y por fin saliera toda la mierda. No me soltó hasta que dejé de sollozar.

—Toma —dijo.

Levanté la vista y vi lo que me ofrecía. Me reí.

—¿Qué es eso? Solo una madre se asegura de tener clínex a mano cuando lleva un vestido de fiesta.

Me soné y me sequé la nariz.

—¿Una madre? —dijo, extrañada.

—Tú y Oscar. Me han contado que tenéis tres hijos y que vivís en una casa increíblemente enorme.

Karen me miró incrédula. Luego ella también se echó a reír, y fue mi turno de preguntar qué pasaba.

—Es cierto que Oscar tiene tres hijos —dijo—. Y al parecer una gran casa, pero me temo que yo no tengo ni lo uno ni lo otro.

—¿No?

—Oscar y yo lo dejamos en cuanto acabamos el instituto, poco después de… que te marcharas.

—Entiendo. ¿Por qué lo dejasteis?

Ella se encogió de hombros.

—Yo me iba al sur para estudiar Medicina y él iba a incorporarse al negocio de su padre, aquí en Ballantyne. En cualquier caso, supongo

que yo sabía que no estábamos hechos el uno para el otro.

—Si lo sabías, ¿por qué fuisteis novios tanto tiempo?

—¿Sabes una cosa? —dijo Karen, que aunque me miraba parecía enfocada en su interior—. También me lo he preguntado. Creo que fue porque todo el mundo decía que Oscar y yo hacíamos una buena pareja. Incluso mi madre se sorprendió cuando le dije que quería romper con él.

—Y Oscar, ¿cómo se lo tomó?

Ella sacudió la cabeza.

—Regular.

—Parece que todavía siente algo por ti.

—Y yo por él, Oscar es el chico más bueno del mundo.

—¿Os habéis seguido viendo?

Ella negó con la cabeza.

—Él continúa poniéndose en contacto conmigo y yo tengo que… —Abrió las manos, era evidente lo que quería decir.

—¿Tienes que…? —pregunté de todos modos.

Ella esbozó una sonrisa.

—Tener cuidado.

Iba a preguntarle por qué debía tener cuidado cuando nos interrumpió un grito proveniente del patio.

—¡Karen! ¡Richard! ¡Sabemos que estáis ahí arriba!

Nos asomamos por el borde. Era Oscar, por supuesto.

—¡Vamos a hacer el corro! —gritó—. ¡Todo el mundo tiene que participar!

El corro consistía en sentarnos en un gran círculo de sillas colocadas en el gimnasio mientras, de uno en uno, contábamos qué habíamos hecho los últimos quince años. En principio disponíamos de tres minutos por persona, pero algunos acababan en treinta segundos y nadie interrumpía a los que se excedían del tiempo asignado. La mayoría hablaba de su familia y de sus aficiones más que de sus carreras profesionales, salvo Oscar, que insistió en lo bien que le iban los negocios y solo mencionó de pasada que estaba casado y tenía tres

hijos. Jack hizo reír a todos con un relato irónico sobre el chico al que le encantaba bailar delante del espejo disfrazado de la protagonista de *Dirty Dancing*, pero que no comprendió que era gay hasta que una de sus tías le explicó quién era *realmente* Jack. Llegó el turno de Karen. Para mi decepción, o puede que alivio, no desveló mucho, solo que vivía en el sur, que había estudiado Psiquiatría y que trabajaba demasiado, que no tenía pareja en ese momento y que compartía una casa en la playa con dos compañeras de trabajo.

Creí percibir más expectación en el ambiente cuando me dieron la palabra por último. La historia del famoso de la clase era el postre que todos habían estado esperando. No porque estuvieran interesados en escuchar otra presuntuosa historia de éxito, que en mi caso incluso podían encontrar en la prensa, sino porque sentían curiosidad por saber cómo me había *tomado* el éxito, mi modesta fama, si me había vuelto presumido, si creía que a ellos les importaba, si iba a hablar mucho más de los tres minutos que me correspondían para restregarles por la cara todo lo que yo había logrado y ellos no.

Solo dediqué unas frases a contar que era autor de libros infantiles, que algunos de los libros habían funcionado bien, otros no tanto, que uno de ellos me permitía vivir de ello; que estaba soltero, que no tenía hijos y que, aunque no planeaba volver a vivir allí, recordaba con frecuencia los años que había pasado en Ballantyne. A veces los recuerdos eran buenos, otras malos.

—No tan malos para mí. Debieron de serlo mucho más para algunos de vosotros –dije, y noté que se me cerraba la garganta. El maldito champán—. Porque yo no fui un buen chico. Digamos en mi defensa que llevaba a mis espaldas algunas vivencias muy duras que contribuyeron a ello, pero de todas formas… Fui un acosador. —Me obligué a mirar uno a uno los rostros del círculo, y me sorprendió lo parecidos que me resultaban a la luz escasa del gimnasio, perlas blancas ensartadas en un hilo. Si no los conociera…—. Quiero decir que lo siento, no voy a disculparme con nadie en particular porque es demasiado pedir por parte de alguien que ha contaminado la infancia de otros. Solo quiero que sepáis que me arrepiento… —Se me bloqueó la garganta por completo y tuve que parar. No estaba preparado para

que la confesión que había previsto hacer me resultara tan conmovedora, tendría que haberla ensayado antes de acudir allí, haber ensayado el discurso a solas. Soplé con las mejillas abultadas y pestañeé para apartar las lágrimas—. Y si pudiera servir para que uno solo de vosotros se sintiera un poco mejor, habrá merecido la pena hacer este viaje.

Solté lo que me quedaba de aire en los pulmones, me incliné en la silla, apoyé la frente entre las manos y cerré los ojos. La sala estaba en silencio y así permaneció un largo rato.

—Pero… —dijo por fin una voz de mujer que no fui capaz de situar —. Salvo que alguno de los presentes haya tenido una experiencia diferente, no recuerdo que fueras un acosador, Richard.

—Yo tampoco —se sumó una voz masculina—. Otros lo eran, tú no.

¿Me estaban tomando el pelo? Me aparté las manos del rostro. Y no, todos me miraban con lo que parecía una benévola seriedad.

—¿Sabes por qué nunca acosaste a nadie? —preguntó Jack, Fatso—. No tenías tiempo, estabas siempre en la biblioteca con la señora Zimmer, leías todo el rato.

Hubo risas generalizadas.

—*Sorry*, Richard —dijo Oscar, y esbozó una sonrisa—. Creo que no eras tan malote. Supongo que así funciona la memoria de un escritor.

Risas aún más altas. Alivio. Bueno, al menos se destensó el mal ambiente que yo, por supuesto, había contribuido a crear. Tragué saliva. Sonreí. Iba a contestar algo cuando Jack se subió a la silla de un salto y formó un megáfono con las manos: —*Partytime!*

En unos segundos todo el mundo se había puesto de pie, empezó a sonar la música y nos lanzamos a bailar al ritmo de nuestros horteras éxitos juveniles. Todo el mundo cambiaba de pareja en cada canción, salvo Oscar, que se había apropiado de Karen. Yo bailaba enloquecido, en una borrachera que mezclaba champán, licor casero, vergüenza por mi inadecuada confesión pública, y pura alegría y alivio porque mi mala conciencia de todos esos años hubiera resultado ser del todo injustificada. Aún no estaba seguro de quién tenía peor memoria, si la clase o yo, pero estaba claro que mi comportamiento no había dejado en nadie marcas duraderas, y ¡eso bien valía una celebración!

No sé cuánto tiempo llevaba en la pista, estaba empapado en sudor y bailaba con una chica que me resultaba vagamente familiar, y que me miraba con tal descaro que sospeché que tal vez nos habíamos conocido mejor de lo que yo recordaba. Por otra parte, en aquella época yo no tenía ojos para nadie que no fuera Karen, ¿no? No sé si me leyó el pensamiento, pero cuando la música cesó y nos quedamos el uno frente al otro, en el repentino silencio, me dijo con una sonrisa pícara, en voz alta y clara: —El granero.

Respondí a su sonrisa con otra y asentí.

—¡No! —Ella rio—. No te acuerdas, joder. ¡El granero! Tú y yo… y el heno.

Seguí sonriendo.

—¿Cómo me llamo? —preguntó en tono agresivo.

Sentí que se me congelaba la sonrisa. Tragué saliva. Su risa sonaba amarga.

—¿Sabes una cosa Richard Hansen, eres un jodido…

—Rita.

Ladeó a cabeza y me miró.

—Te llamas Rita —dije.

Relajó el gesto y comprendí por su sonrisa que estaba perdonado.

La música volvió a sonar. Era la primera canción de la noche de esas que llamamos «lentas», una balada pegajosa, y Rita había iniciado un movimiento resuelto hacia mí cuando una silueta se interpuso. Era Karen.

—Creo que esta es mía –dijo, y me miró ignorando a Rita.

—Creo que tienes razón –repuse, y le cogí la mano.

Nos deslizamos por la pista en un sencillo «dos pasos hacia delante uno hacia atrás» mientras la melaza chorreaba por los altavoces.

—Has sido valiente al exponer tus sentimientos —dijo Karen—. En contarles a todos cómo fue tu vivencia de los tiempos escolares.

Reí entre dientes.

—¿Aunque nadie los percibiera igual que yo?

—Todas las experiencias son subjetivas. Recuerda que eras sensible, te afectaban todas las pequeñas agresiones que sufrías. Esa sensibilidad la proyectabas en otros, creías que a ellos también les

dolían con tus pequeños pinchazos.

Sentí su mano suave en la mía, la curva de la espalda, el calor que emanaba de su cuerpo a pesar de que la mantenía a una distancia prudencial. ¿Debía descubrirme del todo? ¿Tendría valor suficiente?

La melodía acabó y Karen apoyó la frente en mi hombro.

—Espero que pongan otra lenta —susurró.

Su deseo se cumplió.

En la tercera balada la acerqué a mí. No mucho, solo un poco, pero levantó la vista, sonrió y pareció que iba a decir algo cuando nos interrumpieron. El local se iluminó por un repentino e intenso destello. Procedía de las ventanas de la parte alta de la pared, una luz azulada que pareció atravesarlo todo, de manera que por un instante vi una radiografía de la cabeza de Karen, la forma del cráneo, las cuencas de los ojos vacías, los dientes formando una sonrisa sobrecogedora.

Desapareció y siguió un trueno estruendoso, un profundo gemido. Karen se pegó a mí, cerré los ojos e inspiré su perfume. Un nuevo bramido, esta vez más cercano aún. Sentí que Karen me soltaba, y cuando abrí los ojos me di cuenta de que la música había parado y la oscuridad en el gimnasio era absoluta.

—¡Un cortocircuito! —gritó alguien.

La oscuridad era como una capa de invisibilidad en la que nos hubiéramos envuelto, esa era nuestra oportunidad. Alargué las manos para coger a Karen y había desaparecido. Algunos encendieron mecheros y un par de velas, y al cabo de un rato apareció una linterna en la puerta.

Era el conserje.

Oscar, Harry Cooper (un tipo calvo al que recordaba porque tenía el cabello escaso ya entonces y, además, era una mierda de persona, aún peor de lo que yo lo era) y yo lo seguimos al sótano. Allí olía a metal quemado y, en efecto, cuando el portero abrió una caja de fusibles enrome, la luz de la linterna iluminó una nube de humo. Observé los interruptores retorcidos y quemados del interior. Fue el olor, no la visión, lo que me resultó familiar. La chica de expresión voluptuosa, algo que había ocurrido y que debería recordar, pero no podía.

—Por esta noche se ha acabado la luz y la fiesta —dijo el conserje.

—Tenemos velas —repuso Oscar.

—Tú mismo has visto que ha habido un incendio —dijo el conserje—. No puedo permitir que nadie permanezca en el colegio si hay por ahí unos cables humeantes. Lo entendéis, ¿no?

Subimos otra vez al gimnasio. Allí, Oscar se encaramó a una silla y anunció que tenía una noticia buena y otra mala. La mala era que la fiesta no podía seguir en el colegio.

—La buena es que mi mujer se ha llevado a los niños para que visiten a su abuela este fin de semana —dijo, y me fijé en que se le trababa la lengua—. Eso quiere decir que estoy solo en casa y podemos…

Los gritos de entusiasmo ahogaron sus palabras.

Era casi medianoche y en el aparcamiento del colegio nos metimos a presión en los coches de los que habían venido motorizados. Nadie pareció preocuparse porque ninguno de los conductores estuviera del todo sobrio. Todo el mundo sabía que el inspector de Ballantyne tenía mejores cosas que hacer un sábado por la noche que perseguir a conductores que dieran positivo a una prueba de alcoholemia.

Yo iba en un todoterreno eléctrico que avanzaba con un zumbido, embutido entre Harry Cooper y Rita, y de repente me sentí agotado. Había sido un día muy largo desde que me despertara en la ciudad, y me pregunté si no debía tirar la toalla y volver a mi cuarto de la infancia. Cerré los ojos y pensé que Karen también estaría allí, y sentí que me mareaba mientras el coche reducía la velocidad por las curvas de la carretera. Oí el crujido de la grava bajo los neumáticos, un «guau» del tal Harry Cooper, el gemido de un portón que se abría y después más crujidos contenidos. Nos detuvimos del todo.

—Ya hemos llegado —dijo el conductor—. Coged las botellas.

Sentí que la presión de los otros cuerpos se aflojaba y una corriente cargada de tormenta se colaba por las dos puertas abiertas. Abrí los ojos y bajé con dificultad, con la esperanza de que un poco de aire fresco me despertara y aliviara una incipiente jaqueca. Pero la sangre

se me heló en las venas. Tenía que haberlo intuido. Tal vez lo había hecho. La casa era nueva, construida desde los cimientos, o eso parecía. Debían de haber recurrido a planos antiguos o fotografías.

—¿Vienes, autor? —preguntó Rita.

—Sí —contesté.

Es cierto que no vi ningún roble, pero la escalera, la puerta, las grandes ventanas y las alas eran como entonces, incluso los cuernos de demonio del tejado. Había regresado a Speilskogen 1: La Casa de la Noche.

26

Me adentré en el gran recibidor. Sobre el suelo de mármol blanco brillante había un piano de cola negro, pulido, y una mesa de cristal con unas veinte copas ya preparadas, con rodajas de limón. El mobiliario estaba organizado en grupos; no parecía una casa sino el salón de un hotel. Una lámpara de araña de cristal que colgaba del techo intensificaba esa sensación.

Agarré una copa y mi mirada la buscó en el grupo.

—Pues sí que le ha ido bien *al* Oscar —dijo Harry Cooper, que se había colocado a mi lado. Dejó una copa que ya había vaciado y se hizo con otra—. Salvo que es una metedura de pata echar una rodaja de limón en un gin-tonic, claro, tendría que ser lima.

Me miró retándome a esa clásica discusión. No respondí, dejé de mirarle y seguí recorriendo el vestíbulo con la vista. Por fin encontré a Karen, que salía por el pasillo que conducía al ala izquierda. O, mejor dicho, Oscar la llevaba de la mano, y casi parecía que tiraba de ella en esa dirección.

—¡Karen! —grité.

Se giró.

—Oscar exige enseñarme la casa. —Se rio con cierto hastío.

—¡Bien! —volví a gritar.

Me costó menos de lo que debería tragarme el orgullo y el resto de la copa y apresurarme tras ellos.

—¿Os importa que me una a vosotros? —pregunté.

—Claro que no —respondió Oscar sin convicción y sin girarse hacia mí.

Avanzamos por el pasillo. Entre fotografías de coches y veleros colgaban retratos al óleo de quienes parecían la esposa y los hijos de Oscar.

—El cuarto de invitados —dijo Oscar abriendo una puerta.

—Espléndido —comentó Karen.

Seguimos avanzando. Otra puerta. Otro cuarto de invitados. Seguimos.

—Es impresionante lo que has hecho con la casa —dije, más que nada para intervenir en la conversación—. Porque el fuego la arrasó, ¿no?

—Arrasar… —empezó a explicar Oscar—. Es cierto que sufrió el impacto de un rayo mientras estuvo desocupada y que tenía algunos daños por el efecto de las llamas.

—Richard lo pregunta… —dijo Karen, y se giró hacia mí como si me pidiera permiso— porque en uno de sus libros escribe sobre una casa que se quema y que podría recordar a esta.

—¿De veras? —preguntó Oscar sin detener la marcha—. Tengo que reconocer que no leo cosas de esas, de *fantasía*. Ay, perdona, Richard. —Se giró y me puso la mano en el brazo—. No quiero quitarte mérito. Está claro que tú has dado en el clavo con los niños.

—Los jóvenes —puntualizó Karen—. No se lo leería a mis hijos, Oscar.

Oscar esbozó una sonrisa, no parecía que le hiciera gracia que le recordaran su estado civil.

—Aquí tenemos el atrio, o jardín de invierno –dijo, y rebuscó con la mano tras la puerta. La estancia se abrió ante nosotros y se oyó un murmullo de agua, pero estaba a oscuras, así que no dije gran cosa.

—Esto era un patio trasero, lo incorporé con paredes y techo de cristal. Está claro que la casa nos viene grande, porque no doy con el interruptor.

En ese instante cayó un rayo y con el destello distinguí el árbol.

Estaba en medio de la estancia, rodeado de agua. No sé si era un roble, pero era un árbol joven. Un árbol que todavía tenía pendiente extender sus raíces. Aun así, me repugnó ver que era precisamente lo que hacían las raíces en ese instante: alargar sus blancos dedos en todas las direcciones, bajo nuestros pies, buscando, despacio pero sin descanso, alimento, nutrientes. Presas.

Otro destello de un rayo. Vi a Oscar con el brazo levantado en busca

del interruptor, atravesado por la luz igual que Karen antes. Esta radiografía no se parecía a la de ella. El cráneo era pequeño y los dientes menudos, afilados, de roedor. El brazo no tenía los huesos definidos del ser humano, sino una red de finas varillas, como el ala de un ave. Estaba claro que no debería haberme bebido el gin-tonic a tanta velocidad.

—Ahí —señaló Oscar.

Se encendió la luz de la estancia.

—¡Guau! —exclamó Karen.

—¿Qué opinas, Richard?

—Increíble —respondí.

—¿Qué hay ahí adentro? —Karen señaló la puerta por donde el ala de la casa se extendía al otro lado del atrio.

—El apartamento del matrimonio que trabaja a nuestro servicio. Ya vivían aquí cuando nos hicimos cargo de la casa, en cierto modo venían con ella. Se ocupan de la propiedad, cuidan de los niños y cocinan. Les llamé para pedirles que prepararan unas copas cuando estábamos de camino. ¿Qué os parece?

—Fantástico —dijo Karen.

Por unos instantes dudé de si debía mencionar que todo el mundo sabe que los gin-tonic debían llevar lima, no limón, pero me limité a asentir fingiendo estar de acuerdo con la aprobación de Karen. Oscar parecía satisfecho.

—Les he pedido que preparen algo de cena, así que espero que tengáis hambre.

—¡Fantástico! —repitió Karen.

La observé, no detecté ni rastro de ironía. De vuelta caminé tras ellos y me fijé en que Oscar le cogía la mano a Karen y la trataba como si volvieran a ser novios. Tuve ganas de golpearle la nuca con algún objeto contundente.

El sonido de la música nos llegó desde el vestíbulo y vi que el baile estaba de nuevo en todo su apogeo.

—¡Tom ya ha aterrizado! —gritó Jack desde la pista de baile—. Me ha enviado un mensaje: viene de camino en taxi.

—¡Fantástico! —gritó Karen, y noté que tanta repetición empezaba

a molestarme.

—¿No tendrás un analgésico para el dolor de cabeza? —le pregunté a Oscar, que no había soltado la mano de Karen.

—Claro que sí —respondió—. Lo encontrarás en el armarito del baño. Sube la escalera, a la izquierda, pasa la cocina, tercera puerta a la derecha.

Me miró con una sonrisita como diciendo: «Buen-intento-de-lograr-que-me-aleje-de-Karen-y-que-se-quede-contigo, aprovechado».

Me alejé; mi equilibrio era tan precario que tuve que recurrir a la barandilla de la ancha escalinata. Al llegar arriba hice una parada para intentar recuperarme. Vi que Oscar, Karen y los demás bailaban alrededor de Jack, que reinaba en mitad de la pista con movimientos arriesgados y trucos de break dance. Un salto mortal hacia atrás provocó una ovación.

Avancé tambaleándome, mareado y con una jaqueca que iba en aumento y ya me golpeaba las sienes como el pedal de un tambor. Tras la puerta, que supuse que debía de dar a la cocina, oí pasos arrastrándose, golpes sordos de un hacha de carnicero y revuelo de cazuelas. El baño estaba, en efecto, dos puertas más allá. Era grande, moderno y estaba muy limpio, con ducha y jacuzzi y una puerta abierta que conducía al que debía de ser el dormitorio de Oscar y su mujer. El armarito que había sobre uno de los lavabos estaba repleto de frascos y cajas de pastillas. Vi un frasco que llevaba una etiqueta pegada con el nombre de Sarah Rossi, pero no fui capaz de saber para qué eran. Todo me daba vueltas. Reconocí una de las cajas y me tragué dos comprimidos. Me senté en el suelo radiante, me apoyé en la pared y cerré los ojos con la esperanza de que el tambor dejara de golpear y el mundo de dar vueltas.

No sé cuánto tiempo llevaría allí sentado cuando la puerta se abrió y entró Rita.

—Aquí estás —dijo con voz pastosa mientras se bajaba las bragas y se sentaba en la taza del váter—. ¿Te encuentras mal?

—Perdón —me excusé. Me puse de pie y me llevé un susto al ver en el espejo del armarito un rostro que no era el mío, pero que tenía que serlo.

—No fue para tirar cohetes, que digamos —comentó Rita mientras yo oía el chorro caer en el agua del retrete—. Aquella vez en el granero. No te lo pregunté entonces, tenía que portarme bien contigo, pero apuesto a que era tu primera vez. ¿Cierto?

—Perdón —repetí, y salí tambaleándome al pasillo.

Me apoyé en la pared para pasar por delante de la puerta de la cocina, donde solo oí pasos que se alternaban con un rumor de zapatos que se arrastraban, como si el matrimonio estuviera bailando un vals ahí dentro. Me detuve y me quedé escuchando. Había otro sonido. Una especie de crujido. Bajé el picaporte para abrir. Algo, un presentimiento, me detuvo. Tenía el corazón acelerado, el sudor me recorría el cuerpo. Solté el picaporte, observé la puerta. En el interior se habían quedado en silencio total; parecía que me estuvieran esperando. Retrocedí unos pasos, me giré y seguí hacia la galería que daba al vestíbulo. Habían apagado la música y se oía una animada charla. Me asomé por la barandilla. La gente estaba de pie, sentada en sillas o medio tumbada en los sofás, comiendo. Vi que una bandeja de hamburguesas había reemplazado a las copas en la mesa de cristal. Puede que fuera eso lo que necesitara, comer un poco.

Bajé la escalera y fui hacia la bandeja, pero llegué tarde. Un tipo al que reconocí, Henrik, el genio de las matemáticas de la clase, estaba cogiendo la última. Al verme, dio un largo paso atrás y me hizo un gesto para que me sirviera.

—Por favor, tú estabas primero —dije, y esbocé una sonrisa que seguramente pareció algo forzada.

—Los grandes autores necesitan alimentarse —comentó sonriendo, con buen humor—. Yo ya me he comido una, y están preparando más.

—En ese caso, gracias —dije agarrando la hamburguesa.

Clavé los dientes y noté que la boca se me llenaba del líquido de la carne recién picada. Pensé que eso era lo que éramos en gran parte los mamíferos: agua. Di otro bocado. Madre mía, qué rica estaba. Sin duda era lo que mi cuerpo necesitaba.

—Mi hijo se pregunta si yo era el genio de las matemáticas, el Henrik de tu libro.

Miré al hombre que seguía allí. Era uno de los que había necesitado

poco tiempo en la ronda de presentación del gimnasio. Contable, ¿no era eso lo que había dicho? ¿Había aspirado a más? ¿Tal vez a investigar? ¿Creía que esperábamos más de él y por eso había acortado su agonía? ¿O estaba más que satisfecho, pero le parecía que no tenía nada emocionante que contar de su vida hasta la fecha?

—Sí —dije con la boca llena—. Eras tú.

—Yo no era ningún genio de las matemáticas, pero gracias.

—Claro que lo eras.

Se echó a reír.

—Nunca te fíes de la memoria. Solo te proporciona lo que cree que necesitas. Así que… en ese sentido está muy bien creer en ella —sentenció, y volvió a reírse.

Di otro mordisco y mastiqué despacio para no tener que responder. Solo asentí con la cabeza para agradecerle de nuevo la hamburguesa, crucé la estancia y me instalé en un sofá, junto a Karen. Gemí de placer, un placer que solo puede seguir a un estado de profunda incomodidad.

—Ya parece que te encuentras mejor —afirmó sonriente, y me apretó la nuca con el índice y el pulgar.

—Sí —respondí tragando un pedazo de hamburguesa—. ¿Cuánto tiempo hace que me fui?

—Bastante. Me estaba empezando a preocupar.

—Yo estoy bien. ¿Y tú? Veo que te has buscado un sofá para estar un rato en paz. ¿No es horrible ser tan popular?

—Horrible… —Se rio y abrió un cuaderno de notas—. No, me senté aquí porque estaba Tom.

—¿Tom? ¿Ha venido? —Miré alrededor—. ¿Dónde está?

—Ha ido a la cocina a echar una mano —dijo mientras escribía.

—Veo que conservas el marcapáginas –comenté, indicando con la cabeza el pasador rosa que estaba enganchado a la cubierta del libro.

—Sí.

—¿Sigues queriendo ser escritora? Si citas algo que yo haya dicho, exijo que hagas referencia a la fuente y respetes los derechos de autor.

—Hecho. Por cierto, Tom ha preguntado por ti.

—¿Y eso? ¿A qué ha ido a la cocina?

—A echar una mano, ya te lo he dicho.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Tom es un chico que siempre se ofrece voluntario.

—¿Lo es?

—Eso dijo.

—¿Qué dijo?

—Que quería ir a la cocina a ofrecerse de voluntario. Se ve que funciona, está claro que te gustó esa hamburguesa.

—¿La ha preparado Tom? —Bajé la mirada hacia el último pedazo de pan y carne que aún sostenía en la mano.

—Al menos la pareja de cocineros lo llaman hamburguesa al estilo Tom. Y aquí traen más…

Oí pasos que se arrastraban por la escalera. Tragué saliva. Me venía algo a la memoria. Después, despacio, me giré. Sentí que se me secaba la boca y se me dormía la lengua.

Un cangrejo, eso fue en lo primero que pensé. Se movían de lado por la escalera, con las cuatro patas, puesto que estaban unidos por la cadera. En la mano derecha, levantada como la pinza de un cangrejo, cada uno sujetaba una bandeja de humeantes hamburguesas. Parecían hermanos, cojeaban e iban vestidos de blanco.

Sostuve la mirada de ella, de Vanessa.

Luego, en el momento en que se giró para permitir que su compañero pusiera el pie en el escalón siguiente, la de Victor.

Sentí que me iba a estallar la cabeza. Las pastillas. Tenían que ser las pastillas. ¿Qué otra cosa podía explicar lo que veían mis ojos?

—Mmm… ¡qué buena pinta! —exclamó Karen.

—No toques esas hamburguesas —le advertí. Tiré lo que quedaba de la mía y me puse de pie.

—¿Algo va mal, Richard?

—Sí —susurré—. Algo va mal. Ven.

Agarré a Karen de la mano y la arrastré conmigo. El grotesco cangrejo humano bajó del todo la escalera y se movió hacia la mesa de cristal mientras subíamos corriendo.

La puerta de la cocina estaba entreabierta y, al acercarnos, oí el

mismo sonido que había imaginado al escribir la escena en la que a Tom lo devoraba el auricular del teléfono. Un crujido húmedo de larvas devora-cadáveres comiéndose al muerto. Abrí de una patada.

—P-p-pero si es Richard…

El hombre que estaba junto a la encimera de la cocina dando vueltas a la manivela de la picadora de carne puso cara de alegrarse. Tenía quince años más, había engordado y llevaba bigote. No cabía duda, era Tom.

—¿T-t-te gusto? —preguntó.

Lo miré fijamente. Tragué saliva. Se había subido hasta el hombro la manga de la camisa del brazo que no hacía girar la manivela, y lo tenía tan metido en la picadora que ya no quedaba nada de él. El crujido húmedo procedía de la abertura de la trituradora, por la que salían tiras de carne que se quedaban colgando y luego aterrizaban en una sartén que estaba colocada debajo, sobre una silla.

—¿Qué estás haciendo? —susurré con dificultad, y noté que iba a vomitar.

—Hago lo que deberíamos hacer todos —dijo—. Me entrego. V-v-ven, Richard, deberías probar.

—No, gracias —conseguí decir mientras retrocedía hacia la puerta caminando hacia atrás.

Tom soltó la manivela y lanzó la mano. Yo estaba a más de dos metros de distancia, pero igualmente me alcanzó. Los dedos blancos y delgados se cerraron alrededor de mi muñeca y empezaron a arrastrarme hacia él.

—Insisto —dijo.

Me resistí, clavé los talones en el suelo, pero, sencillamente, era demasiado fuerte.

—Venga, la muchedumbre necesita a-a-alimentarse.

Cada vez estaba más cerca. Sacó lo que le quedaba del brazo de la abertura de la picadora, la boca misma. El final del muñón estaba desgarrado, asomaban carne roja y huesos blancos, pero no sangraba. Vi las letras en relieve en el lateral de la máquina, PIRAÑA. Tom metió mi mano en la picadora.

—¡Karen! –grité, y me di la vuelta.

Karen estaba en la puerta y se limitaba a mirarme, como una testigo pasiva. Horrorizada, sí, pero ¿había algo más en su gesto, una emoción, como si estuviera, por así decirlo, fascinada?

Noté que mi mano chocaba con algo afilado en el fondo de la boca de la picadora. Las cuchillas.

—Karen, querida —dijo Tom—. No tengo ninguna mano disponible, ¿puedes girar la m-m-manivela?

Para mi sorpresa, vi que Karen asentía y entraba.

—¡No, no, no! —grité en el instante en que ella agarró la manivela.

Mi mirada recorrió la encimera de la cocina. Encontró el cuchillo para la carne. La agarré con la mano libre, la hice volar y asesté un golpe con todas mis fuerzas contra el brazo que me agarraba. Sentí que el acero atravesaba con facilidad sorprendente la carne y el hueso, y se clavaba en la encimera. Un chorro de sangre caliente me salpicó la mano.

—¡Vaya! —exclamó Karen y se miró risueña el vestido, ahora teñido de rojo.

—¡Vaya! —la imitó Tom, riendo también al ver su brazo cortado sobre la encimera.

Miré incrédulo lo que quedaba de él, un torso vivo, del que manaba sangre, sobre dos piernas. Después me fijé en que Karen había empezado a hacer girar la manivela. Llegué a sentir la presión de las cuchillas sobre la piel, pero logré sacar la mano.

Nuestras miradas se cruzaron. ¿Qué vi en la suya? ¿Curiosidad? ¿Compasión? No lo sé, todo era muy desconcertante.

Eché a correr.

Por el pasillo, hacia el vestíbulo.

Estaba tan mareado que me parecía que corría sobre la cubierta de un barco en plena tormenta. Cuando salí a la galería me agarré a la barandilla con las dos manos y vomité. Parte del vómito fue a parar al suelo de mármol. Recuperé el aliento. Oí un zumbido grave, de un panal. Levanté la cabeza. Abajo, en la entrada, habían formado un círculo, pero, en ese momento, todos tenían la vista levantada hacia mí. Yo observaba al que se encontraba en el centro. Era Jack. Estaba desnudo, había adoptado una pose de ballet clásico y tenía la vista

clavada en mí. Los brazos formando un óvalo por encima de la cabeza, los dedos de las manos rozándose, el talón de un pie tocando el dedo gordo del otro, y viceversa. Quinta posición. ¿Que cómo lo sabía yo? ¿Lo había leído?, ¿había visto imágenes en algún libro de la biblioteca donde decían que me pasaba los días? ¿Era eso cierto?

El zumbido provenía de las alas que le asomaban por la espalda; finas y transparentes, batían tan rápido que su movimiento solo se percibía en forma de vibración.

Se estiró hasta que solo las puntas de los dedos tocaron el suelo de mármol. Y entonces… ni eso.

Empezó a flotar, suspendido en el aire.

De nuevo se me paró la respiración. Solo se oía el zumbido de las alas. El cuerpo de Jack, inmóvil en su postura, se elevó. Vi los rostros del resto, vueltos hacia arriba. En realidad no parecían asombrados, sino más bien místicos, como si se tratara de un milagro anunciado o algo que ya hubieran presenciado. Oscar exhibía una sonrisa beatífica. Rita parecía embelesada, movía los labios murmurando una plegaria. Vanessa y Victor tenían las manos entrelazadas.

Jack había llegado a la altura de la galería y se acercaba a mí. Sentí el aire que desplazaban las alas. Sus ojos habían cambiado y tenían el iris rojo. Estuve a punto de echarme a reír, esas alucinaciones eran tan reales que tenía la impresión de que si alargaba la mano y lo tocaba sentiría su piel con la yema de los dedos. ¿Eran las pastillas? ¿Controlaban ellas las alucinaciones, o era yo? No podía estar seguro, porque tenía la sensación de que mantenía cierto control, que era yo quien inventaba, que podía y no podía decidir qué iba a suceder, que el relato tenía voluntad propia, una lógica interna. Si era así ¿podía interrumpirlo? ¿O era solo una pesadilla corriente, una representación que montas para ti solo, un espectador indefenso que no quiere oír ni ver, pero que no tiene más remedio que asistir? En ese caso, me apetecía despertarme ya. Carraspeé.

—Impresionante, de verdad, Jack —dije, tratando de mantener la voz firme—. Has logrado transformarte en el hada Campanilla.

—Mientras que tú eres el de siempre —dijo Jack—. Imu.

—¿Qué?

—Compruébalo tú mismo —dijo Jack, y señaló el ventanal.

Me giré, no vi nada más que la negra oscuridad exterior.

—¿Qué dices…?

En el instante en que empecé a hablar, un rayo iluminó la noche y vi mi rostro reflejado en el cristal. Pero no era mi cara, sino la que había visto en el espejo del baño. La misma que había visto en una fotografía escolar cuando era pequeño. El rostro que había imaginado cuando escribí *La Casa de la Noche* y su protagonista, Richard, estaba ante la puerta del director de Lieps. No solo sentía que me iba a estallar la cabeza, *deseaba* que lo hiciera. Era el rostro de Imu Jonasson.

—¿Lo ves? —preguntó Jack—. ¿Lo comprendes, Richard?

—No —respondí—. Solo comprendo que lo habéis planificado. —Jack sonrió a modo de respuesta—. ¿Cuánto hace…?

—Ah, antes de enviar las invitaciones para la fiesta de aniversario.

—Pero… ¿por qué?

—¿Por qué, Richard? Vamos, ya lo sabes.

Negué despacio con la cabeza.

Jack suspiró y ladeó la suya.

—Tú mismo lo dijiste.

—¿L-l-lo del acoso?

—En ese caso fuiste un solo acosador contra una jauría de almas solitarias, Richard. «Acoso» es una palabra demasiado débil, ¿no crees?

—Eh…

—Piénsalo. «Maldad» es el término más adecuado. ¡Mira! —Movió el brazo hacia los compañeros de clase que tenía debajo—. Mira y recuerda. Tom, Vanessa, Victor, Oscar y yo. Incluso Karen. Todos los presentes. Te ocupaste de todos nosotros, uno por uno, nos hundiste, nos aterrorizaste, hiciste de nuestras vidas un infierno.

Observé. Intenté recordar. Ahora volvía a mí. Rostro por rostro. Víctima a víctima. Recordaba el mantra que había utilizado. «Eres basura». Nadie puede convencerte de que eres basura, solo alguien que sabe lo que es serlo.

Tragué saliva.

—Cuando dijisteis que mis recuerdos eran erróneos me estabais mintiendo.

—Lo siento, teníamos que lograr que te relajaras. Conseguir que vinieras.

—Bien. ¿Y ahora qué?

Jack se encogió de hombros.

—Ahora te comeremos.

Abajo, el grupo había empezado a moverse.

—No puedo dejar que lo hagáis sin más –dije, y observé cómo ascendían por la escalera, una corriente humana.

—Oh, no contábamos con ello —dijo Jack—. En realidad, nos gustaría que intentaras escapar. Ya se sabe, la adrenalina le da a la carne un toque extra de sabor.

El grupo había llegado a la parte superior de la escalera y se movía hacia mí con la pareja que asemejaba un cangrejo al frente. Solo frenaron cuando los amenacé con el cuchillo de carnicero. Me subí a la barandilla, me puse de pie, hice equilibrios con los brazos abiertos y grité:

—¿Queréis ver cómo vuelo?

Iban a lanzarse sobre mí, pero me tiré de cabeza al vestíbulo.

Caí.

Me dirigía a toda velocidad hacia el suelo de mármol brillante.

Impacté sobre el piano de cola, que también lanzaba destellos. Sentí que la tapa estallaba, que las cuerdas del piano se rompían y que el instrumento se partía.

Estaba boca arriba, mirando hacia la lámpara de araña de cristal, hacia Jack, que flotaba sobre mí, hacia los rostros de la galería. Rebusqué hasta dar con el cuchillo y me puse de pie.

La manada ya bajaba por la escalera y corrí hacia la puerta para abrirla de un tirón. *Intenté* abrirla de un tirón. Estaba cerrada y no tenía ninguna cerradura que se pudiera intentar abrir. Volví a tirar. Obtuve el mismo resultado.

—¿Sientes ahora lo que es llegar a una puerta cerrada? —preguntó Jack. Flotaba zumbando sobre mi cabeza, demasiado lejos para que pudiera darle con el cuchillo—. Y los que han echado el cerrojo son

aquellos a quienes llamabas «amigos». ¿Qué vas a hacer ahora? —Golpeé la puerta con el puño, desesperado—. ¡Exacto! —Jack rio—. ¡Llamas a la puerta! Esperas que alguien abra. Cuando no lo hacen, ¿qué pasa?

Me giré. La masa había llegado al pie de la escalera y ahora eran Oscar, Harry Cooper y Henrik quienes iban al frente. Los rostros no reflejaban odio, solo ausencia y una extraña indiferencia, como si sus cuerpos obedecieran órdenes que no provenían de su propia voluntad.

—Sí, llamas por teléfono —dijo Jack con el pulgar en la oreja y el meñique delante de la boca, cual auricular—, llamas con la esperanza de que alguien lo coja. Que la única persona sobre la que aún tienes poder responda. Y que te deje pasar.

Solté el picaporte y corrí dibujando una elipsis ante la banda que avanzaba. Crucé el vestíbulo y fui hacia el pasillo que Oscar nos había mostrado a Karen y a mí. Seguí hacia el interior mientras oía el eco de pasos apresurados entre las paredes. Logré cruzar la puerta del atrio, la cerré de golpe y vi que tenía un cerrojo. Lo eché y apoyé la espalda contra la puerta. Oí una avalancha de cuerpos, sentí que la puerta vibraba. Gritaban y golpeaban. Miré hacia arriba. Tras las paredes de cristal los rayos caían uno detrás de otro e iluminaban el atrio.

El árbol.

Algo colgaba de él.

La cabeza desplomada sobre el pecho de manera que el nudo de la soga quedaba a la vista en su nuca. Llevaba un camisón del que asomaban los pies desnudos y los tobillos parecían buscar el suelo que no alcanzaban.

Me alejé de la puerta para acercarme, los gritos sonaban más débiles a mi espalda.

El flequillo rubio de chico ocultaba su rostro.

Al aproximarme, caí en la cuenta de que el árbol parecía haber crecido desde la última vez, como si entretanto se hubiera ido alimentando. Quizá por eso la figura allí colgada me hizo pensar en una cáscara vacía, en el esqueleto de un insecto que sigue atrapado en la telaraña mucho después de que esta haya absorbido su esencia.

Me coloqué bajo el árbol y miré hacia arriba. Su rostro pecoso

estaba tan pálido… tan hermoso y pálido… Ella, que era lo que yo más quería en este mundo, me había sido arrebatada. No lo pensé, dejé escapar la palabra, sin más:

—Mamá.

Un rayo respondió desgarrando el cielo, se oyó un estallido ensordecedor y la silueta se agitó en un baile espasmódico. Al instante surgieron llamas del camisón y los cristales cayeron cual granizo a mi alrededor. Al abrir de nuevo los ojos, sentí el aire nocturno en el rostro y vi que el techo de cristal y el ventanal se habían desplomado, que podía salir de la finca. Vi la verja al final del camino de reluciente gravilla blanca.

En ese momento la puerta se abrió; Oscar habría ido a buscar la llave.

Bien, pensé, no puedo más, que se termine aquí, de esta manera.

Volví a cerrar los ojos y sentí que mi respiración se tranquilizaba y me envolvía una extraña paz. Al cabo de unos instantes abrí los ojos de nuevo. No era cierto. Podía más. Siempre podemos más. Eché a correr.

27

Corrí por la gravilla, salí por la verja abierta y bajé por el camino sin salida, hacia el bosque. No había farolas, pero los rayos caían a intervalos tan breves que pude seguir la carretera. La noche y el ambiente bochornoso eran los que había imaginado al escribir el final de *La Casa de la Noche*, cargado de electricidad y propicio para una inundación. Corrí todo lo que pude, aun así, la banda que me seguía parecía acortar distancias. ¿Quién hubiera imaginado que tuvieran tal resistencia? Me dolían los pulmones y los muslos, ya rígidos por el ácido láctico, me pesaban como troncos. Pronto dejarían de obedecer a mi cerebro. El camino se estrechó y recordé que enseguida se acabaría. También que, un poco antes, llegaría al sendero que cruzaba parte del bosque y, atravesando el puente, bajaba a la carretera nacional. Faltaba bastante, pero si lograba adentrarme en él la manada que me perseguía tendría que reorganizarse, puesto que en el sendero solo cabían dos o tres personas a lo ancho, y eso debería de retrasarlos. Si conseguía bajar a la carretera nacional, esta estaría iluminada y transitada. Al menos, de día, era así.

Se aproximaban deprisa, las respiraciones agitadas y los pasos rápidos y ligeros ya estaban muy cerca. Intenté acelerar, pero fue inútil. No iba a ser capaz de llegar al sendero antes que ellos. Casi no tuve tiempo de pensar porque tropecé y me caí al suelo. Busqué el cuchillo en la oscuridad, pero ya era demasiado tarde, los tenía encima. Sus manos tiraban de mí, me dieron un golpe en la sien y una patada en el estómago. Me encogí como una pelota y me cubrí la cabeza.

—¡Dale la vuelta! —siseó una voz—. ¡Que nos vea cuando lo matemos!

Tiraron de mí y me pusieron boca arriba. Alguien se sentó en mi

pecho. En el siguiente destello vi que era Rita. Intenté tirarla, pero era fuerte. Tenía una energía absurda. Se inclinó sobre mí y me echó el aliento, que apestaba a alcohol.

—Richard Hansen —susurró—. Te odio.

Después se incorporó y levantó ambas manos por encima de la cabeza. Sujetaba un aro metálico, de los que se utilizan para jugar al cróquet, y me amenazaba con las puntas afiladas. Agité brazos y piernas, allí tirado cual escarabajo indefenso, y comprendí que pronto me habría convertido en una pista de cróquet.

En ese mismo instante el rostro de Rita quedó iluminado por una luz deslumbrante y se paralizó.

—¡En nombre de la ley! ¡Todo el mundo quieto!

Se hizo un silencio momentáneo y todos se giraron hacia la luz. Yo no veía nada, pero comprendí que el sonido metálico que resonaba debía proceder de un megáfono. Algo se movió. Una silueta se aproximaba despacio haciendo crujir la gravilla. Supe quién era antes de que la figura alta, de hombros anchos y cabello negrísimo se hiciera visible. Empuñaba, por supuesto, una pistola.

28

—¡Atrás! —ordenó el agente Dale, y la manada obedeció—. Tú también, hija —le dijo a Rita, que seguía sentada encima de mí.

Siseó con saña, se levantó y se retiró con los demás, que se protegían los ojos, atentos a lo que pasaba.

El agente Dale me ayudó a levantarme y me sostuvo mientras nos dirigíamos hacia la luz.

—¿Q-q-ué hace aquí? —gemí.

—¿Yo? Yo siempre estoy aquí.

—¿Aquí? ¿En Speilskogen? —Lo miré mientras sentía cómo caían las primeras y pesadas gotas de lluvia.

—Sí. No conseguimos resolver el misterio, así que merodeo por aquí, por si volviera.

—¿Imu Jonasson?

—Sí.

La luz procedía de los faros de un Pontiac LeMans, por supuesto. No era rojo, ni verde, sino azul claro. Nos sentamos y el cielo se abrió por fin; al cabo de unos segundos la lluvia martilleó contra el techo.

—Es igual que aquella noche —dijo el agente Dale y presionó un interruptor que con un clic bloqueó todas las puertas—. ¿Recuerdas?

Sonrió como si fuera un recuerdo dulce: la lluvia, el fuego, la huida, Karen saltando desde el tejado.

—No me acuerdo de nada —dije en voz baja e intenté ver algo a través del agua que corría por el parabrisas.

—Claro que sí —dijo el agente Dale—. Escribiste un libro y todo.

—Hasta esta noche creía que lo había imaginado todo –susurré, y vi que Jack sostenía el cuchillo de carnicero—. A usted también.

—¿A mí?

Me froté las sienes.

—¿Podemos arrancar, agente Dale?

—Sí, vamos allá.

El agente Dale bajó una palanca que asomaba del volante y los limpiaparabrisas se pusieron en marcha. El agua despareció un par de segundos y pudimos ver. A la luz, sus rostros estaban pálidos, casi blancos. No parecía afectarles la lluvia ni la claridad deslumbrante. Se movieron despacio, como robots, hacia nosotros. Ellos tenían todo el tiempo del mundo y nosotros muy poco. Algo lanzó un destello. El cuchillo de carnicero. Colgaba de la mano de Jack, que iba al frente del grupo.

—¡Arranque! —grité—. ¡Atropéllelos!

—No serviría de nada —dijo el agente Dale—. Mira.

Y miré. Tras ellos, se veía el todoterreno eléctrico y silencioso aparcado de través en la carretera, bloqueando la salida.

—Espera aquí —dijo Dale. Sacó la pistola de la funda, abrió la puerta del coche y salió a la intemperie. Se inclinó de nuevo hacia el interior—. Dame el megáfono.—Lo cogí de la guantera y se lo pasé. Rozó la palanca y los limpiaparabrisas se detuvieron. Dale cerró de un portazo y oí el sonido de su voz, metálico y aumentado, entre el golpeteo de la lluvia—: En nombre de la ley, deteneos. ¡Alto, he dicho! ¡O disparo!

Empujé la varilla para poner en marcha los limpiaparabrisas y ver lo que sucedía en el exterior, pero lo único que ocurrió fue que las luces pasaron de largas a cortas. Oí un disparo y un leve estallido afuera. Luego otro. Acto seguido se oyó un gran estruendo, un trueno, y en el rugido que siguió no logré distinguir nada. Caí en la cuenta de que podía girar la palanca en lugar de empujarla, y los limpiaparabrisas por fin se pusieron en movimiento. Volvieron a despejar el agua y se oyó otro estallido. Un cuerpo había aterrizado sobre el capó del coche. Era el agente Dale. El rostro aplastado contra el cristal, apenas iluminado por los instrumentos del salpicadero. El peinado negro y compacto se había deshecho y me observaba enmudecido. La sangre aún no había empezado a manar de la frente donde estaba clavado el cuchillo de carnicero. Tiraron de él y en su rostro se mezcló el miedo y la resignación. Arañó el capó con la mano que no sujetaba la pistola,

pero no sirvió de nada, agarró la escobilla del lado del copiloto y la arrancó. Después desapareció.

Me lancé a la izquierda y bajé el seguro para cerrar la puerta del conductor. En ese mismo momento oí que alguien tiraba para abrirla. Me arrastré tras el volante y apreté el acelerador. El motor rugió, casi a modo de advertencia, un búfalo ante el ataque de una jauría de leones. Pisé el acelerador y el coche derrapó en la gravilla, luego logró ponerse firme y ganar velocidad. Iba notando golpes suaves a medida que atropellaba a los cuerpos que entraban y salían de mi campo de visión.

El Pontiac impactó contra la parte trasera del todoterreno. Contaba con que allí pesaría menos y tal vez lograría apartarlo hasta que pudiera pasar. No había tenido el espacio suficiente para acelerar y el resultado fue que solo se desplazó un poco, mi coche derrapó y los dos vehículos quedaron uno junto al otro. Los truenos se habían espaciado y mis faros enfocaban directos al bosque. Vi movimientos en la oscuridad. También vi el sendero, justo frente al morro del coche. ¿Podría alcanzarlo antes de que llegaran? Obtuve la respuesta cuando algo impactó contra la ventanilla lateral. En un destello vi que era Henrik. Movía las mandíbulas como si masticara, e hilos de sangre le brotaban de la comisura de los labios mientras levantaba un objeto con forma de tronco para golpear de nuevo. Un brazo arrancado, aún cubierto de la tela de un traje negro. Otro impacto, y el cristal se rompió. Unas manos que se extendían hacia mí, uñas que me arañaban la cara. Todo es sencillo cuando te has quedado sin opciones. Pisé el acelerador.

Me vi lanzado al frente cuando el Pontiac impactó contra la cuneta, pero no era tan profunda para impedir al potente vehículo asomar al otro lado y salir al sendero. Tenía metro y medio de ancho y era demasiado estrecho para el coche, pero si era capaz de mantener una rueda delantera y una trasera en él, podría alejarme y ganar algo de ventaja. Salió mejor de lo que esperaba. Aplasté vegetación y arbustos, zarzas y pequeños árboles que impactaron contra el parachoques del coche y rompieron casi enseguida el faro derecho. Fui capaz de mantenerme sobre el sendero con la ayuda de un solo faro y un

limpiaparabrisas. El camino descendía con suavidad hacia el río y apunté al puente. Se oyó un golpe, el coche se detuvo de repente y choqué con la frente en el cristal. Di marcha atrás y aceleré. Los neumáticos derraparon; la lluvia había dejado el suelo demasiado embarrado y sentí que se hundían más y más.

Abrí la puerta de una patada y empecé a correr hacia el puente y el río que intuía entre los árboles. Detrás de mí oí cómo se rompían ramas. La manada se aproximaba, pero si lograba llegar hasta el río, alcanzaría la carretera principal antes que ellos.

Había llegado a la linde del bosque cuando otro rayo iluminó los cien metros despejados hasta el puente. Me detuve de golpe. Tres seres ocupaban el centro. Estaba bastante seguro de que no me habían visto, así que me escondí detrás de un árbol y me asomé. Otro rayo. Tenían una bicicleta cada uno. Parecían del modelo Apache. El mayor llevaba una chaqueta de leñador. Daba la sensación de que hacían guardia. ¿Qué harían allí si no? Tuve que tomar una decisión apresurada.

La tomaron por mí.

Una serie de rayos me permitieron ver que un ser descendía de las alturas y aterrizaba en el puente. Era Jack. Los otros tres no parecían en absoluto sorprendidos por la repentina presencia entre ellos de un hombre desnudo y volador. Al contrario, enseguida empezaron a discutir, señalar y negar con la cabeza. Era evidente que los tres individuos estaban en el ajo y le estaban informando de que no me habían visto.

Ya podía olvidarme de cruzar el puente.

Miré hacia la izquierda, donde el río surgía del bosque a solo diez metros de distancia.

Tendría seis, tal vez ocho, metros de ancho, y parecía una musculosa boa constrictor en su recorrido intenso, retorcido, arrastrándose hacia el puente, igual que años atrás. A unos cincuenta metros el río tomaba una curva tras la que se podía cruzar a la otra orilla sin ser visto. Desde allí cien, puede que ciento cincuenta metros, me separaban de la carretera nacional, de un amable vecino del lugar que estuviera dando un paseo vespertino o de un camión maderero. De ponerme a salvo.

Oí voces a mis espaldas, la luz de una linterna bailó entre los árboles. Me deslicé hasta la orilla. Me preparé para el impacto helado y me dejé caer. El agua, que enseguida me envolvió, me pareció menos fría de lo que había esperado, tal vez por la carrera. Me tumbé boca arriba para flotar y me arrepentí de no haberme quitado la chaqueta del traje, que parecía tirar de mí hacia abajo. Al menos pude mantener el rostro sobre la superficie y respirar. La mirada capta el movimiento de manera instintiva, pero, si me quedaba así, inmóvil, tenía alguna esperanza de que no me descubrieran.

Observé el cielo, los rayos se sucedían a tal velocidad que parecía que hubiera tubos de neón tras las nubes. Las voces del puente se acercaban deprisa. No moví los ojos, me limité a quedarme así tumbado, rígido e inmóvil, como una estatua o un tronco de madera cualquiera. Apareció el puente y los cuatro que estaban sobre él entraron en mi campo de visión. Jack y el hombre de la cazadora de leñador discutían, mientras los otros dos se apoyaban en la barandilla para contemplar el fondo del río. Había algo familiar en sus rostros, en toda la situación, un recuerdo invertido en un espejo. Durante una fracción de segundo mi mirada se cruzó con la de uno de ellos. Mirarse en un espejo. Al pasar bajo el puente oí pasos de carrera por los tablones de madera, y al salir al otro lado volví a distinguir el mismo rostro. Esperé, pero no oí ninguna exclamación. Salió de mi campo de visión, y de nuevo solo contemplé un cielo negro con luces vibrantes. Puede que pensara que había visto algo, pero que llegara a la conclusión de que se trataba de un tronco.

Las voces se alejaron. El río dibujó una curva. Me puse boca abajo, me impulsé con cinco o seis intensas brazadas y alcancé la orilla. No logré agarrarme a nada que sirviera para sujetarme, solo hierba que arrancaba del fango y, de repente, me encontré de nuevo en el río, que me arrastró. Intenté deshacerme de la chaqueta pero no lo logré, y mi brazo derecho se quedó atrapado en la manga, pegado a mi espalda. Tragué agua, intenté pisar el fondo, pero el zapato se enganchó en una raíz o el agua me arrastró. Una idea descabellada, casi cómica, se me pasó por la cabeza: que me iba a ahogar. Que iba a desaparecer y nunca me encontrarían. Entonces recordé el dicho: «Quien nace para

morir ahorcado nunca morirá ahogado». Saqué el pie del zapato de un tirón y el brazo de la chaqueta, y pude subir a la superficie. Nadé hasta la orilla, me impulsé y logré aferrarme a tronco fino que flotaba en el río. Por unos instantes me quedé quieto y sentí lo agotado que estaba. Me recompuse e hice acopio de mis últimas fuerzas para impulsarme hasta la orilla. Me quedé tumbado boca arriba respirando. A la escucha.

Nada. Ni una voz. Tampoco tráfico en la carretera nacional. Los truenos retumbaron más lejanos, la lluvia había cesado, solo susurraba y se arrastraba por los árboles. Pude ponerme de pie.

Desde un pequeño montículo en la orilla del río vi la cabina telefónica. Seguía allí. Y también la carretera, iluminada y vacía. Me dio un vuelco el corazón. Al final del largo tramo recto vi aproximarse dos faros. Anduve a duras penas hacia el camino, notando que las piernas no iban a sostenerme mucho más. Las luces se acercaron y brillaron sobre el asfalto. Me obligué a correr. En cuanto llegué caí cuan largo era. Logré ponerme de rodillas y agitar los brazos mientras cerraba los ojos ante la luz deslumbrante. El vehículo soltó varios sonidos parecidos a gemidos al frenar, y después oí un toque de claxon que retumbó en las profundidades del paisaje.

Había oído ese pitido antes. Era el camión de los bomberos.

Estaba a cincuenta metros de mí.

Me levanté otra vez.

Las puertas se abrieron y bajaron de un salto. Los reconocí enseguida. Eran Frank, con todo su equipamiento rojo de bombero, el inspector McClelland, de uniforme, y Jenny.

—¡Hola! —grité—. ¡Dios mío, cómo me alegro! Yo…

Me detuve al ver que eran más.

La señora Zimmer, de la biblioteca. ¿El director y la señora Monroe de Lieps? Y Lucas, el conserje.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿De dónde venís? —grité.

No obtuve respuesta. Su expresión indiferente y aquella manera mecánica de moverse… El último en bajarse del camión fue Feihta Rice, que hizo oscilar el bastón y se encaminó hacia mí con paso

rígido, como un perro viejo y ciego que hubiera olfateado el aroma de su cena.

Me giré y, allí, en el montículo, detrás de la cabina, estaba la manada, inmóvil y amenazante, como guerreros indios en una vieja película del Oeste. Se me cerró la garganta, solo quería tirarme al suelo y llorar. Puede que fueran los restos de mi instinto de supervivencia los que me llevaron a dirigirme, tambaleándome más que corriendo, hasta la cabina, meterme y atrancar la pesada puerta. Cerré los ojos y seguí agarrando el tirador. Pasos y voces murmurantes se aproximaban. Alguien tiró de la puerta, pero pude mantenerla firme. Mordiscos y gruñidos, como si se tratara de una manada de lobos hambrientos. Tiraron con más fuerza esta vez. Abrí los ojos. Sus rostros se aplastaban contra el cristal en torno a la cabina; una galería de personajes que una vez había conocido. Solo faltaban dos, Karen e Imu.

—Mamá —susurré—. ¿Dónde estás? Papá…

El teléfono sonó.

Clavé los talones en el suelo rugoso de la cabina y me eché hacia atrás, tiré de la puerta con todas mis fuerzas, pero se fue abriendo centímetro a centímetro. El teléfono parecía sonar cada vez más alto.

—¡N-n-no te lo comas todo! —gritó una voz en el exterior—. Y-y-yo también quiero.

Levanté el auricular. Lo presioné contra la oreja con una mano mientras intentaba sujetar la puerta con la otra.

—¿Sí? —susurré.

—Déjate llevar —susurró una voz femenina y suave—. Déjate llevar, Richard, y ven conmigo.

—Pero…

En ese instante sentí que el auricular me mordía un poco, casi juguetón, en el lóbulo de la oreja. Intenté apartarlo, pero se había atascado. Abrí la boca para decir algo, pero sentí que me agarraba de la lengua y tiraba de ella. Estaba atrapada en las perforaciones del auricular y parecía que los agujeritos la consumían. Fue rápido. Muy pronto mi cabeza habría desaparecido. Resultaba extrañamente indoloro, ya no sentía miedo alguno. Solté la puerta. Me dejé llevar.

TERCERA PARTE

29

Luz.

No mucha, pero estaba allí, en el exterior de mis párpados.

—Se está despertando. —La voz sonaba muy lejana.

Abrí los ojos.

El rostro de una mujer mayor, enmarcado en azul claro, me miraba desde arriba. Sonrió.

—¿Cómo te sientes?

Intenté decir algo, pero sentía la lengua trabada.

—¿Un poco desconcertado? —preguntó ella. Llevaba un gorro de plástico azul claro e iba vestida de pies a cabeza de ese color.

Asentí.

—Toma, agua. —Me ofreció un vaso—. Deberías beber un poco.

Di un trago. Sabía amarga, como si diluyera mi saliva reseca. El segundo trago me supo mejor.

—¿Recuerdas algo? –preguntó, y cogió el vaso.

—Recuerdo ser devorado por un teléfono —dije—. Desde dos extremos de la cabeza.

Se rio.

—Sería por esto. —Levantó algo de la mesa que tenía detrás. Parecían unos cascos con cables, solo que con diodos metálicos en lugar de altavoces—. Estaban sujetos a tu frente y tus sienes. ¿Lo recuerdas ahora?

Negué con la cabeza.

—Es muy normal que tengas lagunas de la memoria cuando te has sometido a la TEC.

—¿TEC?

—Terapia electroconvulsiva. —Un par de canas asomaban de su gorro.

—¿Me han practicado… electrochoques?

—Sí, no lo notaste. Estabas bajo los efectos de la anestesia general.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital de Ballantyne.

—No hay ningún hospital en Ballantyne.

—No existe ningún *lugar* que se llame Ballantyne, Richard. Nuestro hospital lleva, ya lo sabes, el nombre de Robert Willingstad Ballantyne. Lo recuerdas ¿o en este momento no lo tienes presente? —Me dio unas palmaditas en la mano—. Ya te acordarás.

Pestañeé. Estaba desconcertado, mi memoria parecía envuelta en una niebla matinal, pero sentía el sol, como si pronto fuera a quemar una parte del velo.

—¿Conozco a ese tal Robert?

—No, murió hace mucho.

—Entonces ¿por qué debería recordar su nombre?

—Bueno, porque has estado aquí… mucho tiempo.

—¿Ah sí? ¿Cuánto?

Tuve que esperar a que reprimiera un estornudo antes de responderme. Cuando volvió a sonreír fue con un halo de tristeza.

—Quince años.

Me duché y me cambié de ropa en mi habitación. Era sencilla. Una cama, un escritorio, un armario y un cuarto de baño. Una habitación de hotel, en realidad. Las lagunas de mi memoria empezaban a llenarse. Entre otras cosas, ahora recordaba que me aplicaban el tratamiento TEC *para* que olvidara. No todo, solo algo muy concreto, un recuerdo traumático, lo llaman. El tratamiento parecía funcionar. A pesar de que recordaba cuanto me rodeaba, lo que había hecho el día anterior, lo que haría más tarde, no fui capaz de revivir nada de ese supuesto recuerdo traumático. Miré por la ventana. El sol brillaba en un cielo azul sobre un paisaje despejado, ondulante, con praderas verdes que se extendían entre edificios de cemento hasta la linde de un bosque de árboles frondosos. Desde mi posición parecía más un campus universitario que un hospital. Me resultaba familiar, claro que

sí. Al fin y al cabo, había vivido ahí durante quince años. ¿Qué era todo lo otro que también creía recordar? El teléfono que engullía a un compañero de clase que nunca había tenido. Los recreos con esa chica en la azotea de un colegio al que nunca había asistido. La vieja casa en un bosque que nunca había visto. El hombre de un vertedero de basura donde nunca había estado. ¿Todo eso no había sido más que un sueño? ¿O los restos de una psicosis con alucinaciones? Tal vez había estado allí, tal vez era ese el recuerdo que se esforzaban por borrar.

De camino a la cafetería para almorzar me encontré con el conserje, que estaba cambiando una bombilla del ascensor.

—Tiene buen aspecto, señor Jonasson —dijo.

El conserje de la residencia del hospital se había dirigido a mí con ese «señor» desde que llegué siendo un adolescente. Lo consideré una mezcla de broma bienintencionada y profesionalidad, no le había pedido que utilizara mi nombre de pila.

—Gracias, Lucas —dije—. ¿Qué estás leyendo ahora?

—*La broma infinita*, de Foster Wallace —dijo. Siempre estaba leyendo algo, y a veces me prestaba sus libros.

—¿Me lo recomiendas?

Lucas miró pensativo la bombilla fundida.

—Sí y no. Puede que le aconseje otro, señor Jonasson.

En la cafetería me serví arroz frito.

—Hoy está rico, pero ten cuidado —me dijo el cocinero, que solía ser de pocas palabras, con un marcado acento checo, desde detrás de la barra.

Supuse que se había dado cuenta de que me había servido más de lo habitual, porque había que estar en ayunas antes de una anestesia general. Sonreí.

—Gracias por la advertencia, Victor.

Muchos de los pacientes que reciben medicación para prevenir la psicosis engordan. El cerebro y el cuerpo piden más, mucho después de que sus necesidades estén cubiertas. Como Jack, que sube y baja de peso, en función de la medicación que le estén suministrando. Yo no he tenido ese problema, por suerte, tal vez porque como según un

método matemático. Me sirvo lo que sé que el cuerpo necesita, no lo que intenta convencerme de que ingiera. No es que oiga voces, eso les pasa a muchos de mis compañeros, pacientes con un diagnóstico de esquizofrenia. Sé que debo tener controlados mis pensamientos y mi cuerpo; fue una de las cosas que aprendí cuando empecé con la terapia cognitivo conductual, la TCC.

Me llevé la bandeja a una mesa libre que Vanessa estaba terminando de limpiar.

—Adelante —dijo con la misma entonación y acento que Victor.

Tal vez fue ese el motivo por el que la contrató dos años antes, para poder hablar con alguien en su idioma. Comí despacio y pensé en mi sesión de terapia a la una, mientras contemplaba las hectáreas bien cuidadas de césped y bosque que nos rodeaban.

—¿E-e-está libre?

Levanté la vista.

—Claro.

Tom dejó su bandeja delante de la mía y apartó la silla.

—¿E-e-electrochoque?

—Sí. ¿Cómo sabes…?

Se señaló las sienes.

—Lo veo. Afeitan el cabello donde colocan los electrodos.

Asentí con un movimiento de la cabeza. Tom era con toda probabilidad el paciente de la sección que había recibido más tratamientos TEC. No los aplicaban salvo que tuvieras una psicosis y otros recursos como medicinas y terapia no funcionaran. Parece ser que a Tom lo habían sometido a descargas eléctricas en la época en la que se hacía sin anestesia, y me lo había contado con tanto detalle que había tenido pesadillas las noches anteriores a mi primer TEC.

—Creí que no estabas psicótico —dijo Tom—. ¿No hablaban de darte el alta?

Asentí. Era cierto, estaba mejor. Mucho mejor. La gente cree que los esquizofrénicos no pueden curarse. La realidad es que la mayoría de los que reciben tratamiento mejoran. Algunos mejoran mucho. Incluso hay quien deja de tener síntomas. Eso no quiere decir que la enfermedad no pueda volver a asomar su fea jeta, pero como dice mi

terapeuta: «Cada día bueno es un regalo, da igual que seas paciente o presidente».

—Es por TEPT, no por psicosis —dije.

—TEPT. Yo también lo tengo.

Tom lo dijo rápido, casi orgulloso, como si fuera un título honorario. Y en cierto modo lo era. En un lugar en el que todo está centrado en la enfermedad a diario, acabas por competir por tener el diagnóstico más interesante, infrecuente o peor posible. Puestos a estar jodidos, mejor estar jodido del todo. No es que el TEPT, trastorno de estrés postraumático, sea raro entre los esquizofrénicos. Las investigaciones han desvelado que la gente que ha sufrido traumas —guerras, violencia o abusos seguidos de TEPT— tiene más predisposición a desarrollar esquizofrenia. He leído un estudio de asociación del genoma completo que muestra que los genes que se asocian al TEPT se solapan con genes que aumentan el riesgo de padecer esquizofrenia tal y como se define en el sistema de diagnóstico del DMS-5, el *Manual diagnóstico y estadístico de trastornos mentales*. En definitiva, llegué a la conclusión de que, si experimentas un trauma serio, combinado con la presencia de esquizofrenia en la familia, tienes un mal pronóstico. Y esa conclusión no la baso solo en lecturas.

—Han empezado a utilizar electrochoques para eliminar recuerdos traumáticos.

—E-e-estás de broma —dijo Tom.

—No, no lo está —terció Jack, que en su versión esbelta y poco medicada se sentó con nosotros—. Hace ya casi diez años que lo hacen. Primero con ratas, ahora con personas. Somos iguales, ya sabes. ¿Cuántos tratamientos has pasado?

—Cuatro —contesté.

—¿Funciona?

—No me acuerdo.

Los otros dos se echaron a reír.

—No, supongo que no puedes recordar qué es lo que has olvidado —dijo Jack mientras comía un gran plato de arroz frito.

—Es broma —dije—. Lo recuerdo. Está a punto de disolverse, de

desaparecer…

Hurgué en la comida. Vi que Jack parecía inquieto.

—¿Como qué? —dijo. Porque del mismo modo que Jack no soportaba partidas de ajedrez a medias o la falta de simetría, no podía sufrir las frases a medias.

—Niebla matinal —respondí, y noté que se tranquilizaba.

Jack afirmaba que no era esquizofrénico, sino esquizotípico, es decir, la versión más leve. Que por eso no padecía ni alucinaciones, ni desvaríos, ni paranoias, ni oía voces ni se volvía violento. Ni se transformaba, como Harry, en una estatua muda, inmóvil, que se limitaba a mirar al infinito. Al contrario, Jack agradecía la dosis adecuada de locura con la que estaba dotado y afirmaba que, tarde o temprano, lo convertirían en un pintor de fama mundial, un escritor o un coreógrafo, y que haría que todas las mujeres hermosas del mundo se postraran a sus pies. Las investigaciones mostraban, y eso podía documentarlo, que el diagnóstico esquizotípico no solo estaba muy vinculado a la creatividad y las dotes artísticas, sino también al atractivo en el mercado sentimental.

Después de almorzar me calcé las deportivas y salí a correr. Mi recorrido habitual pasaba por la parte de atrás del edificio principal, hasta el vetusto portón de hierro forjado con las iniciales AB. A los visitantes se les decía que correspondían a Ballantyne, pero los que llevábamos un tiempo residiendo allí sabíamos que correspondía a Asilo Ballantyne. Corrí durante diez o doce minutos por la carretera y después me adentré en el bosque dibujando una elipsis, de manera que fui a dar a la linde de la pradera de hierba que ascendía a la fachada del edificio principal. En el bosque me di cuenta de que no reconocía el entorno. No sentí miedo, sabía que tendría lagunas en la memoria tras el tratamiento TEC y que solían desaparecer al cabo de unos días. Al menos las partes que no queríamos *borrar*. Al salir del bosque y ver el edificio principal, por unos instantes terroríficos creí que había sufrido una recaída y que tenía alucinaciones.

Recordé, y mi pulso se normalizó.

El edificio era de un estilo que, por lo visto, se denomina gótico colegial, con una parte central de cuatro plantas y un ala de menor

altura a cada lado. El tejado de la parte más alta estaba rematado por una cornamenta. Algunos lo llamaban la Casa de la Noche porque muchos pacientes, yo entre ellos, cuando se despertaban sentían que los años que habían transcurrido desde su llegada solo habían sido un sueño. Era una construcción hermosa y acogedora bajo el sol brillante, pero, por alguna razón, me provocó un escalofrío. Puede que por algo que hubiera soñado bajo los efectos de la anestesia. Volví corriendo, me duché y me vestí para la sesión de terapia. Noté que se me aceleraba el corazón. Siempre me ocurría cuando iba a encontrarme con mi terapeuta.

—¿Cómo estás hoy, Richard?

—Bien.

—Me dicen que el TEC fue bien.

—Sí.

La terapeuta levantó la vista del cuaderno de notas, se apartó el flequillo corto de la frente y se quitó las gafas de leer. Estábamos, como siempre, solos en la sala de terapia, una estancia amplia y luminosa, amueblada como un salón acogedor. Toqueteó unos instantes la horquilla rosa que utilizaba para marcar las páginas y clavó los ojos, azules, en mí. Sonrió de esa manera que no solo ilumina, sino que te hace sentir que te ve, que te ve *solo* a ti. Creo que no hace falta ser esquizofrénico para alimentar ese tipo de desvarío. Enamorarse del terapeuta cuando pertenece al otro sexo, es de tu misma edad y no falto de atractivo, parece ser tan habitual que uno casi se pregunta qué le pasa al paciente que *no* se enamora. Karen Taylor cumplía con todos los requisitos, así que, por desgracia, el fallo no era mío. Estaba enamoradísimo. Tan atontado que a veces me permitía creer que el sentimiento era recíproco, que solo su integridad profesional la obligaba a reprimirse. Y eso a pesar de que era mi terapeuta desde hacía casi cuatro años, y que conocía los recovecos más sucios y repugnantes de las cloacas de mi mente. En mi defensa solo puedo argumentar que mi presunción es obra suya, es ella quien me ha dado la fe en que puedo ser amado tal y como soy. Bueno, el

caso es que me aferro a esa creencia, sea o no producto de mi imaginación, porque he experimentado la verdad de lo que reza el cuadro que cuelga de la pared, *Rich Are The Loved*. Más ricos, más alegres, más saludables.

—Fíjate en lo que has logrado —dijo ella—. ¿Recuerdas nuestros comienzos?

Asentí. Había sufrido retrocesos por el camino, claro, pero los avances resultaban indiscutibles. Era probable que tuviera que seguir medicado el resto de mi vida, aunque necesitaba dosis tan bajas que los efectos secundarios eran escasos. Karen, en colaboración con el director médico, había considerado que, si lograba borrar el recuerdo traumático que era la base de mi diagnóstico de TEPT, se reduciría aún más el riesgo de que volviera a sufrir un brote psicótico. En resumen: podían darme el alta.

¿Lo deseaba?

El dilema resultaba evidente. Había vivido allí desde la adolescencia, nunca había trabajado, no tenía estudios, nunca había tenido pareja ni había aprendido las reglas por las que se regía la sociedad. Había heredado algo de dinero de mi familia paterna, además de un piso que alquilaba, y por eso había podido optar a un hospital privado, el Ballantyne. ¿Para qué podía servir yo allí afuera? Había empezado a considerar el papel de paciente como mi trabajo, mi aportación a la sociedad. Creaba puestos laborales y me ofrecía para probar nuevos métodos en la batalla contra los peores aspectos de la esquizofrenia. Además, dicen que la calidad de una sociedad se mide por cómo cuidan de los más débiles y, para que eso pueda hacerse, alguien tiene que estar entre los más débiles, ¿no?

Sí, eso era racionalizar, claro, construir una realidad en la que la vida que yo llevaba tenía sentido; tenía sentido que me levantara por las mañanas, que me obligara a comer los alimentos que me ponían delante, que viviera un día más. Cuando analizaba con realismo el servicio que podía prestar en el exterior creía que tal vez fuera mejor que me quedara allí, que me dejara utilizar de ese modo. Mostrar a la psiquiatría cómo la terapia, combinada con un tratamiento TEC, puede emplearse para borrar recuerdos traumáticos que provocan

brotes psicóticos. Por explicarlo de manera muy simple: el método consistía en que yo contaba al detalle mi trauma y poco después me anestesiaban y me aplicaban una leve descarga eléctrica. Era importante que el método ya tuviera diez años, pero seguía habiendo muchas cosas que se ignoraban y no se podían explicar.

—Estuvimos aquí esta mañana, antes de tu tratamiento TEC —dijo Karen—. ¿Lo recuerdas?

—No —respondí—. Vi en mi cuarto que figuraba en el calendario, por eso lo sé. Sin embargo, recuerdo todo de ayer, de la semana pasada y de los últimos años. O eso me parece.

—¿Recuerdas algo de hoy, anterior a despertar de la anestesia?

—Sí —dije—. Mucho.

—¿Mucho? ¿Qué?

—Estuve en una fiesta de aniversario del colegio, posterior al incendio.

—¿Recuerdas haber ido a clase después del incendio?

—No, solo lo soñé.

—¿Lo dices para que no crea que has vuelto a tener alucinaciones?

—Que sea esquizofrénico no quiere decir que no sueñe, como todo el mundo.

Karen rio bajito.

—Bien, sigue.

Sabía que se fiaba de mí porque durante mucho tiempo le había demostrado que no mentía, que la invitaba a entrar en mi mente y la desnudaba ante ella. Ella decía que el autoengaño es una manera de protegerse del dolor, que mi sinceridad era un síntoma de que estaba más fuerte, más sano, que resistía más.

—Primero sueño que vivo en un pueblo pequeño al que me han enviado después de que mis padres fallezcan en un incendio. Allí, uno de mis compañeros de clase es devorado por un teléfono y otro se convierte en un insecto. Todos, salvo la chica de la que estoy enamorado, creen que la culpa es mía. Y… —Tragué saliva—. Tienen razón. *Es* culpa mía. Entonces, al final, salvo a la chica.

Vi que Karen anotaba algo. Aposté a que sería la palabra «culpa».

—¿Ese es todo el sueño? —preguntó.

—No. De repente han pasado quince años y soy un escritor que se ha inventado eso del teléfono y de los desaparecidos. En ese momento todo es una novela de intriga juvenil que se ha convertido en un gran éxito. He soñado que soñaba, ¿comprendes?

—*Un sueño en un sueño*, el poema de Edgar Allan Poe.

Sonreí. Le gustaban los libros, era una de las cosas que teníamos en común.

—Exacto. El caso es que han pasado quince años y vuelvo para la fiesta de aniversario de la clase. La noche se inicia con normalidad, pero poco a poco empiezan a suceder locuras y descubro que lo que he imaginado es verdad. O al menos yo lo vivo como si fuese real. Los demás, todos, vienen a por mí. Me quieren comer.

—¿Es un sueño dentro de un sueño o estás soñando un brote psicótico?

—No lo sé, yo lo veo desde dentro, todo parece veraz. En una ocasión me dijiste que soñar puede servir para que otros entiendan lo que es padecer alucinaciones.

—En parte sí. En el sueño y en las alucinaciones aceptamos la ausencia de leyes físicas; aceptamos las paradojas imposibles y las contradicciones.

—Así era, exacto. Solo que, en cierto modo, tenía sentido. Había una lógica, ¿sabes?

—¿Qué lógica?

—Que… —Me interrumpí. Había llegado a ese punto en mis pensamientos, pero no había ido más allá. Proseguí—: Que era culpa mía, a pesar de todo. Que todos iban detrás de mí porque era culpable.

—¿Qué es culpa tuya, Richard?

—Todo. —Oculté la cara entre las manos—. Sé que eso de que todos van detrás de mí es una manía persecutoria de manual, pero ¿no puede uno de vez en cuando ser *un poco* paranoico en sueños?

Estaba bastante seguro de que ella, en algún lugar de ese cuaderno, había anotado «esquizofrenia paranoide», que era mi primer diagnóstico.

—Sí —dijo Karen—. La mayoría tiene sueños paranoicos alguna vez.

—¿Tú también?

Esbozó una sonrisa, se quitó las gafas de ver de cerca y las limpió.

—¿Revisamos tu recuerdo traumático, Richard?

—Vale.

—No vamos a profundizar mucho, no queremos reavivarlo, solo vamos a comprobar si el último TEC de hoy ha borrado un poco más.

—Bien.

—¿Recuerdas el incendio? Sin extenderte.

El incendio. Tuve que pensar. Sabía que se trataba de un incendio, pero por un instante me quedé en blanco, cosa rara. Entonces caí en la cuenta.

—Prendimos fuego a la casa.

—¿En plural?

—Los gemelos y yo. Después huimos. Las raíces del roble nos persiguieron. Primero me salvó que la verja estuviera electrificada, así pude agarrarme. Pero perdí el contacto con el suelo y me vi arrastrado hacia el árbol. Por suerte, Frank y el agente Dale me rescataron.

—¿Frank y Dale? —preguntó Karen mientras tomaba notas.

—Sí.

—¿Eso es todo?

—Dijiste que querías la versión corta.

—Sí, y está bien —dijo, y vi la preocupación que ella creía ocultar a la perfección—. Solo que no era ese el incendio en el que estaba pensando.

—¿No? Ah, te refieres a cuando prendí fuego a los rastrojos, ¿ese junto al vertedero cuando vivía con Frank y Jenny?

—Frank y Jenny —repitió ella con calma, y solo una elevación casi imperceptible de los hombros revelaba que la había estresado un poco con esa última afirmación.

—Tranquila, Karen —dije—. No son alucinaciones, estoy contándote cosas de mis sueños. Porque solo tengo un ligero recuerdo de algo que tenga que ver con incendios en mis sueños.

Se oyó un golpecito cuando el bolígrafo se le cayó e impactó contra el suelo. Ella no pareció darse cuenta.

—¿Eso es cierto, Richard?

—¿Por qué iba a mentir? —La respuesta era evidente y cierta. Para darte una alegría a ti, Karen Taylor. Porque haría cualquier cosa por verte sonreír.

Me agaché, recogí el bolígrafo y se lo tendí. Relajó los hombros despacio mientras una sonrisa de… sí, de felicidad, afloraba en su rostro.

—¿Sabes una cosa, Richard? Creo que vamos bien. Creo que vamos *muy* bien. ¿Te importa esperar aquí mientras voy a buscar a los demás?

Asentí. «Los demás» eran el resto del equipo de terapeutas, psiquiatras y psicólogos que trabajaban codo a codo con los pacientes. Porque la mente humana, decían ellos, era demasiado compleja para pretender que una sola persona llegara a todas las conclusiones correctas.

Sus pasos se alejaron por el pasillo y vi el cuaderno de notas que había dejado en la silla. Era la primera vez. Sí, de hecho, nunca se había alejado de *mí* en ninguna de las sesiones que habíamos tenido en los últimos cuatro años. Eso ya era un indicio de que se trataba de un día importante. Me preguntaba qué iba a ocurrir a continuación, claro, pero sentía aún más curiosidad por saber qué había escrito Karen en ese cuaderno durante aquellos años. Porque era el mismo. Reconocía cada pliegue, cada sombra de la cubierta de piel marrón. ¿Cuántas veces había fantaseado yo con lo que había apuntado sobre mí en aquellas páginas? Una cosa eran los informes que transcribía en el ordenador tras cada sesión y que compartía. Eran solo profesionales, claro. Ese cuaderno era otra cosa, allí figuraban, con toda probabilidad, sus pensamientos inmediatos, personales, privados, sus reflexiones sobre los pacientes, ¿o no? ¿Habría desvelado sus verdaderos pensamientos por escrito?

Dudé un instante.

Me incliné, cogí el cuaderno de la silla, quité la horquilla rosa y empecé a pasar páginas. No es que esperara que figurara con todas las letras, como en el diario de una jovencita, del tipo *I love Kurt Cobain*. Sabía por experiencia propia que cuando uno anota así, sin pensar, acaban en el papel reflexiones inacabadas, muchas veces más

transparentes que las meditadas y bien redactadas. Por eso me sentí decepcionado cuando comprendí enseguida que las anotaciones reproducían el mismo estilo profesional que los informes definitivos que siempre me permitía leer si se lo solicitaba.

> Estado actual de R. J. aseado, responde bien al contacto formal e informal. Está orientado en el tiempo y el espacio. No hay indicio de tergiversaciones de la realidad ni de alucinaciones. Estado de ánimo ecuánime. Buena expresión verbal.

Leí varias páginas. El contenido me resultaba familiar, era como ver mis propias fotografías.

> 11 de abril, 11.15 horas. R. J. está relajado, resulta divertido y encantador al hablar de sus entrenamientos físicos. Al retomar el hilo de ayer y hablar de nuevo de su infancia, repite que tuvo una relación armoniosa y de cariño con su padre y su madre antes de que el progenitor enfermara. La expresión corporal y el tono de voz de R. J. son neutrales, están controlados, pero cambian cuando aludimos al incendio. Es una mejora con respecto a la fase inicial de la terapia (apartar la mirada, silencios prolongados, claros indicios de alucinaciones). El lenguaje corporal y la voz indican que sigue sometido a presión, pero en su descripción de lo acontecido con los padres, no tanto en el peligro al que estuvo sometido. No dudo de que el suceso fuera el factor desencadenante de muchos de los problemas de R. J. y que falta mucho trabajo por hacer en torno a ese trauma. ¿Es TEC una alternativa? Voy a proponer al equipo que volvamos a considerar la cuestión. Puede que R. J. logre contarnos lo acontecido con una nueva profundidad, ahora mismo parece que repite lo que ya ha dicho, con el mismo dolor, sin ganar perspectiva.

Al soltar el pasador que unía algunas de las páginas, cayeron dos folios doblados. Los abrí y vi que estaban escritos por las dos caras. El título era «El incendio». Leí las primeras frases y me sorprendió no reconocer su contenido ni tener recuerdo alguno de haberlas escrito. Porque era mi letra, sin duda. Sabía a lo que me arriesgaba. La terapia TEPT, los electrochoques, todo podía resultar inútil si leía eso ahora. Por otra parte, podría demostrar que había funcionado; si de verdad había borrado de mi memoria aquello de lo que renegaba solo podría

saberlo si lo leía.

Cerré los ojos. Tomé aire. Los abrí de nuevo.

El incendio

Cuando tenía trece años papá estaba tan enfermo que empecé a tenerle miedo. Antes también se había comportado de forma extraña durante algunos periodos, pero ahora padecía alucinaciones. Entre otras cosas, acusaba a mamá de organizar orgías en casa cuando él no estaba, de traer hombres y mujeres desconocidos de la calle y de venderles sus cosas. Para demostrarlo, mencionaba trajes, relojes, instrumentos musicales, radios e incluso coches que habían sido suyos y ahora habían desaparecido. Otros días podía pasarse horas inmóvil, mirando a la pared, sin decir una palabra ni comer nada, y eso casi era peor. Entonces temía haber perdido a mi padre. Mamá intentó que ingresaran a papá, pero su familia lo impidió, dijeron que otros miembros de la familia habían tenido las mismas «tendencias» excéntricas y se habían defendido bien en la vida, que solo necesitaba descansar. Un ingreso en un manicomio sería un deshonor, del todo innecesario, para la familia.

Una noche papá me despertó y me contó que unas voces le habían dicho que él y yo éramos hermanos siameses, que habíamos nacido unidos por la cadera y nos habían separado. La razón por la que yo parecía mucho más joven que él era que el gen del envejecimiento se encontraba en su lado del cuerpo, por eso yo envejecía mucho más despacio. Me enseñó una herida que tenía en la cadera para demostrármelo, y cuando dije que yo no tenía ninguna no me creyó, y me obligó a bajarme el pantalón del pijama para comprobarlo. Habíamos despertado a mamá y al entrar malinterpretó lo que vio. A pesar de que le conté de qué se trataba, que papá nunca, nunca me había puesto la mano encima, y desde luego no de ese modo, vi que ella dudaba.

Unos días más tarde mamá me contó que papá le había pegado y la había amenazado con un cuchillo. La policía se lo había llevado, pero lo dejarían en libertad si no lo denunciaba. Mi abuela se lo había desaconsejado, y casi la había amenazado. El acuerdo al que habían llegado era que mi padre se iría a vivir con ella y el abuelo y permanecería alejado de casa hasta que se encontrara un poco mejor.

Mamá cambió la cerradura de nuestro piso y, cuando le pregunté por qué, dijo que papá nunca mejoraría, solo había que fijarse en sus dos tíos. Cuando le pregunté qué les había pasado me dijo que era mejor que no lo supiera.

Al día siguiente papá vino a nuestra casa. Entró al portal con su llave. Cuando llegó a nuestro piso, en la novena planta, y se dio cuenta de que habían cambiado la cerradura, se enfureció y empezó a golpear la puerta.

—¡Sé que estáis ahí dentro! —berreó—. ¡Abrid! Richard, ¿me oyes?

Mamá y yo estábamos en la cocina, junto al recibidor. Ella me rodeaba con los brazos, me tapaba la boca con la mano.

—No respondas —sollozó.

Él siguió dando golpes.

—¡Sé que tu madre no quiere dejarme entrar, pero tú, Richard, tienes que hacerlo! ¡Eres sangre de mi sangre! ¡Este es mi hogar, lo creé para nosotros!

Quise zafarme, pero mamá me agarró bien. Al cabo de diez minutos de golpes, patadas y gritos, la voz de mi padre se tiñó de llanto.

—¡Basura! —clamó—. Richard, eres basura. Tu madre arderá en el infierno y no podrás hacer nada para evitarlo. Porque eres pequeño, débil y cobarde. Eres basura. ¿Me oyes? Eres basura. Y vas a abrir la puerta.

Transcurrió cerca de media hora hasta que oímos los pasos de papá y sus maldiciones alejarse por el pasillo.

Mamá llamó a la abuela y le contó lo que había sucedido. Ella dijo que conseguiría medicación a través del médico de la familia; sabía bien lo que le ocurría a papá y ella se ocuparía de cuidar de su niño.

Pasaron solo un par de días y papá volvió a aparecer en la puerta.

—¡Los dos arderéis! El piso es mío y el chico es sangre de mi sangre. ¡Sangre de mi sangre!

Por fin salieron dos vecinos de sus casas, oímos sus voces en el rellano. Lograron calmar a papá y lo condujeron a la calle, vi desde la ventana cómo cruzaba la acera. Parecía muy pequeño y solo allí abajo.

Esa noche tuve pesadillas. En el sueño yo no era una persona, solo era una protuberancia de la espalda de mi padre. Lo raro era que cuando dábamos golpes a la puerta e insultábamos a mamá, yo también lo hacía. Sentía su desesperación, su ira y miedo. Puede que fuera porque amaba y admiraba a mi padre más que a nada en el mundo, a pesar de que también quería a mi madre. Es difícil saber cuál era el objeto de mi admiración. Papá era un hombre corriente, un esforzado vendedor de seguros sin ningún talento especial, salvo llevarse dos dedos a la boca y silbar más alto que nadie. Es cierto que papá procedía de una familia acomodada, pero creo que estaban algo desencantados con él. Para mí, papá no dejaba de ser la persona de la que yo deseaba más atención y aprobación. Por eso siempre, y sin protestar, obedecía a su más mínimo gesto. «Un perro bien educado», solía decir mamá. Puede haber otro motivo por el que, al menos en sueños, tomé partido por papá a pesar de que, sin duda, era el bando equivocado. Porque mamá le había sido infiel, y yo lo sabía. El año anterior había tenido una aventura con su jefe. Los dos trabajaban en la biblioteca al lado del colegio. Un chico de clase los había visto besándose entre las estanterías, y dijo que mi madre era una puta. Le pegué y me mandaron a la temida puerta roja, la del despacho del director. No pasaba nada, me quedé sentado, fingí escuchar mientras me echaba la bronca, guardé silencio. Tampoco dije nada a papá al llegar a casa. A mamá sí le conté lo que decían en el colegio; se echó a llorar y admitió que ella y su jefe habían mantenido una relación, pero que ya había acabado. Como si quisiera probarlo, al día siguiente anunció durante la cena que había dejado el trabajo, algo que sorprendió a papá. Parecía complacido. Añadió, a modo de consuelo, que lo

importante era que trabajara en algo que le satisficiera. Ella sonrió y yo bajé la cabeza, seguí masticando y resistí el impulso de rodear a papá con mis brazos.

La noche en que papá prendió fuego al piso, yo estaba tumbado en mi cama y escuchaba los sonidos de la ciudad. Las sirenas de los coches de policía me encantaban. Esa nota que subía y bajaba, casi una queja que me emocionaba, porque anunciaba que algo dramático, excitante, había sucedido. A la vez era un sonido tranquilizador, porque estaban en ello, todo se arreglaría, alguien estaba pendiente. Yo también quería estar atento, quería convertirme en policía, a poder ser agente del FBI, con un coche patrulla, una luz azul en el techo y una sirena que acunara a los ciudadanos.

Desperté y, en un primer momento, creí que se trataba de una sirena, pero después comprendí que era el teléfono del recibidor.

Me quedé un rato tumbado y luego me di cuenta de que mamá no iba a contestar. Tal vez fuera por las pastillas para dormir que le había recetado el médico después de que echara a papá. Dejó de sonar y estaba a punto de quedarme dormido cuando empezó de nuevo. Me latía el corazón porque sabía quién era. Me levanté, salí de puntillas al recibidor para evitar que toda la planta del pie tocara el suelo helado. Respondí.

—¿Diga? —dije bajito.

Oí que alguien tomaba aire.

—Richard, hijo mío. —Era la voz clara, casi femenina, de papá—. Quieres abrir la puerta.

—¿Abrir la puerta?

—Quiero entrar. Tú quieres abrir la puerta.

—Papá…

—Chitón. Eres mi chico. Eres sangre de mi sangre y harás lo que yo te diga.

—Pero…

—Nada de peros. Estoy curado, mamá no lo entiende, no quiere escucharme. Tengo que hablar con ella para que comprenda que nosotros tres debemos estar juntos. Somos una familia, ¿no?

—Sí, papá.

—¿Sí, papá…?

—Sí, papá, somos una familia.

—Bien. Abre la puerta y vete a dormir. Cuando despiertes mañana por la mañana, mamá y yo nos habremos reconciliado y desayunaremos todos juntos. Todo volverá a ser como antes.

—Pero tú…

—He tomado medicinas, mi cabeza se ha calmado, estoy curado. Abre la puerta y vete a dormir ya, Richard. Mañana tienes colegio.

Cerré los ojos. Imaginé ese desayuno. Desde mi silla, junto a la mesa de la cocina, veía el edificio al otro lado de la calle, el sol de la mañana que aún se escondía, rodeado de un aura. Mientras tanto, mamá y papá intercambiaban

frases cortas sobre cuestiones prácticas, coordinaban las tareas del día. Familia. Amor. Seguridad. Estructura. Sentido.

Solo recuerdo estar tumbado en la cama. Desperté de un sueño. Mamá, papá y yo íbamos en coche por un paisaje boscoso y llano, camino de la cárcel para visitar a uno de los tíos de papá. Era una carretera polvorienta, el parabrisas estaba sucio y olía a limpiacristales. Yo escuchaba tumbado en la cama. Seguía oliendo al producto para limpiar el parabrisas, y oí el sonido de algo, puede que fuera una silla, que volcaba y se caía. Me deslicé de la cama y salí al pasillo. El olor a alcohol era intenso y bajo mis pies desnudos el parquet estaba mojado y pegajoso. La puerta del dormitorio de mamá estaba entreabierta y del interior salía luz. Me acerqué de puntillas y miré dentro.

En efecto, en el suelo había una silla volcada. Encima colgaba mamá. Inmóvil. Bueno, giraba despacio mientras sus pies desnudos parecían estirarse hacia el pavimento en busca de apoyo. El camisón, blanco y empapado, goteaba sobre el suelo: ploc, ploc, ploc. Su cuerpo oscilaba de manera que primero vi la espalda y las manos atadas. Luego giró hacia mí y levanté la vista. El cabello estaba pegado al rostro, como si hubiera llovido. La boca cubierta de cinta aislante plateada. Los ojos abiertos, pero supe que no veía nada, a pesar de que miraba al frente. La cuerda que le rodeaba el cuello pasaba por el mismo gancho del que colgaba la lámpara de techo. Yo, que nunca había visto un cadáver, lo supe con la misma seguridad que me sabía vivo: mamá estaba muerta. Se me cerró la garganta, pero me forcé a hablar cuando vi la pequeña llama amarilla:

—No, papá, no lo hagas.

Mi padre, que estaba de pie junto a mi madre, se dio la vuelta despacio y me miró con aire sonámbulo. Una sonrisa beatífica apareció en su rostro.

–Te lo dije, hijo mío. Si quieres matarlos de verdad, tienes que hacerlo dos veces. Si no, regresan.

Levantó el encendedor para que la llama rozara el borde del camisón de mi madre. Una llamarada suave hizo el mismo ruido que si alguien inhalara todo el aire de la habitación. Mi madre ardía. Apenas pude distinguirla. Gotas de fuego caían al suelo, que también prendió. Retrocedí y observé las llamas que se arrastraban hacia mí por los senderos de alcohol; dedos largos, amarillos y azules. No quería irme, quería entrar, coger el edredón y rodear a mamá con él, ahogar el fuego y apagarlo.

Pero el cuerpo no me obedecía. Mi padre tenía razón, como siempre. Yo era cobarde. Débil. Basura. Di marcha atrás. Me alejé de la puerta, retrocedí por el pasillo, seguido por las llamas hambrientas, hasta que pude abrir la puerta de mi habitación, entrar y dejarlo todo fuera. Después me llevé las manos a los oídos, cerré los ojos con fuerza y grité.

No sé cuánto tiempo permanecí así. Al sentir la oleada de calor contra el rostro y el cuerpo abrí los ojos y vi a papá en el umbral. El pasillo estaba en llamas. Dejé de gritar, pero el grito prosiguió, y me llevó un instante

comprender que no era un grito, sino la alarma de incendio. Mi padre entró y cerró la puerta, se arrodilló ante mí y me puso las manos sobre los hombros. Allí afuera la alarma pasó de ser un alarido continuo a lanzar aullidos intermitentes. Entre los aullidos se oían las llamas, un chisporroteo que iba en aumento, miles de larvas consumiendo un cadáver.

—Había que hacerlo así —dijo mi padre con voz suave, la que empleaba para explicarme por qué debía dejar que el médico del colegio me pusiera una inyección o para decirme que no me podía llevar al cineclub a ver *La noche de los muertos vivientes* porque mi madre no quería—. Lo dicen las voces, y ellas saben qué es mejor. ¿Comprendes?

Asentí. No porque comprendiera, sino porque no quería que el creyera que no lo entendía, que no estaba de su parte. Papá me acercó a él.

—¿Oyes las voces? —me susurró al oído.

No supe si debía asentir o negar. A lo lejos sonaba algo, entre aullido y aullido de la alarma de incendios. No eran voces, sino sirenas.

—¿Las oyes? —repitió y me zarandeó con suavidad.

—¿Qué dicen?

—¿No lo oyes? Dicen que debemos alejarnos volando. Tú y yo vamos a volar… dos luciérnagas.

—¿Adónde? —pregunté, e intenté reprimir el llanto que se abría paso entre el pecho y la garganta.

Mi padre tosió. Después se puso de pie y fue hacia la ventana.

Apartó las cortinas y la abrió. Noté una corriente de aire frío nocturno en el rostro, como si el piso hubiera contenido la respiración. Miró hacia el cielo.

—No puedes verlo porque estamos en la ciudad —dijo—. ¿Sabes una cosa, Richard? Allí arriba vuelan millones de nosotros. Luciérnagas petrificadas en el tiempo. Estrellas. Lucen y nos muestran el camino. Nadie las puede atrapar. Ven.

Se había subido al marco de la ventana y se había puesto en cuclillas. Me tendió la mano. Yo me quedé de pie junto a la puerta.

—¡Ven! —me gritó.

Obedecí y al instante percibí que su voz había cambiado, que tenía un filo metálico. Me agarró de la mano y me subió con él al alfeizar. Estábamos allí en cuclillas, cada uno a un lado del marco, asomando la cabeza, y él sujetaba mi mano con firmeza. Si uno de nosotros se inclinaba un poco hacia delante o se caía, el otro iría detrás. O volaría. Las sirenas estaban más cerca y vi que en la calle se había reunido una muchedumbre; no dejaba de salir gente de nuestro portal. Al levantar la vista me pareció que sí podía ver estrellas, estrellas que bailaban en el cielo. Su mano era tan cálida en torno a la mía… Parecía irreal, como si todo fuera un sueño.

—¿No es hermoso? —preguntó mi padre.

No respondí.

—Contaré hasta tres y volaremos —dijo—. ¿Estás preparado? Uno…

—Papá, por favor —susurré—, no me agarres tan fuerte de la mano.

—¿Por qué no? Tenemos que mantenernos unidos.

—No seré capaz de volar si no me sueltas un poco.

—¿Quién dice eso? –replicó, y en lugar de soltarme noté que me apretaba con más fuerza.

—Las voces —dije—. Lo dicen las voces. Las voces sabrán lo que dicen, ¿no?

Me observó largo rato.

—Dos —dijo con voz neutra inclinándose hacia delante.

Esto no es ningún sueño, pensé. Está ocurriendo. Vamos a caernos.

—Tres –dijo, y sentí que su mano grande y caliente aflojaba un poco la mía.

Me solté de un tirón y me agarré al marco; vi que papá giraba la cabeza hacia mí. Su rostro expresaba sorpresa. Luego desapareció.

Durante unos segundos estuve pendiente de su cuerpo, que se deslizaba en silencio ante la fachada. La oscuridad lo engulló hasta que volvió a ser visible a la luz de las ventanas. La alarma de incendios había enmudecido y yo escuchaba el canto de las sirenas de los camiones de bomberos: «Vamos para allá, vamos para allá». No oí el impacto del cuerpo de mi padre contra el asfalto, ahí abajo, solo el grito de la multitud. Más voces cuando me descubrieron en la ventana del noveno piso. Ignoro cuánto tiempo estuve esperando allí arriba, en el marco de la ventana, pero cuando el camión de bomberos llegó, abrieron la lona justo debajo y gritaron que debía saltar. Mi cama ya ardía. Desde abajo me llamaban al unísono, como un panegírico:

«Salta, salta, salta».

Salté.

Ahí se acababa.

Leí otra vez las primeras frases, busqué algo que no hallé. No encontré al extraño que había pasado por esa experiencia o que la había inventado. Seguía sin despertar en mí recuerdo alguno. ¿Quería decir entonces que estaba curado, que había sanado de la misma manera en que uno puede mejorar tras una amputación?

Sí, sentía que así era. Pero ¿estaba seguro?

Oí pasos. Prendí el pasador, cerré el cuaderno y volví a dejarlo sobre la silla.

—¡Richard! —exclamó sonriendo el doctor Rossi, el jefe de sección.

Me cogió las manos, como si fuéramos muy amigos. No era tan descabellado, si tenemos en cuenta que había estado en el Ballantyne ocho de los quince años que yo llevaba allí, pero yo prefería mantener

cierta distancia. Rossi, por su parte, era favorable a acortar la distancia entre médico y paciente. «Si las personas son buenas, no hay ningún peligro en entablar una relación personal», solía decir. Supongo que es más fácil afirmar tal cosa y ponerla en práctica si uno ejerce en un sitio como Ballantyne, con tantos recursos por paciente.

Tras él llegaron Karen y Dale. Dale era psicólogo e investigador en la universidad. Estaba especializado en los tratamientos TEC para eliminar los recuerdos traumáticos de los pacientes con TEPT y hacía mi seguimiento y el de otros dos pacientes que recibían la misma cura en Ballantyne. Dale iba, al contrario que Rossi, impecablemente vestido, como era su costumbre, con un traje oscuro a juego con su tupida cabellera de un negro casi azabache.

—Me han contado que hacemos tan buen trabajo que corremos el riesgo de perderte —dijo Rossi acomodándose en una de las tres sillas que había frente a mí.

Luego se reclinó y cruzó las piernas, enfundadas en unos vaqueros gastados y rematadas por unas zapatillas Nike vintage. Rossi era de los que llevaban sudaderas de su etapa universitaria y decoraba su despacho con reliquias de su juventud, como la figura de Luke Skywalker, la edición original, o la primera edición enmarcada de *La Cosa del pantano*, la que muestra a un gran murciélago furioso en la portada. Era probable que albergara la esperanza de que le hiciera parecer juvenil, accesible y encantador. Un día que Rossi me dejó esperándolo en su despacho, consideré la posibilidad de robar una de sus reliquias, solo para fastidiarle.

—Eso está por ver —dije, y miré de reojo a Dale, que también se había sentado. Mantenía la espalda muy recta y se limitó a asentir con un movimiento de la cabeza.

—Tiene un aspecto prometedor —dijo—. Si te damos el alta, me gustaría poder seguir tu evolución.

—Richard promete, sí, pero no debemos adelantar acontecimientos —dijo Rossi—. Llegaste a este lugar tras una tragedia familiar y has permanecido aquí desde entonces. No has participado en la vida del mundo exterior, y no podemos asegurar que la transición no resulte problemática.

—Institucionalizado —dije.

—Eh… Sí, claro. Habíamos pensado proponer que empieces pasando dos días por semana en el exterior, y después iremos incrementando si todo va bien. ¿Qué opinas, Richard?

Yo había estado bien el tiempo suficiente para que tuviera derecho a expresar mi opinión al respecto.

—Irá bien… —dije, y esperé que no se hubiera dado cuenta de que había estado a punto de terminar la frase con «Oscar».

A Rossi le gustaba que empleáramos su nombre de pila, pero no sé por qué yo era incapaz de hacerlo. Salvo que no solo fuera por aquello de mantener las distancias, sino por la manera en que le había visto mirar a Karen.

—Estupendo —dijo Rossi, y juntó las manos—. Veamos los resultados y tu evolución, y hablemos de tu medicación y de la terapia de ahora en adelante.

Por supuesto que no íbamos a discutir el tema, pero los pacientes colaboraban de mejor grado si tenían la sensación de haber participado en la toma de decisiones.

—Te echaremos de menos —dijo Karen mientras recorríamos el sendero camino del bosque.

Dale y Rossi se habían marchado y Karen me dijo que tenía una pequeña sorpresa para mí, una especie de regalo de despedida.

—Solo me voy a ausentar dos días a la semana —dije.

—Pues yo te echaré en falta dos días a la semana —respondió sonriendo.

En efecto, me había dado cuenta de que había dicho *yo*, no *nosotros*, en esa última frase. Podía ser un despiste, claro. Si era o no un lapsus freudiano no tenía importancia. Ella era la terapeuta y yo el paciente, las reglas éticas de la psiquiatría nunca permitirían que fuéramos uno. Salvo en mi imaginación. Si algo se me daba bien era fantasear.

—¿Tienes miedo?

—¿De la vida en el exterior? —Noté que instintivamente imitaba la voz cultivada de Oscar Rossi, su entonación de clase alta—. Ya lo he

probado antes. Y fue bien. A temporadas. El problema es…

—¿Sí?

Me encogí de hombros.

—No tengo nada productivo que hacer. No existo en un contexto. Al ser un paciente al menos formo parte de una maquinaria.

—He pensado en eso.

—¿Sí?

—Todos necesitamos hacer algo que nos permita sentir que aportamos alguna cosa al mundo. —Saludó con la mano al viejo jardinero, Feihta, que iba sentado cual rey en el cortacésped japonés que vibraba mientras recorría el prado, pero no nos vio—. Sé que tú puedes aportar algo más como miembro activo que como paciente.

—¿Qué, si puede saberse?

Seguimos el sendero para entrar en el bosque. La luz del sol se filtraba entre las hojas de los árboles.

—¿Recuerdas que antes de que empezáramos el tratamiento TEC te pedí que anotaras tu recuerdo traumático con todo detalle?

—No, ¿debería?

—Casi mejor que no lo recuerdes. Lo hice para que, al repasarlo antes de cada tratamiento, no nos dejáramos nada, que no hubiera algo que después pudiera conducir tu memoria de vuelta al recuerdo. Al leer lo que habías escrito, descubrí otra cosa.

—¿Ah sí?

—Te gusta escribir.

—¿Qué quieres decir?

—No era solo un informe de lo que había sucedido. No sé si lo habías planificado u ocurrió sin más, pero te transformaste en un narrador. Intentaste dar vida a lo sucedido pensando en el lector, quisiste darle forma literaria.

—Vale –dije, y a pesar de que sentí algo fingí escepticismo. Me emocioné como si eso fuera algo que hubiera estado esperando—. ¿Y lo conseguí?

—Sí —dijo ella con sencillez—. Al menos conmigo. Y se lo enseñé a un par de personas más que estuvieron de acuerdo.

Mis pulmones y mi corazón se expandieron, igual que cuando

entreno con intensidad y siento que me falta espacio entre las costillas. Esta vez era porque estaba alegre. Y orgulloso. Por un texto que no recordaba haber escrito, pero que acababa de leer. Un par de personas más, pensé. Para mí era más que suficiente.

Cruzamos el puente de madera sobre el riachuelo del bosque. Los pájaros cantaban con fuerza a nuestro alrededor como hacían al amanecer delante de mi ventana. Subimos a un montículo donde había un cenador junto al que solía pasar cuando hacía footing.

—Ven —dijo Karen, y su mano rozó la mía al cogerme del codo.

El cenador era hexagonal, con paredes de cristal, parecido a un viejo invernadero, y estaba construido alrededor del tronco de un viejo roble que le daba sombra. Karen abrió la puerta y entramos. Dentro había una mesa y una silla que no reconocí. Sobre la mesa me esperaba una máquina de escribir, una pila de folios y una taza con bolígrafos.

—No sé si quieres utilizar un ordenador o una máquina de escribir —dijo—. O escribir a mano. Ni siquiera sé si quieres escribir.

La miré. Mostraba una gran sonrisa, pero pestañeó varias veces y tenía dos manchas nerviosas, rojizas, en el cuello.

—Sí —afirmé tragando saliva, y contemplé las colinas que nos rodeaban—. Quiero escribir. Y me gustaría probar la máquina de escribir.

—Bien —dijo ella, y percibí el alivio que embargaba su voz—. Creo que este lugar puede resultar inspirador. Al menos, un punto de partida.

Asentí.

—Un punto de partida.

—Bueno —dijo Karen y entrelazó las manos, se puso de puntillas, como solía hacer cuando estaba contenta y emocionada—. Lo dejo en tus manos. Puedes estar aquí todo el tiempo que quieras.

—Gracias —dije—. Esto ha sido idea tuya, ¿verdad?

—Podría decirse que sí.

—¿Qué puedo hacer a cambio?

—Pues… Cuando te den el alta definitiva y ya no seas mi paciente ¿qué te parecería una entrada para el cine?

Intentó decirlo con ligereza, como una frase corriente, sin flirtear. Estaba claro que era una frase que había ensayado para que sonara espontánea.

—Puede ser —dije—. ¿Alguna película en particular?

Se encogió de hombros.

—Alguna comedia romántica tonta —respondió.

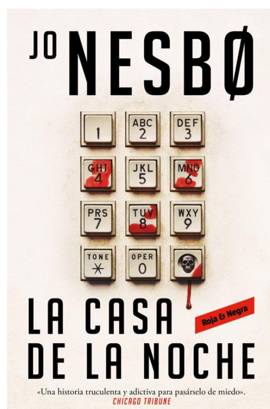
—Trato hecho.

Cerró la puerta al salir. La vi adentrarse en el bosque a través de las paredes de cristal. Rodeé la mesa un par de veces. Cambié la silla de lugar. Me senté con cuidado. El suelo no estaba nivelado y se tambaleó. Introduje un folio en la máquina de escribir. Presioné con cuidado un par de teclas. Había que hacer más fuerza de la que pensaba. Sería cuestión de costumbre. Acerqué más la silla, enderecé la espalda. Seguía moviéndose. Escribí con esfuerzo, con dos dedos: *La Casa de la Noche.*

—E-e-estás loco —dijo Tom, y comprendí que estaba asustado porque tartamudeaba aún más de lo habitual.

«Una historia fascinante que se recrudece en cada página, repleta de tensión y sorpresas».

Sunday Express



Tras la muerte de sus padres, fallecidos en un trágico incendio, Richard Elauved tiene que mudarse a la remota localidad de Ballantyne, donde vivirá con sus tíos. Allí se convierte enseguida en uno de los marginados oficiales del instituto, algo que se acentúa cuando un compañero de clase llamado Tom desaparece en extrañas circunstancias: todos culparán al nuevo alumno, tan raro, retraído, irritable y taciturno.

Sin embargo, Richard vio con sus propios ojos lo que le pasó realmente a Tom, una escena verdaderamente espeluznante ocurrida en una cabina de teléfono cercana al bosque. Pero ni la policía ni nadie cree su versión… salvo Karen, otra estudiante arrinconada que lo empuja a llegar hasta el fondo de la cuestión. Las pistas lo conducirán hasta una antigua casa señorial, ahora abandonada. Ante ella, muerto de miedo y rodeado de insectos, Richard descubrirá que lo observa, desde una ventana del cuarto piso, un hombre de rostro inexpresivo. Después, empezará a oír voces.

La crítica ha dicho:

«Una lectura irresistible, la devorarás de una sentada».
The Irish Independent

«Ofrece un nuevo giro a las novelas de formación, contando la historia como si fuera H. P. Lovecraft».
The Mail on Sunday

«Un libro que te llevará a otro mundo a una velocidad terrorífica».
Booklist

«Las expectativas que genera *La Casa de la Noche* se van desdoblando según lo que parecía una novela clásica de terror se va convirtiendo en algo mucho más complejo».
Library Journal

«Jo Nesbø demuestra aquí que tiene pleno control sobre todas las notas de su teclado literario».
Verdens Gang

Jo Nesbø nació en Oslo en 1960. Graduado en Economía, antes de dar el salto a la literatura fue futbolista, cantante, compositor y agente de Bolsa. Desde que en 1997 publicó *El murciélago*, la primera novela de la serie protagonizada por el policía Harry Hole, ha sido aclamado como el mejor autor de novela policíaca de Noruega y como un referente de la última gran hornada de autores del género negro escandinavo. En la actualidad cuenta con más de 50 millones de ejemplares vendidos internacionalmente. Sus novelas se han traducido a 50 idiomas y los derechos se han vendido a los mejores productores de cine y televisión.

En Roja y Negra se ha publicado al completo la serie Harry Hole, compuesta por doce títulos hasta la fecha: *El murciélago*, *Cucarachas*, *Petirrojo*, *Némesis*, *La estrella del diablo*, *El redentor*, *El muñeco de nieve*, *El leopardo*, *Fantasma*, *Policía*, *La sed* y *Cuchillo*. También han sido traducidas al español todas sus novelas independientes: *Headhunters*, *El heredero*, *Sangre en la nieve*, *Sol de sangre*, *Macbeth* y *El reino*, así como la colección de relatos *El hombre celoso*.

OTROS TÍTULOS DE JO NESBØ

SERIE HARRY HOLE

El murciélago

El detective Harry Hole es enviado a Sídney para investigar el asesinato de una ciudadana noruega. Mientras él intenta ocultar la verdadera razón del viaje, los crímenes se acumulan.

Cucarachas

Un Hole alcoholizado y adicto a la vitamina B12 viaja a Bangkok con instrucciones claras: silenciar un crimen que implica a políticos noruegos. Pero el caso esconde mucho más.

Petirrojo

Reasignado al departamento de inteligencia de la policía, Hole destapa un caso de tráfico de armas e investiga varios crímenes que hunden sus raíces en la Segunda Guerra Mundial.

Némesis

Una serie de misteriosos atracos a bancos sume a Harry Hole en su investigación más caótica, mientras lucha por limpiar su nombre en el caso de suicidio de una antigua novia.

La estrella del diablo

Ola de calor en Oslo. Tres asesinatos separados por cinco días y un diamante rojo en forma de estrella en cada escenario. ¿Se completarán las cinco puntas de la estrella del diablo?

El redentor

Mientras persigue a un sicario de la ex Yugoslavia, Hole debe sortear también las cuitas espirituales de los más desfavorecidos, que a su vez

buscan a quien alivie sus sufrimientos.

El muñeco de nieve

Un alarmante número de esposas y madres han desaparecido en circunstancias similares tras la caída de la primera nieve. Harry Hole se enfrenta por primera vez a un asesino en serie.

El leopardo

Harry Hole se ve obligado a regresar al trabajo para investigar un caso que le llevará a África y a descubrir un terrorífico instrumento de tortura. El asesino está jugando con la policía…

Fantasma

Harry Hole creyó que su vida cambiaría para siempre en Hong Kong, pero cuando acusan de un crimen a Oleg, el niño al que ayudó a criar, el detective que late en él no puede abstenerse.

Policía

Agentes de policía están siendo asesinados en las escenas de crímenes que investigaron pero no lograron resolver. Los asesinatos son brutales y esta vez Harry se siente muy impotente.

La sed

Se han hallado cadáveres de mujeres tras citas fallidas de Tinder y parece que el asesino se ha bebido su sangre. Hole dirá adiós a su equilibrio emocional y quizá a todo lo que ama.

Cuchillo

Harry ha vuelto a beber. El único asesino que se le ha escapado una y otra vez está en libertad. La caza final ha empezado. Hole debe terminar lo que empezó muchos años atrás.

Eclipse

Hole ha escapado a Los Ángeles, donde lo acoge una actriz perseguida por un cártel. Hasta que se ve obligado a volver a Oslo para limpiar el nombre de un millonario si quiere salvarle la vida a su nueva amiga. Tiene diez días.

NOVELAS INDEPENDIENTES

Macbeth

Un jefe de policía demasiado íntegro; un magnate dispuesto a todo con tal de eliminarlo; una ciudad de callejones húmedos y oscuros, sitiada por las bandas criminales y el tráfico de estupefacientes. Este es el nuevo escenario en el que Jo Nesbø reinventa Macbeth.

El heredero

La carrera delictiva de Sonny Lofthus empezó al morir su padre, un policía corrupto. Aparcó su brillante porvenir y se está pudriendo en la cárcel. Pero cuando descubre la verdad sobre el suicidio de su padre, solo deseará fugarse. Sabe demasiado sobre demasiada gente.

Sangre en la nieve

Olav es un buen sicario, trabaja para uno de los grandes capos de la droga en Oslo, Daniel Hoffmann. Pero, cuando conoce a la mujer de sus sueños, todo cambia. Deberá afrontar dos problemas: es la mujer de su jefe y, aún más importante, su siguiente misión es matarla.

Sol de sangre

Un hombre rebelde ha llegado al norte de Noruega, donde nunca se pone el sol. Huye de su pasado y apenas tiene futuro. Pongamos que se llama Jon

y acaba de traicionar a uno de los reyes del crimen de Oslo, El Pescador. No es el mejor momento para enamorarse.

El reino

Roy es un hombre solitario. Es experto en pájaros, lleva la gasolinera del pueblo y en cada casa corre un rumor sobre él. Su vida gris se reabre con la vuelta de Carl, su hermano pequeño, al que acompaña su flamante esposa, Shannon. Idean un plan para construir un gran hotel y traer prosperidad a la zona. Sin embargo, pronto llegarán los malos presagios, porque es difícil reinventarse en un lugar donde todos conocen algunos secretos del pasado.

El hombre celoso

Doce relatos tan apasionantes como insólitos: un detective especializado en celos que anda a la caza de un hombre sospechoso de haber asesinado a su gemelo; un basurero que, mientras se recupera de una larga juerga, tiene que averiguar qué pasó exactamente la noche anterior; un asesino a sueldo que se enfrenta a su gran enemigo en un peligroso juego de supervivencia; o la historia de dos pasajeros en un avión entre los que surge la chispa del amor… o quizá un sentimiento más siniestro.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *Natthuset*

Primera edición: enero de 2024

Diseño de portada: Marc Cubillas Imagen de portada: Getty Images

ISBN: 978-84-19437-76-1

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: PenguinCrimen
Twitter: @PenguinCrimen
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice